

A romantic scene featuring a man and a woman. The man, on the left, has a beard and is wearing a plaid shirt over a white t-shirt. The woman, on the right, is wearing a denim jacket and has her hair styled in a bun. They are both smiling and looking at each other. The background is a light-colored wooden surface. There are several red hearts scattered around them. The text 'MARIFER JORQUERA' is at the top, and 'Loca de Amor' is in a large, blue, cursive font in the lower right. At the bottom, it says 'ROMANCE & LETRAS'.

Loca de Amor

ROMANCE & LETRAS

OBRA REGISTRADA EN PROPIEDAD INTELECTUAL

ISBN: 9789569752315

Loca de Amor

Marifer Jorquera

«De los pedazos rotos de su corazón
Aprendió a ser ella de nuevo.
Es lo que se llama aprender a ser libre».

- José Ángel Solo.

@letrabreve

Contenido

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

Epílogo

Agradecimientos

Sinopsis

La vida de Celeste del Valle era tranquila, o eso presumía ella, tenía todo lo que una mujer de su edad podía desear, hasta que un suceso desencadena una crisis que la deja impactada, decepcionada y fuera de combate por un tiempo.

José Luis Ferrada, es un joven actor que tuvo que luchar con la oposición de su padre para lograr sus sueños, es un tipo solitario, solo se refugia en la familia de su mejor amiga, que se convierte también en su familia.

Celeste llega a Rayün, un centro terapéutico, en busca de sanar su corazón y entender lo que pasó con su vida. José Luis llega al mismo lugar en busca de un personaje.

Inevitablemente surge entre ellos un sentimiento que ninguno de los dos quiere aceptar del todo, sin embargo, los sucesos ocurridos entre ambos los unen para siempre, aunque también, estos mismos sucesos los separan.

Nietzsche dijo: *«Hay siempre algo de locura en el amor; pero siempre hay algo de razón en la locura»*.

¿Podrías dejar atrás todo lo que conoces y volverte “Loca de amor”?

Prólogo

Ella se movía de forma acompasada encima de su amante que, sin dudar, estaba próximo al orgasmo, sin embargo, estaba deseosa de hacerlo esperar, de dilatar ese momento.

Juan Andrés la sujetó por las caderas, y se hundió profundamente en su interior, una y otra vez, gozando cada embestida. Para él, una mujer como Clara Figueroa era una droga, una obsesión. No le importaba ni el esposo de ella ni su propia novia, menos aún la relación familiar que los unía.

Sin poder aguantar más, la embistió y se dejó llevar. Clara no acostumbraba a quedarse con ganas, no obstante, él había acabado y ella aún no.

—¡No puedo creer que hagas esto! ¡Eres un cerdo egoísta! —gritó la mujer con rabia, no podía creer que él solo se preocupara de su propia satisfacción. Entendía a su hija y su reticencia a formalizar con él, era un tipo demasiado arrogante para su propio beneficio.

—No reclames, Clara, no pude esperar más. Además, tu mente está en otro lado, y eso, querida, no es mi responsabilidad.

Clara se levantó de encima, moviendo su cuerpo bien formado; a pesar de sus cincuenta años, a lo sumo aparentaba diez años menos. Poseía una cintura pequeña, los senos en su lugar —gracias a la cirugía— y un trasero duro y firme producto de los ejercicios. Su cabello era negro y largo, sus ojos cafés, de rostro angulado y sin rastros de su edad en él.

Caminó desnuda hacia el baño, dio el agua de la ducha, reguló la temperatura, y antes de entrar bajo la regadera, se cubrió el cabello con un gorro de baño para evitar que se le mojara. No podía permitir que alguien descubriera estas salidas imprevistas, menos aún su marido y su hija. Lamentablemente para ella, todos trabajaban en el mismo lugar, por lo que llegar con el cabello húmedo no era una opción.

Entró en el agua y dejó que ésta recorriera su cuerpo, sacando el sudor,

pero por sobre todo la frustración. Decidió comenzar a autocomplacerse, no deseaba quedarse con la sensación de insatisfacción con la que la dejó esa sesión de sexo con Juan Andrés.

La masturbación no era desconocida para ella, sin embargo, estaba en ese hotel por razones distintas, si hubiese querido satisfacerse sola, no se habría arriesgado a salir de su lugar de trabajo para verse con el novio de su hija.

Golpeó los azulejos de la ducha, sin poder contener su rabia, estaba frustrada e irritada. Con cada golpe trataba de sacarse en algo esa impotencia que le daba no haber llegado al clímax tan deseado para ella. Comenzó a autoexplorarse mientras imaginaba que las fuertes manos de Juan Andrés eran las que tocaban su cuerpo.

Lo acusaba de egoísta, pero ella también lo era. No le importó que ese chico estuviera comprometido con Celeste, solo lo deseaba, y no escatimó en recursos para tenerlo. A través de la ambición desmedida de él pudo lograrlo. Con promesas de mejorar su situación en la empresa de su marido lo sedujo. Un recurso considerado bajo por cualquier persona, menos por ella, que siempre obtenía lo que deseaba. Y lo deseaba a él; aunque luego de esa sesión de sexo podría llegar a pensar en seguir con ese juego o terminarlo.

Juan Andrés se levantó de la cama pensando en cómo resarcirse con Clara, no podía dejar las cosas así. Esa mujer le gustaba, pero fundamentalmente ella era su pase a la dirección del « *Holding*^[1] del Valle».

En un primer momento pensó que Celeste era ese pase directo, sin embargo, se dio cuenta que era su competencia. Hugo del Valle tenía cifradas en su hija todas sus expectativas para que dirigiera la empresa en el momento en que él dejara el cargo, por lo que el ofrecimiento de Clara llegó en el momento ideal. No permitiría que Celeste se quedara con lo que él consideraba que era suyo, que merecía más que nadie.

Juan Andrés esperó que Clara terminara con su ducha, mientras se preparaba para otro asalto, esta vez le daría todo el placer negado la vez anterior, para que no dudara en seguir con esa relación.

—Todo sea por llegar a ser el director del *Holding*... solo por eso —se dijo mientras buscaba un condón en la mesa de noche. Y tomó su corbata, la pasó por su cuello y la dejó ahí por si llegaba a necesitarla.

Comenzó a tocar su miembro para que este quedara erecto y así poder ponerse el preservativo, mientras Clara salía de la ducha y caminaba desnuda con el agua aun goteando por su cuerpo, buscaba una toalla y miraba donde estaba su ropa, sin voltear a verlo. Juan Andrés se puso detrás de ella, le sacó el gorro de baño, soltándole el cabello, el cual tomó y de forma delicada puso sobre el hombro derecho de ella. Esa fue la única actitud suave que tuvo. Luego, le tomó las manos de forma ruda.

—¡Déjame, Juan Andrés, no estoy para estupideces! —exclamó enojada.

Él ignoró sus palabras, mientras pensaba en lo cómoda que era la oficina que ocupaba Juan del Valle en el *Holding*, que sería suya si era capaz de seguir con el juego en el que estaba. Tomó la corbata de su cuello y le amarró las manos por la espalda. En esa misma postura la hizo inclinarse frente a la ventana. Estaban en el piso diez, cualquier persona de los edificios cercanos podría verlos, sin embargo, la excitación del momento hizo que Clara olvidara el pudor. De una sola estocada él entró en ella desde atrás, con Clara apoyándose en el vidrio, fue rudo, agresivo, tomándola por los hombros y acelerando cada vez más sus embestidas. Clara disfrutaba eso, le gustaba la rudeza, y el estar amarrada y expuesta era, por lo demás, excitante. Comenzó a gemir desesperada, Juan Andrés se retiraba de su interior para provocarla y lo estaba logrando. Ella le pedía más, le exigía más. Juan Andrés la sintió tensarse, así que decidió acelerar aún más sus movimientos, hasta que ella se liberó y él la siguió.

—¿Te gustó? —preguntó él una vez que recuperó el aliento—. Esta fue una de esas ocasiones memorables.

—Estuviste bien...

—¿Solo bien? —formuló intrigado—. Por como gritabas sé que estuvo mucho mejor que «bien».

—Me lo debías... —respondió.

Se aproximó a él y le dio un apasionado beso, sin decirle con palabras que le había encantado; no lo reconocería ni bajo tortura. Clara sabía que Juan Andrés tenía la suficiente arrogancia para darse cuenta. Además, sabía que no podía permitirse entregarle más herramientas para que la tuviera en sus manos. En su interior, ella reconocía que haría lo que fuera por ese hombre. Ya lo estaba haciendo y no se arrepentía; aunque su amante fuera el novio de su hija

y su marido fuera un buen hombre. Ella necesitaba más, mucho más.

El fuego ardía por sus venas desde que vio a Juan Andrés llegar a su casa como novio de Celeste, se enamoró de él y no escatimó en ocasiones para coquetearle sin resultados. Solo cuando comprobó que era un tipo competitivo y ambicioso supo cómo hacer que se cumplieran sus deseos. Vio en Juan Andrés la chispa de la envidia con cada logro de Celeste, con cada meta cumplida él se apagaba. Nunca reconocería que Celeste era mejor que él, por esto, a Clara no le dolía, sabía que ese hombre no amaba a nadie más que a sí mismo, por lo que, a la larga, le hacía un favor a su hija. En su retorcida mente, ese pensamiento era el que la dejaba dormir por las noches.

Clara se fue a la ducha para sacarse ese olor a sexo que la inundaba, que los rodeaba a ambos. Esa vez fue más rápido, cubrió su cabello y en pocos minutos abandonó la ducha y se puso su ropa interior. Ella, a pesar de sus años, usaba ropa interior pequeña, principalmente de encaje, se puso su vestido y se calzó sus zapatos de taco aguja. Tomó su cartera y salió del hotel como siempre, sin mirar atrás, sin despedirse.

Juan Andrés la miró como siempre, deslumbrado por la belleza física de esa mujer y por la pasión desmedida con la que tenían sexo. Después de todo, Clara era una buena amante, por lo que deseaba conservarla a su lado. Además, estaba en juego su futuro, nada era más importante que ser el director de la empresa. No le importaba ni Celeste, ni Clara, ellas eran solo un escalón en lo que ambicionaba.

Se fue a la ducha pensando en las excusas que le daría a su secretaria, quien ya no creía nada de lo que le decía. Estela era una mujer muy eficiente, de no ser así ya la habría despedido, aunque odiaba ese excesivo cariño que ella sentía por Celeste, pensaba en que le debía lealtad a él, no a ella.

Pensaba en despedir a la chica y buscarse a otra que no hiciera preguntas, y por sobretodo, que supiera bien a quién le debía lealtad.

Luego de vestirse, dejó la habitación del hotel y se subió de manera rápida a su auto. Manejó de prisa dando gracias a su suerte que no hubiera demasiada congestión vehicular. Llegó a la empresa y se cruzó con Clara, a quien miró y sonrió. Pasó por fuera de la oficina de Hugo del Valle convencido que estaba más cerca que nunca de ocupar ese lugar. Clara se encargaría de eso. Era una mujer sin escrúpulos, que no dudaba en acostarse con el novio de su hija, por

esto sabía que no dudaría en quitarle el cargo a su hija para dárselo a él.

Su seguridad estaba basada en ese hecho, en la pasión arrebatadora que Clara sentía por él, estaba seguro que pondría las cosas a su favor, aún en contra de quien fuera, incluso en contra de su familia.



Las cenas en casa de los del Valle eran soberanamente aburridas para Celeste y Candelaria, el único motivo para asistir era estar con su padre; un hombre de sesenta años ya, que no renunciaba a trabajar por más que su esposa se lo pidiera. No confiaba en Juan Andrés, por mucho que fuera el novio de su hija, ni menos en el pelmazo con el que se casó Candelaria. Y por más que soñaba con ver a Celeste dirigir su empresa, estaba seguro de que la chica no deseaba hacerlo, ella siempre quiso ser abogada por razones sociales, deseaba ayudar a las mujeres, trabajar en una ONG, no ser la abogada del *Holding* del Valle, ni menos hacerse cargo de la empresa, por lo que no dejaría de trabajar hasta que encontrara a alguien en quien confiar. Amaba a su esposa, pero aunque ella creyera que era quien manejaba las vidas de todos, él no era estúpido, así que prefería que siguiera creyendo eso. Por ahora...

Durante toda la cena se dedicó a observar a su familia, su hija Candelaria estaba muy incómoda con su marido al lado. Celeste estaba en las nubes, casi nunca aterrizaba esa hija suya. Y no pasaron desapercibidas las miradas de su esposa y el novio de su hija. Entendía muchas cosas, por su mente pasaron distintos momentos, estaba seguro de que algo ocurría entre ellos. Pero no tenía cómo demostrarlo y lo peor... no quería comprobarlo.



Celeste caminaba distraída por los pasillos del *Holding* , pensaba en lo que necesitaba, un café a esa hora de la mañana. Sostenía unos papeles que le había entregado Jacinto Ferrada, socio de la empresa, encargado de revisar

los contratos en conjunto con ella. Le caía bien ese hombre, aunque lo encontraba bastante solitario, nunca hablaba de su familia y ni siquiera tenía un retrato de alguno de ellos en su oficina, sin embargo, era atento y cariñoso con ella.

Sin darse cuenta chocó con un hombre, se disculpó y lo miró a los ojos. Tenía unos bellos ojos azules y una muy linda sonrisa. Su cabello era rizado, de color café claro.

—Disculpa... no me fijé —se excusó.

—Discúlpame a mí... no te vi —habló él con una voz sorprendentemente masculina.

—¿Buscas a alguien? —preguntó Celeste.

—Sí, busco la oficina de Jacinto Ferrada —comentó él mirándola a los ojos.

—Está por el pasillo, la tercera desde aquí —mencionó.

—Muchas gracias —le dijo y se fue sin despedirse. Celeste notaba su incomodidad.

Ella se preguntó quién era ese hombre; él se sintió feliz de que esa mujer no lo hubiese reconocido, estaba apresurado, quería salir luego de ese lugar. Encontrarse con Jacinto no era lo mejor del día, pero debía hacerlo.

Ambos siguieron su camino pensando que esa sería la única vez que se verían...

Capítulo uno

«Loca... te volviste loca»

*«Qué mala suerte en el amor,
qué mala suerte en el juego...»*

Chico Trujillo

Celeste

Me desperté de madrugada, hace días que no puedo dormir bien, ya no hay forma en que el sueño llegue a mi cuerpo y permanezca en él. Hice caso omiso a las recomendaciones de Candelaria, mi hermana mayor, de tomarme un Clonazepam^[2] para lograr conciliar el sueño; no deseo hacerme adicta a ningún tipo de medicamentos, con mi adicción al café y los cigarros tengo suficiente.

Son las cuatro de la madrugada y sé que no dormiré ni un segundo más, por lo que me levanto, pongo la cafetera y enciendo un cigarro, tengo una lista de casos que revisar antes que empiece mi día laboral.

Soy abogada corporativa de las que ven los contratos en las empresas, en este caso, manejo la compañía de mi padre, Hugo del Valle, reconocido empresario dueño de varias empresas, entre ellas multitiendas, empresas de combustibles y canales de televisión. Por lo que mi trabajo es arduo.

Nunca soñé con ser abogada para esto, yo quería ser fiscal o trabajar defendiendo a mujeres, sin embargo, nadie le dice que no a Hugo del Valle y menos aún a su esposa, Clara Figueroa, la mujer de las sombras, la dueña principal del éxito de la familia del Valle; es ella quien maneja los hilos de

todos los integrantes de la familia. Fue quien decidió las carreras de sus hijas; mi hermana y yo, ambas abogadas, aunque Candelaria deseaba ser psicóloga, sin embargo, no pudo realizar su sueño y se dedicó a las leyes, como su padre, como yo, tal como Clara lo deseaba.

No fue lo único que decidió Clara acerca de la vida de sus hijas. Candelaria se llevó la peor parte, tuvo que dejar al hombre que amaba, Matías, un chico muy guapo, estudiante de psicología, de familia evangélica, un hombre muy bueno, pero su defecto era ser pobre y mi hermana no pudo luchar contra Clara, ya que amenazó con perjudicar a Matías, y ambas sabíamos que sería capaz de cualquier cosa, aunque nunca imaginé hasta qué punto. Me tocaría ser testigo presencial de eso...

Sumida entre los contratos de la nueva adquisición del *Holding* del Valle me dieron las seis de la mañana, otra vez no alcancé a salir a correr, llevaba días dejando de hacer lo que más me gustaba y eso me ponía peor. Estaba con sueño, estresada y muy cansada.

Me fui a la ducha mientras calentaba nuevamente la cafetera, desde que desperté había bebido casi un litro de café y mi cabeza daba vueltas de solo pensar en todo lo que me tocaba hacer ese día.

Lo único bueno era que tenía la excusa perfecta para no ir a cenar a la casa de mis padres, ya que ambos sabían que estaba con mucho trabajo, lo que era bueno en este caso, ya que no quería ir a esa casa. Clara estaba empeñada en fijar una fecha para mi matrimonio y yo no tenía interés alguno por casarme todavía.

Mi novio. Sí, ya nos habíamos comprometido. Juan Andrés Vivanco era la mano derecha de mi padre, así que era natural que se casara con una de sus hijas. Y como ya habían casado a Candelaria con un socio del *Holding* , solo quedaba yo; aunque en mis planes no estaba el matrimonio, tengo veintiocho. ¿Quién se casa a esta edad?

Entré a la ducha y me saqué la ropa, regulé el agua hasta dejarla temperada a mi gusto, y por largos minutos me olvidé del mundo, dejándome llevar por esa sensación de tranquilidad que me daba el agua. Solo por unos minutos, perdí la noción del tiempo.

Luego, me vestí apresurada, me tomé otro café y salí de mi departamento que se hallaba en el último piso de un edificio de Providencia.

Siempre pensé que viviría en una casa grande con amplios jardines, no obstante, Clara Figueroa escogió este departamento para mí y se aseguró de tener siempre a disposición las llaves, no solo de mi departamento, también de mi vida.

Bajé al estacionamiento, y con el mando automático lo abrí y me subí, no sin antes dar un hondo suspiro, mi día comenzaba y yo no tenía nada de ánimos. Solo la música de la radio me sacaba de mis cavilaciones.

Llegué a la oficina y me puse a trabajar incansablemente. Mi secretaria, Anita, me llevaba toda la información que necesito, más café y los reportes de las empresas que debo revisar antes que mi padre los firme.

—Anita, no estoy para nadie hoy día, ¡para nadie!, sobre todo para Clara.

—Celeste, sabes que eso es casi imposible, a Clara Figueroa no se le niega nadie.

—Entonces, dile que estoy atrasada con el trabajo, eso la detendrá. Nada es más importante que el trabajo para ella.

—En eso tienes razón... —Anita me mira y sonrío—. Te traeré algo de comer, se nota que no has hecho más que tomar café. ¿Desde cuándo que no duermes?

—¿Se me nota mucho? Debo tener las ojeras en el piso...

—Te traeré mi estuche de maquillaje, así te arreglas un poco.

—Okey... gracias... eres mi ángel de la guarda.

Anita se va de la oficina y retorna al poco tiempo con un pastel de chocolate, su estuche de maquillaje y un té verde, ella jamás me trae café.

El día pasa rápido entre todo lo que tengo que hacer, dejé casi todo listo, en unos días los contratos estarán firmados y aprovecharé de tomarme unos días libres.

Terminé mi día laboral cerca de las nueve de la noche, en la empresa no quedaba casi nadie, solo los guardias y yo, así que salí de la oficina, me subí al auto y me fui a mi departamento. Apenas llegué me fui a mi cuarto, me saqué la ropa y así, desnuda, fui a buscar una copa de vino. La bebí de un solo trago y puse la copa en la mesa de noche. Dejé que mi cuerpo cayera laxo a mi cama, solo cerré los ojos y traté de relajarme.

Cuando me dio un poco de frío me metí bajo las sábanas, me gusta dormir desnuda, me hace sentir cómoda, mi cuerpo no me molesta, creo que no soy una belleza, sin embargo, me gusta como soy.

Otra vez a las cuatro de la mañana desperté, sumida en pesadillas que ni siquiera puedo recordar, solo la sensación de miedo profundo, además de una intranquilidad constante; dentro de mi pecho mi corazón latía demasiado de prisa. Sentía que se me salía por la boca y pensé que en cualquier momento dejaba de respirar.

Lento traté de tomar aire, profundamente, intentando que mi corazón volviera a su ritmo; me costó lo que consideré una eternidad.

Miré por la ventana, aun no amanecía y yo ya estaba despierta... otra vez.



Los días pasaron uno tras otro y cada día era igual al anterior, solo que cada día nuevo me traía más agobio, intranquilidad y desasosiego.

Ya era viernes, por fin había terminado con los contratos y por fortuna logré esquivar a mi familia todos esos días, aunque supe que lo más probable era que no me salvaba de comer con ellos el fin de semana.

Me fui a la oficina más temprano de lo normal, quería escaparme para poder arrancarme a la playa unos días, mi lugar favorito en el mundo. Si pudiera escoger un lugar para vivir sería cerca del mar, aun cuando siendo chilena, el tema de vivir ahí era un poco peligroso, por todos los desastres naturales que nos toca vivir como habitantes de este país.

No había nadie en las oficinas, o eso pensé, porque escuché algunos ruidos extraños en el interior de la oficina de mi novio. Supuse que estaría trabajando, así que caminé hacia allí. Abrí la puerta muy despacio y entré lentamente. No esperé ver lo que me tocó presenciar. Mi novio ahogando sus gemidos en los pechos de mi madre, que estaba encima de su escritorio con la blusa desabrochada y el *brassier* casi en el cuello, con los ojos cerrados no dejaba de jadear y pedir más, mientras él la penetraba, hundiéndose una y otra vez en ella.

¡Qué ironías de la vida!, conmigo nunca fue tan efusivo.

Me quedé inmóvil, sin poder reaccionar, ¡ellos me engañaban! Y no es que me importara tanto Juan Andrés, pero ¿mi madre? La mujer de rígidas costumbres y moral intachable, aquella que manejaba las vidas de los demás como títeres era quien estaba expuesta a los deseos de la carne con el hombre que supuestamente debía respetar como su futuro yerno.

En algún momento decidí reaccionar, sin embargo, no era yo, era mi inconsciente o el mismísimo diablo el que se apoderó de mi cuerpo, y casi como un ninja me puse cerca de ellos y tomé el abrecartas que le había regalado a Juan Andrés para su cumpleaños.

Ninguno de los dos se percató de que yo estaba allí, él acabó dentro de mi madre y yo me puse detrás de él, que seguía en el interior de mi madre; le puse el abrecartas en el cuello.

Juan Andrés se asustó y mi madre abrió los ojos y me miró con terror, al parecer estaba espantada.

—¡Qué bonita escena! ¿Estabas fraternizando con tu yerno, querida madre? —grité sin temor a ser escuchada—. ¡La gran Clara Figueroa se deshacía en jadeos y gemidos con el prometido de su hija! ¡Esto será un gran titular para los diarios de mañana!

—Celeste, por favor, no te atrevas, ¡nos arruinarás a todos si haces eso! —habló desesperada.

Me enfurecí aún más, ellos eran los que estaban fornicando en la oficina y yo debía cuidar la reputación de la familia. La rabia me cegó y presioné todavía más el abrecartas en el cuello de mi prometido, un hilo de sangre pequeño bajaba hasta su camisa blanca, casi impoluta, dejando evidencia de mi absoluta molestia.

Mi madre se asustó y bajó el nivel de sus palabras.

—Hija, por favor, quédate tranquila... no hagas nada de lo que te puedas arrepentir.

—Arrepentida estoy ahora de haber desperdiciado años de mi vida siguiendo tus lineamientos, Clara —hablé casi sin voz, nada quedaba de esa mujer que fui... murió junto con mi confianza en la mujer que me dio la vida.

—Deja a Juan Andrés, no le hagas daño —suplicó dulcificando su voz. Durante años esperé escuchar de ella una palabra amable y solo ahora que estaba casi desnuda y vulnerable se convertía en la madre que siempre quise.

Yo seguía sin querer soltarlo, provocándole daño, el mismo que ellos me provocaron. Mi madre se bajó del escritorio y se acomodó la ropa. Pensé en las veces en que debieron haberse revolcado en ese escritorio. Recordé a mi padre y su devoción por esa mujer, a mi hermana y su infelicidad con ese matrimonio al que fue casi obligada, y seguía con el abrecartas en el cuello de Juan Andrés, no quería matarlo, o eso pensé, mi cerebro no reaccionaba, más aun cuando sentía a mi novio, entre comillas, temblar como una hoja, casi a punto de orinarse en los pantalones.

—¡Por favor, Celeste, saca ese cuchillo, no me hagas daño! —hablaba casi implorando, como un prisionero a punto de morir pidiendo la absolución—. Todo tiene solución, hablemos, por favor, escucha lo que tengo que decir.

—Nada de lo que tengas que decir me interesa, ya no, después de escuchar y ver como cogías con mi madre me parece que eres un estafador, conmigo nunca conseguiste eso, jamás tuve un orgasmo, fingí todo el tiempo.

Juan Andrés no esperaba oír esas precisas palabras.

—La ironía no es tu fuerte, querida —mencionó él—. Tu cuerpo no mentía.

—Eso es lo que crees, querido —enfaticé la última palabra y presioné un poco más el cuchillo.

La sangre comenzó a brotar un poco más, ya su camisa estaba roja por la sangre, y el miedo inundó mi cuerpo. Estuve a punto de matarlo.

Lo solté y le lancé las bragas de mi madre que recogí del suelo para que se cubriera la sangre. Estaba desesperado, se tapó con esa pequeña tela. Quien podría pensar que mi madre usara ese tipo de ropa interior; de seguro con mi padre no lo hacía.

Mi madre se acercó a él para ver la herida.

—¡Hay que llamar a un médico! —exclamó mientras se aproximaba más a Juan Andrés.

—Claro... llamen a un médico, al doctor Rossi, el de mi padre —mencioné con sorna.

Mi madre se aproximó a mí con rabia, mientras yo seguía con el abrecartas en las manos.

—No te acerques... no sabes de lo que soy capaz... —La amenacé con él.

Trató de quitarme el abrecartas, yo forcejeé con ella hasta que el objeto cayó al suelo. Después, me lanzó al sillón y comenzó a presionar mi cuello mientras Juan Andrés seguía intentando detener la sangre que brotaba de su herida... mi madre seguía tratando de asfixiarme, presionando cada vez más mi cuello, afectándome. Luego, no supe más, solo la oscuridad llegó a mí y me dejé llevar por ella.

Capítulo Dos

«El hijo del Capitán Trueno»

*«El hijo del Capitán Trueno,
nunca fue un hijo digno del padre,
salió poeta y no una fiera
hijo de su madre»*

Miguel Bosé

José Luis

Como todos los días, lo primero que hago al despertar es revisar las redes sociales, tomo mi móvil y comienzo mi sagrada labor. Soy un poco obsesivo, es mi trabajo mantenerme activo. Parte de ser actor es tener interacción con la gente, por lo que todos los días al despertar comienzo por revisar Facebook, luego Twitter e Instagram, que son las redes que más uso. No me molesta hacerlo, aunque es algo rutinario, es interesante recibir los comentarios de los seguidores, más que nada seguidoras, una buena dosis de adulación le hacen bien al ego.

Soy actor porque es lo que siempre quise, nunca quise ser como mi padre. El gran Jacinto Ferrada, abogado de renombre, un hombre intachable, trabajador incansable. Un hombre de éxito, sin embargo, como padre... eso es otra historia.

Gracias a mi afición por el teatro me gané su disgusto. Mi madre era quien más me comprendía y celebraba mi talento, desde pequeño fui el protagonista de todas las obras del colegio, eso hasta que mi madre enfermó de cáncer y me

dejó solo a la edad de once años.

Eso de “solo” es cierto, aunque vivía con mi padre, este nunca estaba, así que fui criado por Juanita, mi nana de toda la vida, ella fue mi madre, la que me seguía apoyando en mi sueño de ser actor, mientras que mi padre seguía ausente, esperando que creciera y me decidiera a seguir sus pasos. Nunca entendió que jamás lo haría, las leyes no eran lo mío y manejar empresas tampoco, no quería tener acciones en un *Holding*, ni quería estar sumergido en reuniones eternas, solo deseaba el desafío de meterme en la piel de otras personas, de dejar de ser yo y sumergirme en otras vidas. Amo la libertad del teatro, siempre fue así, además, era el recuerdo que me tenía cerca de mi madre.

Cuando Jacinto Ferrada se azotó con la realidad ya era tarde, yo estaba en la escuela de teatro. Y por más que trató de impedirlo, quitándome el dinero, no pudo porque mi madre me había dejado una herencia que me permitía pagar mi carrera completa, por lo que los intentos de mi padre fueron infructuosos.

El teatro siempre fue mi principal afición, comencé a trabajar en la televisión por sugerencia de mis profesores de la escuela, buscaban a un chico con mis características para ser el galán juvenil de una telenovela. De esta manera, casi sin pensarlo, comenzó mi vida en la televisión, y ya llevo ocho años de carrera televisiva. A mis treinta años soy un actor conocido, tanto en las tablas como en la televisión. Soy famoso por mi trabajo, y aunque odie decirlo, también soy conocido mediáticamente, no solo por mi carrera, también por mis relaciones con mujeres del espectáculo. Eso me molesta, pero he aprendido a vivir con eso.

En la escuela conocí a quien se transformó en mi hermana, Esmeralda. Lo nuestro fue un romance que no prosperó y ambos descubrimos que funcionábamos mejor como amigos, desde ese momento nos transformamos en hermanos. Yo la cuidaba a ella, por su afán de relacionarse con «pasteles», hombres que no la trataban como se merecía o que intentaban aprovecharse de ella. Su última relación fue un fiasco, tuve que rescatarla de un tipo que la tenía prácticamente secuestrada y que la violentaba física y psicológicamente. Me costó convencerla de dejar a ese hombre, la había dañado de sobremanera, haciéndola sentirse inferior. Casi necesité de mi padre, el abogado, porque estuve a punto de matarlo con mis propias manos.

Recuerdo ese momento como si fuese hoy.

“—Esmeralda, ¡ábreme la puerta! —grité como loco, sabía que estaba en su departamento, pero no me abría y no entendía las razones—. ¡Si no me abres, llamaré a la policía!

Seguía sin escuchar nada desde el interior, me preocupé y pensaba en las múltiples posibilidades. Supe que mi querida amiga no estaba bien, lo presentí desde el día anterior cuando me llamó para decirme que no estaría disponible un par de días. No le creí cuando me dijo que se iba de vacaciones, estábamos en las grabaciones de una serie de televisión y ella jamás dejaba nada botado, por lo que supe enseguida que no era nada bueno.

Ramón. Ese imbécil la tenía llena de preocupaciones, mi amiga perdió la luz de sus ojos apenas las cosas con él se volvieron más complejas. Confiaba en mí, pero no lo suficiente como para hacerme parte de sus problemas.

La fui a buscar y le pregunté al conserje del edificio si es que la había visto salir, él confirmó mis sospechas y me dijo que no la había visto salir desde el día anterior. Ella vivía en el piso dos de un edificio en Ñuñoa, vivíamos relativamente cerca, por si nos necesitábamos.

Decidí pedir las llaves de repuesto al conserje, estuvo a punto de negarse, solo tuve que insistir, amenazar, insultar y luego ofrecer una propina.

Volví con las llaves y casi sin meter ruido abrí la puerta. La busqué con la mirada por la sala y la cocina, y no estaba, fui a su cuarto y ahí la vi, amarrada de pies y manos, con la boca tapada con cinta adhesiva. Las lágrimas cayeron por sus ojos apenas me vio, la solté como pude y la abracé, pegándola a mi cuerpo, la dejé desahogarse hasta que no le quedaron más lágrimas.

La tomé en brazos y le pedí, casi supliqué que se fuera conmigo. Ella accedió solo moviendo su cabeza, estaba en estado de shock, así que tomé algo de su ropa, la guardé en un pequeño bolso de viaje que tenía en su guardarropa y la tomé de la mano.

Salí con ella, devolví las llaves, y le pedí al conserje que no dijera nada.

Volví a los dos días, ya que Esmeralda no quería que la dejara sola, por lo que me tuve que escapar cuando ella estaba durmiendo. Me encontré con el hijo de puta. Lo golpeé y amarré a la cama, tal como él lo hizo con ella, y me fui dejándolo encerrado. Sabía que no me denunciaría a menos que fuera idiota, no le convenía hacerlo.

Esmeralda no quiso denunciarlo, no pude convencerla, solo le hice prometer que no dejaría mi departamento hasta que se sintiera segura, hasta que ese idiota la dejara en paz.

Por lo menos, esa vez me hizo caso.”

Después de esos días del terror, Esmeralda se trasladó a vivir a mi departamento, no salía de la casa a menos que estuviera acompañada. Tuve que insistir para que le contara a sus padres, puesto que sentía la necesidad de que estuviera lo más protegida posible. Tuvo terror, miedo de decepcionarlos, de que la pasaran mal por su culpa, sin embargo, sus padres son lo mejor de la vida, la apoyaron desde el primer momento y no la dejaron sola.

Para mí, lo acontecido con Esmeralda cambió mi vida, no de manera radical, pero en algo se vio afectada la tan ansiada intimidad.

Estaba relacionándome con Laura, una chica muy guapa, modelo y chica *reality*, muy bien proporcionada, con unas largas piernas que me encantaba tener enredadas en las mías, un culo demasiado provocativo y una boca muy imaginativa. De solo imaginarme esa boca me provocaba una erección instantánea. Nuestra relación no es de las típicas, no somos novios ni nada de eso, solo nos juntamos cuando tenemos ganas. En mi vida las relaciones estables no están contempladas, según Esmeralda, esto será hasta que encuentre a una loca que me gobierne, yo creo que esa loca no existe, no hay nadie que sea capaz de vivir conmigo, no soy un cabrón con las mujeres, pero tampoco deseo ataduras y no creo necesitarlas. Mientras tanto, disfruto la vida, y como dicen por ahí «a gozar, a gozar que el mundo se va a acabar».

Ya habíamos terminado las grabaciones de la serie de televisión, en la cual Esmeralda es una médium y yo un detective que trabaja con ella en algunos casos. Luego de unas semanas, nos llaman del canal de televisión, en el que ambos tenemos contrato, a una reunión, sin saber para qué deseen hablar con ambos. Concluimos las grabaciones y se supone que tendríamos un par de

meses de descanso antes de ponernos a trabajar en un nuevo proyecto, por lo que esta reunión me tiene bastante intrigado.

Nos reunimos con el encargado del área dramática del canal, quien nos presenta a un escritor joven, que no debe tener más de veinticinco años, y nos cuenta que existe una historia en la cual quieren que trabajemos, sin embargo, esta historia requiere una preparación especial.

—¿De qué tipo de preparación estamos hablando? —pregunto intrigado—. ¿Entrenamiento físico?

Pablo, el escritor, toma la palabra, había estado en silencio hasta ese momento.

—Nooo... no es entrenamiento físico lo que necesitan. Miren, José Luis, Esmeralda, mi historia se trata de dos personas que se conocen en un hospital psiquiátrico, por lo que su preparación es en un centro de ese tipo. Necesitamos que conozcan a gente que pase por lo mismo que sus personajes.

—¿Estaremos en un hospital psiquiátrico? —cuestionó mi amiga.

—No —responde Pablo—. En esta ocasión el lugar es un poco distinto.

—Chicos...—comentó el director—. Hay un lugar que funciona como un centro de tratamiento para personas que sufren algún problema psicológico, un centro de tratamientos que mezcla los medicamentos con otro tipo de terapias, más holísticas. Su dueño es un psiquiatra con un gran prestigio, porque no queremos exponerlos a algo que pueda dañarlos. Sin embargo, las personas que están ahí enfrentan algunos problemas, no todo es miel sobre hojuelas. No obstante, sé que de aceptar, serán dos meses sin grandes inconvenientes.

—¿Dos meses? —preguntamos al unísono.

—Sí. Dos meses en los que ustedes estarán aislados. El centro al cual irían está en Concepción y ahí no tendrán acceso a sus redes sociales, ni al mundo real, casi como estar en un Reality Show. Solo que esta vez no hay ninguna situación falsa. Todo será absolutamente real.

Ambos nos miramos a los ojos. Si creyese en Dios diría que esto es algo de él, pero como no soy creyente, digo que esto es algo del destino. Esmeralda necesita estar desconectada durante un tiempo para poder recuperarse, y yo... bueno, no me haría mal salir del barullo de la ciudad por un momento.

Me aparté un poco de los demás, Esmeralda me siguió y aproveché ese momento para hablar con ella.

—Yo acepto si tú lo haces —le dije.

—¿No te importaría estar dos meses fuera? —preguntó.

—No... Además, la serie sigue al aire, así que no estaremos fuera de pantalla, y tú sabes que contigo voy donde sea.

—Esto es lo que necesito, salir de aquí, no tener miedo de encontrarme con Ramón cada vez que salgo a la calle, necesito dejar de tener miedo.

—Entonces, nos vamos... —hablé convencido.

Le comentamos al director y al escritor que sí aceptábamos el proyecto, por lo que nos entregaron el guion, y con eso en las manos nos despedimos prometiendo que nuestro agente resolvería los problemas de contrato y que firmaríamos luego de una reunión general con nuestro equipo de trabajo.

Nuestro equipo es la familia, nuestro agente compartido es el hermano de Esmeralda. Gabriel es abogado, por lo que es él quien se lleva el peso de las negociaciones, nosotros solo nos dedicamos a actuar y eso para mí está bien, no tengo cabeza para los negocios, por algo no soy abogado como mi padre.

Pienso en el cambio que se viene en mi vida, serán dos meses en los que no tendré acceso a las redes sociales, ni veré a Laura, ni a mis amigos, no podré salir de fiesta, ni podré hacer muchas de las cosas que hago. Aunque sé que todo esto es en gran parte por Esmeralda, ella necesita salir de Santiago y yo no quiero dejarla sola.

Leo el guion y no puedo dejar de sorprenderme con esta historia, es un romance maravilloso, no es que sea un romántico empedernido, sin embargo, he de decir que es una historia muy linda, llena de ese sentimiento que no existe, de fantasía; y para un incrédulo como yo, esto es un desafío laboral que estoy dispuesto a correr, por mi carrera y por mí mismo. Por lo que acepto el desafío y me lanzo a la aventura.

Me voy a Concepción, a ese centro, sin saber qué me espera en ese lugar.

Capítulo Tres

«Hecha trizas»

*«No tengo fe,
así es como me siento.
Estoy fría y avergonzada
estando desnuda en el piso»*

Natalie Imbruglia

Celeste

Desperté sobresaltada, nuevamente, pero esta vez sentía mi cuerpo absolutamente pesado, como si no tuviera dominio de él. Abrí los ojos lentamente y el resplandor blanco del techo me hizo parpadear muchas veces antes de poder enfocar mi mirada y darme cuenta que no estaba en mi habitación.

Mi hermana se aproximó hacia mí, la vi muy afligida, en su rostro se notaba que no estaba bien, me tocó la cara con sus manos y las lágrimas caían por sus ojos, eso me descolocó, aun no entendía nada.

—¡Por fin despertaste! ¡Me tenías muy preocupada! —exclamó Candelaria mientras se secaba las lágrimas de sus ojos.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—¿No recuerdas nada?

Candelaria notó mi confusión y trató de explicarme qué había pasado.

—Tuviste un «trastorno de ira intermitente». Algo desencadenó la rabia en ti y atacaste a Juan Andrés, casi lo mataste. Nadie sabe qué te pasó, ni porqué te ocurrió esto, y según el doctor has estado sometida a mucho estrés.

De repente, a mi cabeza vinieron todas las imágenes de lo que me había pasado, el recuerdo del encuentro de mi madre y Juan Andrés teniendo sexo, mi reacción al verlos, las palabras de Clara, la cara de estupefacción de Juan Andrés... de golpe reviví todo lo ocurrido.

—Cande... —siempre la llamaba así—, Clara y Juan Andrés estaban teniendo sexo en la oficina, por eso lo atacué. Acabo de recordar todo.

—¡No puede ser! Los dos han estado aquí estos días y se han mostrado súper preocupados —comentó mi hermana, incrédula.

—Eso no es cierto, están fingiendo. Sé que quieren verme tras las rejas, pero no me pueden demandar porque saben que yo hablaría, por lo que su prestigio y el de Clara Figueroa se irían a la basura.

—No estés tan segura, Celeste, con lo ocurrido ahora te pueden desacreditar y no descarto que Clara use esto a su favor —meditó.

—Algo tenemos que hacer. Tienes razón, Cande... Clara no se quedará sin hacer nada, esto puede perjudicarme. Tienes que hacer algo por mí.

—Dime, ¿qué se te ocurre? —habló mi hermana expectante a mis palabras.

—¿Recuerdas ese documento que hicimos cuando te graduaste? ¿Ese en el que te transformabas en mi tutora legal en caso de incapacidad? Necesito que lo hagas válido. Si no lo haces, Clara se adelantará y yo puedo terminar muy mal.

—¿Crees que sea capaz de hacerte algo malo? —consultó dudando; cualquiera pondría en duda que una madre quisiera hacer daño, pero en mi caso estaba segura que podría pasar cualquier cosa con la mujer que me engendró.

—¿Y aun preguntas? Nos ha manejado la vida como ha querido, te presionó para que te casaras con ese imbécil de Antonio, y no hablemos de cómo maneja a nuestro padre. Ahora querrá que yo me quede callada y para eso tratará de presionarme con lo que acaba de pasar. La conozco y tú también, sabes que es capaz de eso y más —comenté mientras le tomaba las manos, las de ella estaban muy tibias, cuando las mías parecían las de «Elsa»

de *Frozen*.

El contraste de nuestras manos denotaba la diferencia de nuestros caracteres, Candelaria era más afable, siempre trataba de buscar el lado bueno de la vida y no veía la maldad de las personas, en cambio yo era el lado opuesto, la más conflictiva, esa que no se dejaba avasallar por nadie, y por eso nos llevábamos bien, ella se refugiaba en mí y yo en ella.

Con frecuencia me sentía la hermana mayor, y eso que Candelaria tenía cuatro años más que yo.

Mi hermana estudió leyes, al igual que nuestro padre y yo, sin ser esta carrera su favorita, siempre quiso ser psicóloga, sin embargo, no pudo con las presiones de Clara, por lo que estudió lo que ella quería. Y se casó con Antonio Gómez, socio del *holding*, un tipo realmente detestable, no solo era algo agresivo, sino absolutamente grosero, no entendía cómo soportaba a ese tipo, nos odiábamos mutuamente.

Solo sabía que su relación era solo pantalla, no obstante, no entendía a mi hermana. ¿Por qué simplemente no lo dejaba?

—Celeste, creo que tienes razón, voy a buscar ese documento y cuando lo encuentre lo llevaré a la notaría. Luego lo presento acá en el hospital y veremos lo que debemos hacer —me dijo con su voz dulce y serena, esa voz capaz de calmar tormentas, la única que yo obedecía.

—No le digas a nadie que desperté, que crean que sigo dormida —hablé mientras le cerraba un ojo—. Así no me molestan. Nos vemos más tarde, Cande, y muchas gracias por lo que haces por mí. —Le extendí la mano, ella se acercó y me abrazó.

—Sabes que haría lo que fuera por ti —mencionó emocionada—. Eres mi hermanita y te quiero.

Ambas nos emocionamos, ella me soltó de su abrazo, buscó mi mirada y sonrió.

—Finge que duermes, escucho voces, alguien viene.

Le hice caso y cerré los ojos, tratando de acompañar mi respiración; debían creer que dormía plácidamente.

Entró una enfermera y mi hermana le dijo que yo aún no despertaba, la

mujer tomó una jeringa con un medicamento y lo ingresó al suero que tenía conectado a mi brazo, ya no debería fingir que me dormía, caí en un sueño profundo nuevamente.

Desperté sin saber cuánto rato dormí, solo abrí los ojos y Candelaria estaba de nuevo a mi lado y con los papeles en sus manos, aquellos que le encargué que trajera. Me los entregó, y de forma apresurada los firmé, se los pasé, los metió en un sobre y los guardó en su bolso de mano.

Sentimos un golpe en la puerta y ninguna se sorprendió de ver a Clara, mi madre, entrar a la habitación.

Su mirada me impactó, por un momento pensé en nominarla al Oscar en la categoría de mejor actriz de drama. Se mostraba afligida, angustiada; aunque si yo supiera que mi hija descubrió mi secreto, me sentiría igual.

Se dirigió a mí y me tomó las manos, noté la frialdad, no solo de su cuerpo, sino también de su corazón reflejado en los ojos, cuando tuve la oportunidad de mirarlos con detención. Su pose de madre preocupada duró solo un momento.

—¿Cómo te sientes? Nos has tenido muy preocupados a todos. Juan Andrés está desesperado por saber de ti.

—¿Estás segura? —pregunté incrédula—. La última vez que lo vi no estaba muy preocupado de mí que digamos.

Hablé con ironía, quise dejar en claro que recordaba todo, sin embargo, no deseaba dejarla en evidencia, no por el momento.

—Creo que tus recuerdos están distorsionados por el cuadro de estrés que sufriste. Hay cosas que no recuerdas, como por ejemplo, que lo agrediste de gravedad y que él decidió no demandarte. Es más, está preocupado por ti —habló mi madre mientras continuaba con su actuación. Se merecía el Oscar, de eso estaba segura.

—Mis recuerdos están súper claros, no he olvidado nada de lo que pasó —enfaticé la voz en las últimas palabras—. Si quieres le cuento a mi hermana todo lo acontecido ese día.

—No es necesario —expresó, elevando la voz—. Necesitas descansar. Luego vendrá el psiquiatra para ver tu ingreso a la clínica.

La palabra psiquiatra me aterró, mi visión más próxima fue con una camisa de fuerzas dando vueltas en círculos en una habitación de color blanco, o sentada en un patio rodeada de árboles, haciendo dormir a un bebé imaginario, o peor, «peinando la muñeca».^[3]

No, no podía permitir eso, no me iría a una clínica psiquiátrica, nunca lo haría.

—¿Con qué derecho decides por mí, mamá? —pregunté sulfurada—. No necesito irme a ninguna clínica.

—Soy tu madre, por lo tanto, tu tutora legal —respondió con una sonrisa irónica en sus labios. Sonrisa que me encargaría de borrar.

—Siento romper tus ilusiones —le dije con un dejo mordaz—. Mi tutora legal es Candelaria, desde hace un tiempo lo decidimos y tenemos documentos legales que lo respaldan. No sería capaz de dejarte esa carga de decidir por mí en estos momentos. No te lo mereces.

Si dieran un premio a la ironía, me lo gano.

Candelaria, como muda espectadora de este enfrentamiento verbal, solo miraba sin poder decir nada, se le notaban los nervios. Nunca entendí por qué siempre le ha tenido miedo a Clara, creo que es algo que debe cambiar, porque mi hermana siempre ha estado sometida a la voluntad de la matriarca de la familia; en su defensa he de decir que Clara Figueroa puede ser intimidante cuando quiere. Lo peor es que quiere serlo siempre.

Mi madre se sorprendió con la noticia, era algo que nunca se esperó, Candelaria sonrió mientras me miraba, Clara se dio media vuelta y salió furiosa de la habitación, no sin antes destilar veneno.

—No creo que tu hermana sea capaz de manejar tu vida, si ni siquiera puede con la suya. Ya vendrá a mí para pedirme ayuda.

Se fue dando un sonoro portazo. Miré a mi hermana y vi temor en sus ojos.

—Cande, no tengas miedo, tú puedes... serás capaz de enfrentarla.

—Celeste, estoy cagada de miedo, pero esta vez no nos ganará. —Me tomó de las manos y dio un gran suspiro, tratando de infundirse ánimos—. Voy a hablar con el doctor, necesitaras terapia, eso es seguro, lo que pasó fue grave. Trataré de que sea ambulatorio o en un lugar más acorde a lo que

necesitas.

—Hermana, ¡no quiero terminar con camisa de fuerza, ni peinando la muñeca! —le hablé desesperada—. Prométeme que no voy a terminar así.

—¡No seas exagerada! No terminarás así. Sin embargo, debes estar en un lugar donde puedas recibir ayuda. No es normal lo que pasó.

—Sí, tengo claro que no es normal tratar de matar a alguien. Promete que Clara no interferirá con mi salud. No sé de qué sea capaz.

Candelaria asintió, estaba igual que yo de aterrada, pero como hermana mayor trataba de aparentar una fortaleza inexistente.

—Voy a hablar con el doctor. Necesito saber a qué atenerme, voy a avisarle que soy yo quien toma las decisiones con respecto a tu salud. ¡Deséame suerte!

—Dale. ¡Por mi bien espero que tengas suerte!

Candelaria se fue y me quedé en estado de zozobra mientras hablaba con el doctor. Los minutos pasaban muy lentos. Científicamente eso es imposible, pensaba, sin embargo, parecía que cada minuto se alargaba y nunca llegaba el siguiente. Traté de no pensar mucho, me angustiaba un poco mi futuro y necesitaba con urgencia un cigarro.

Me puse a cantar, soy pésima cantante, de lo peor, no obstante, era algo que me relajaba y en ese momento cualquier cosa que me sirviera debía hacerlo.

Al no tener ni mi celular, ni mi IPod, debía usar mi imaginación y recordar la letra de cualquier canción. La que se me vino a la mente era una ironía, un sarcasmo propio de mi sentido del humor retorcido «Loca, loca... te volviste loca y disparaste frente a mí» la canción de la banda Chico Trujillo me hacía reír, era casi mi himno en esos momentos.

Seguí cantando hasta que Candelaria volvió con el doctor Rodríguez, según pude leer en su delantal pulcramente blanco.

—Celeste del Valle, ¡por fin te veo despierta! —mencionó el doctor—. Estuve charlando con tu hermana acerca de tu caso. Creo que necesitas estar internada por unas semanas, este cuadro de estrés es muy agresivo, no deseo que te vuelva a pasar algo similar.

—Doctor, no quiero irme a una clínica psiquiátrica, no creo estar tan loca.

—Celeste, sé que hablas en base al desconocimiento, pero las clínicas psiquiátricas no son como piensas.

En ese momento entró un hombre bastante atractivo, de unos cuarenta años, que lucía un traje de enfermero. Era quien me cuidaba en las tardes, recordaba haberlo visto.

—Le toca su medicamento a la señorita Celeste, doctor Rodríguez —dijo el enfermero.

—Está bien, Nicolás, creo que Celeste necesita descansar.

—Doctor, ¡no quiero seguir durmiendo! ¡Estoy harta y quiero salir de aquí! —hablé desde la rabia contenida, otra vez me inyectarían y sería solo un cuerpo que duerme, no deseaba seguir así.

—¿No se puede hacer nada para cambiarle el medicamento? —inquirió mi hermana—. No quiero que se pase la vida durmiendo, y tiene razón, debe salir. Los días están soleados, necesita aire puro.

Nicolás se aproximó a Candelaria mientras el doctor trataba de explicarme las razones por las que debía tomar el medicamento. Candelaria salió un momento de la habitación con el enfermero y cuando volvió yo seguía sin tomar el medicamento, sin embargo, ella venía muy alegre.

Entró de prisa a la habitación y me miró sonriente, le devolví la mirada, incrédula, sin entender qué pasaba. Se acercó y tomó mis manos en una forma especial, casi ceremoniosa, sin prisa. Mis manos seguían poseídas por «Elsa» y estaban sumamente heladas, no así las de ella, que irradiaban calor. No entendí por qué estaba así de alegre hasta que escuché sus palabras:

—Celeste, tengo una buena noticia... te vas a Concepción.

Capítulo Cuatro

«El signo de los tiempos»

*«Si nunca aprendimos que estuvimos aquí antes,
por qué siempre estamos anclados y
escapando de las balas»*

Harry Styles

José Luis

Nos fuimos al viaje de nuestras vidas. Tomamos el avión desde el aeropuerto Arturo Merino Benítez a las seis de la mañana del día miércoles con destino a Concepción, en dos horas y media llegamos al aeropuerto. Esmeralda leía, más bien, simulaba leer el guion de la historia por la cual nos transportábamos a la capital de la región del Bio Bio, al sur de nuestro querido Chile. Por mi parte, lo había leído muchas veces, mientras me transportaba a aquella historia de amor y pensaba en el desafío de la actuación, pero por sobre todo el hecho de estar casi incomunicado, ninguno de los dos llevaba celular y solo nuestro representante tenía el número de teléfono del lugar en donde nos encontraríamos, para que, en caso de alguna urgencia, pudiera localizarnos.

En el aeropuerto, un hombre nos reconoció y se acercó a nosotros, presentándose como Matías Velarde, psiquiatra y dueño del centro “Rayün”, lugar en el cual pasaríamos las siguientes ocho semanas tratando de encontrar a nuestros personajes. Matías nos señaló una camioneta negra Santa Fe, la reconocí porque es la misma que tengo. Eché las maletas de ambos al maletero del auto y me subí en la parte trasera, al lado de mi querida hermana.

Matías nos contó que el nombre del centro tenía un significado especial. En la lengua mapuche “Rayün” significa «florecer» y que ese lugar esperaba ser una ayuda para que todas las personas que lo necesitaran volvieran a vivir, a cambiar y mejorar sus vidas.

La camioneta viajaba lentamente mientras mirábamos el paisaje, los árboles rodeaban la carretera y a cada lado del camino se podía apreciar la naturaleza en todo su esplendor, no recordaba haber visto tanto verde. En los viajes anteriores me distraía con el celular, el iPad o escuchando música, esta vez fue diferente, estábamos completamente absortos mirando la naturaleza, y Esmeralda también, lo mejor fue verla sonreír y maravillarse con los paisajes que veía.

No llevé reloj, así que no pude percatarme del tiempo transcurrido durante el viaje, pero fueron muchos minutos de viaje por la carretera.

Llegamos a un lugar que parecía sacado de una película antigua, una gran verja daba la entrada a un inmenso jardín con muchos árboles. Estábamos sorprendidos por la belleza del lugar. Luego, nos bajamos de la camioneta al llegar casi a la entrada de una gran casona, se notaba que era antigua, pero estaba muy bien cuidada.

Un par de personas nos salieron a recibir, un hombre y una mujer mayores, nos saludaron afectuosamente y Matías nos presentó con ellos.

—Mamá, papá... ellos son Esmeralda y José Luis, los chicos que estarán con nosotros por un tiempo.

—Un gusto —habló el hombre—. Soy Alejandro Velarde, el padre de Matías y guía espiritual de este lugar. Bienvenidos, ya tendremos tiempo para charlar.

Esmeralda se acercó a él y le dio un beso en la mejilla, Alejandro nos inspiraba una gran tranquilidad, su personalidad era muy acorde al lugar, tranquilo, sereno. Nos contó que su vida la dedicaba a ser Pastor Evangélico y que trabajaba con su hijo ayudando a quienes los solicitaban.

—No se preocupen, no me dedico todo el día a hablar de la Biblia, soy un convencido de que los actos dicen más que las palabras, sin embargo, si desean hablar, puedo ser un muy buen oyente. Estoy para eso —comentó, mirándonos, según mi percepción, estaba acostumbrado a las miradas curiosas después de develar quien era—. No los voy a tratar de persuadir de nada, no

se preocupen por eso, verán que en este lugar pueden estar tranquilos, podrán hacer un muy buen trabajo.

Le agradecí sus palabras, me gustó esa promesa de no tratar de convencernos de nada, y estaba de acuerdo con él, «los actos dicen más que las palabras».

Entramos a la casa por la cocina, donde una mujer, que se presentó como Rosa, se acercó a saludarnos, nos abrazó y nos ofreció un vaso de agua, Esmeralda lo aceptó, yo prefería una cerveza bien helada, pero como no había, decidí declinar la oferta.

Fuimos conducidos a nuestras habitaciones, que estaban cerca una de la otra, la mía estaba decorada en tonos grises y negros, con una cama amplia y la ventana daba a la terraza. La de Esmeralda tenía una habitación en colores amarillos, la vista del lugar daba a la playa, que no estaba muy lejos de la casona. De Rayün... así se llamaba nuestro nuevo hogar por los próximos dos meses.

—Me quedaría en tu cuarto, aunque sea de niña, solo por esta vista —le comenté a Esmeralda, mientras ésta abría su maleta y acomodaba sus cosas.

—Nooo... no te la cambio por nada, ¡es una maravilla esta vista!
—exclamó emocionada, me sentí feliz de verla así.

—Eres muy mala, Esmeralda... muy mala.

Me acerqué y la tomé por la cintura, conocía su debilidad, donde era más cosquillosa, y me aproveché de ello para hacerla reír, tanto que caímos a la cama sin poder dejar de gritar, tal como dos niños.

Los golpes de la puerta nos sacaron de nuestro juego, Rosa nos habló anunciándonos que en media hora comeríamos, por lo que debíamos prepararnos.

Me fui a mi cuarto para darme una ducha y así sacarme el cansancio. El viaje fue largo y agotador, sin embargo, estaba valiendo la pena, solo por ver a mi querida amiga sonreír como lo estaba haciendo.

Debía hablar con Matías, mi papel era muy parecido a su vida, así que él sería mi sujeto de estudio, a él lo observaría en distintos ámbitos para apoderarme del personaje y hacer un psiquiatra creíble, pero por sobre todo humano.

Esa era mi tarea fundamental en ese lugar, buscar a mi propio personaje. Julián Miranda, mi nuevo alias, aquel psiquiatra obsesionado con ayudar a sanar a una mujer, el personaje de Esmeralda, cuya historia lo conmovió de sobremanera. Como actor era un gran desafío, la historia estaba buena y decidí dar lo mejor para poder interpretar un buen papel.

Utilizando como referentes a grandes de la actuación, como Marlon Brando, que pasó un mes en una cama de hospital para el personaje de su primera película, o Adrián Brody, que dejó su casa e incluso pasó hambre por entender al personaje de su película más famosa «El Pianista». En una escala mucho menor estaba haciendo mi propio recorrido en búsqueda de Julián Miranda, para eso Matías Velarde era fundamental, sería él quien me daría herramientas para desarrollar bien mi papel.

Salí de mi cuarto, luego de la ducha, y fui a buscar a mi amiga que contemplaba el paisaje a través de la ventana, no me sintió entrar, así que pude observarla, me di cuenta que ese viaje había sido una buena opción para ambos, porque a pesar de que yo no decía nada, de igual manera estaba necesitando salir del lugar en donde me encontraba. Nada tenía que ver el trabajo, mi carrera me ha dado muchas satisfacciones, no obstante, la vida mediática estaba muy lejos de lo que yo quería cuando dramatizaba textos teatrales para mi madre enferma. Ese sueño mío de ser actor tenía más que ver con Shakespeare que con Spielberg. Me gustaba más el teatro que el cine o la televisión. Para mi suerte, no había dejado de hacer teatro, solo que ahora era menos frecuente. La televisión me consumía, cada vez tenía menos tiempo, entre las grabaciones, la publicidad y las redes sociales. Por esto, este tiempo era muy preciado para mí.

No me daba miedo el olvido del público, una serie en la que actué estaba siendo emitida con buena sintonía, y hasta que nos vinimos a este lugar, era lo más visto de su horario. Además, no me importaba empezar de nuevo, soy un convencido de que puedo volver al teatro, así que esa situación no me molestaba.

—¿Hace cuánto que me observas? —preguntó Esmeralda sin voltear—. Solo por el olor de tu perfume me di cuenta de que estabas aquí.

—Llevo un momento, te vine a buscar para ir a comer —hablé mientras me aproximaba, le extendí mi mano y ella la tomó, y salimos avanzando lentamente, recorriendo con la mirada cada detalle del pasillo de la casa.

Muchas fotografías de Matías y su familia, pinturas de paisajes. Me gustó ese tipo de decoración, más hogareña, nos hacía sentir más cómodos. En mi caso, me hacía sentir en la casa de mi infancia, cuando mi madre vivía y mantenía nuestro hogar lleno de vida, con muchas imágenes y fotografías nuestras. Todo eso desapareció junto con ella, con su muerte, también mi vida feliz se fue. Mi padre mandó a sacar las fotos y todo se transformó.

Llegamos al comedor y ya estaba lista la comida, arroz con salteado de pollo y verduras, casi me la devoré, estaba realmente hambriento. Al parecer, todos lo estaban, nadie habló mientras comíamos. Luego de terminar, Rosa nos preguntó acerca de nuestro trabajo, de lo que veníamos a hacer a este lugar y contaba anécdotas de Matías cuando era más joven. Me reí de buena gana, aunque a él no lo hacía reír ni Chaplin.

—Mamá, ¿puedes dejar de avergonzarme? Creo que nuestros huéspedes ya se han reído de mí lo suficiente. Además, soy el doctor, no puedo perder la credibilidad —comentó Matías tratando de ser muy serio, no obstante, no podía evitar reírse también.

—¿Ustedes creen que ha perdido credibilidad? —preguntó Rosa—. Yo no lo creo...

—¡Claro que no! —habló Esmeralda—. Ahora te veo más cercano, incluso me das confianza. No dudaría en tratarme contigo.

—Eso espero, porque aparte de estar aquí para observar, puedes tratarte, no es que lo necesites, pero a veces es necesario parar y mirar tu interior para poder avanzar.

Matías la miraba a los ojos, Esmeralda bajó la mirada.

—Puede que tengas razón —dijo ella tratando de desamarrar el nudo que tenía en la garganta.

—Tienes toda la libertad de hablar conmigo cuando quieras. —Matías le tomó la mano y se la apretó de manera suave para infundirle confianza.

—¿Viste que no fue malo que contara tus aventuras de niño? —expresó la madre para romper ese momento un poco triste.

Reí, esa mujer era un mar de alegría, desde que la conocí, hace unas horas atrás, siempre estaba entregando buenos momentos, transmitía algo muy especial.

Después de la comida, nos fuimos a recorrer el patio, y con Matías y Esmeralda charlamos acerca de nuestro trabajo, de lo que haríamos. Mi amiga estaba particularmente callada, creo que pensaba en las palabras del psiquiatra y entendía que él tenía razón. Debía mirar en su interior para sanarse y seguir.

Matías nos contó cómo construyeron esa casa, entre él y su padre trabajaron en todos los detalles. Lo felicité por la belleza del lugar, la casa era muy grande, con muchos espacios, y el patio era inmenso y lleno de verde, pero por sobre todo estaba muy cerca de la playa.

Luego del paseo llegamos nuevamente a la casa y ya en el comedor estaban un par de personas, dos chicos muy jóvenes y una mujer más adulta. Matías nos presentó a Agustina, la chica de unos diecisiete años, León un chico de dieciocho, y Claudia, una mujer de cuarenta y cinco años. Ellos eran los pacientes del centro. Nos presentaron contando la verdad, que éramos actores y estaríamos ahí durante dos meses para investigar acerca de nuestro papel.

Claudia me miraba de forma descarada, no escatimaba en ocasiones para demostrarme que estaba interesada en mí. Yo la miraba distraídamente, era una mujer guapa, con un muy lindo cuerpo, sus años estaban muy bien mantenidos, tenía una cintura pequeña y grandes senos que no escatimaba en mostrar, todo lo contrario a Agustina, quien parecía un cachorrito asustado. Ella era una chica muy menuda, demasiado delgada, sus huesos se le marcaban a través de la ropa. No quería aventurar, no soy doctor, pero esa chica padecía de anorexia, por lo delgado de su cuerpo, además de su aspecto físico. A través de sus ojos se veía que no la estaba pasando muy bien.

León nunca nos miró a los ojos, sin embargo, se veía muy callado, solo le dio una tímida sonrisa a Esmeralda, y ella se la devolvió. Matías se sorprendió de ver a León sonriendo, según entendí, por las miradas de todos, eso no era muy habitual en él.

Claudia no paraba de estudiarme, yo rehuía su mirada, no es que me transformase en un monje, pero no había ido a ese lugar a buscar sexo, porque eso era precisamente lo que ella deseaba, y aunque era una mujer absolutamente deseable para cualquiera, no lo era para mí en este momento.

Yo estaba aquí para buscar un personaje, nada más, no quería aventuras, mi vida no estaba en este sitio.

Capítulo Cinco

«Las chicas grandes lloran»

«Las chicas grandes lloran cuando su corazón se rompe.

Las chicas grandes lloran cuando su corazón se está rompiendo»

Sia

Celeste

«Te vas a Concepción».

Tardé un momento en darme cuenta de lo que me decía mi hermana. ¿Qué cresta haré en Conce^[4]?, no entendía nada. Mi hermana hablaba del lugar mientras me pasaba mi ropa, unos *jeans* desgastados, una camiseta rosa, blusa blanca, mis botas de tacón y un abrigo. De forma automática me vestí con las prendas que me entregaba, mientras mi cabeza daba vueltas pensando en el lugar al cual quería llevarme, lo único bueno es que por fin dejaría esa clínica, el encierro me tenía más loca de lo que supuestamente estaba.

—Candelaria del Valle Figueroa, ¿me puedes explicar desde un principio todo? ¿Cómo que me voy a Concepción? ¿Qué voy a hacer ahí? —hablé casi sin tomar aire—. Necesito que me expliques bien, puede que siga bajo los efectos de los calmantes que me inyectaron, porque no entiendo nada.

—Celeste, tranquilízate y te cuento. Es un centro de tratamiento especial, no es una clínica psiquiátrica.

—Mmm... no lo sé, eso de estar en un centro de tratamiento no me da mucha confianza, ¿estás segura de donde me vas a meter?

—Claro, y por sobre todo porque conozco a la persona que dirige el centro.

La cara de Candelaria cambió, no supe bien porqué, solo que su rostro denotaba tristeza, su mirada era absolutamente melancólica.

—¿Quién es, Cande? —pregunté tratando de entender el cambio en ella.

—Matías... —Fue lo único que dijo.

—¿Qué Matías?

Mi cabeza era un lio, aún mis neuronas no hacían sinapsis, es decir, estaba absolutamente atontada.

—¡Matías! —gritó.

De un golpe mi cerebro comenzó a funcionar nuevamente.

—¿Tu Matías? ¿El chico de las poesías?

Siempre bromeé con Matías, y aunque nunca lo conocí en persona, fui testigo muda del amor de él y mi hermana. Lo bauticé como «el chico de las poesías» puesto que siempre le escribía versos maravillosos, muchos de ellos creados por él. Candelaria lo amó con locura y tiendo a pensar que lo sigue amando, nunca vi esa mirada cuando se refería a su marido, a ese hijo de perra —con el perdón de los animales—. Nunca lo quiso, y si se casó con él fue por culpa de Clara, y también por el miedo de Candelaria a dañar a Matías, o que nuestra «querida madre» cumpliera su amenaza y lo destruyera. Clara era implacable, si quería destruir a alguien lo hacía sin miramientos, por eso mi miedo a lo que ella pudiera hacerme, luego de lo que vi y todo lo que ocurrió —situación que no es necesario recordar—, mi temor hacia Clara Figueroa era un poco mayor.

—Matías... ¡Wow! Clara se equivocó, no llegó a ser un muerto de hambre como siempre lo presagió —comenté—. Si es dueño de ese centro —remarqué la última palabra—, es porque le ha ido bien en la vida.

—Sí, él es el dueño de Rayün, el centro terapéutico al cual irás.

—Cande, cuéntame, ¿qué te pasó cuando hablaste con él? —Me senté a su lado en el sillón que ella utilizó para dormir los días que permanecí en la clínica—. ¿Te reconoció?

—Ayer hablé con él por teléfono, sé que me reconoció, pero no dijo nada. Me quedé casi atontada...

—¿Más? —pregunté—. Si hasta donde sé, no puedes ser más tonta, hermanita.

Candelaria me dio un tirón de cabello, típica forma de pelear de nuestra infancia, solo que en esta ocasión fue más sutil, en nuestra infancia era común quedarnos sin algunos mechones de pelo.

—Sigue así y te paso a dejar a Avenida La Paz, estaría más acorde a tu estilo, loquita.

No quería escuchar esa dirección, el Instituto Psiquiátrico Dr. José Horwitz Barak, más conocido como «el psiquiátrico», se encontraba ubicado en esa avenida, su fachada ya daba miedo, no quería pensar como sería su interior.

—Debemos salir al aeropuerto, Celeste, en dos horas partimos a Concepción, nos encontramos con Matías y desde ahí te acompaño a Rayün. Después me devuelvo a Santiago a enfrentar a Clara y ver qué va a pasar con tus cosas.

—¿Estás segura que quieres enfrentar a Clara? —inquirí un poco preocupada, una cosa era pensar en enfrentarla y otra muy distinta era estar frente a ella y dominar al miedo—. Podemos irnos al extranjero.

—Celeste, ya es hora de enfrentar todo, incluso a Clara. Las cosas van a cambiar —mencionó con una seguridad envidiable.

—Todo por mi culpa —dije.

—Todo gracias a ti —habló mientras me abrazaba. Yo casi rompo a llorar—. Apurémonos o perdemos el vuelo, y tendremos que manejar por más de ocho horas.

—Eso sí que no... odio conducir. Aunque la idea de viajar contigo por la carretera se ve interesante. ¿Por qué no lo hacemos?

—¿Irnos en auto? ¿Casi nueve horas manejando? Tú en serio estás loca.

—Piénsalo, Cande. ¿Dime que no sería entretenido viajar solas las dos por carretera? No creo que se vuelva a presentar otra oportunidad como esta. Llama a Matías, dile que llegamos hoy en la noche —Miré mi reloj para

calcular a qué hora llegaríamos a Concepción—. Son las diez de la mañana, si salimos en una hora podríamos estar llegando cerca de las ocho de la noche.

—Sigo pensando que es una locura...

—Vamos... podría ser la aventura de nuestras vidas.

—Está bien, nos vamos en tu auto, pero consigues donde dejarlo, porque de vuelta me vengo en avión, ese viaje de más de ocho horas no lo hago sola.

Decidimos hacerlo con muchas expectativas, lo que me esperaba me ponía nerviosa, ¿cómo sería ese lugar? ¿Con qué clase de personas me encontraría?

Luego que Candelaria firmó los papeles de mi salida y canceló el monto total —que ascendía a varios ceros—, nos fuimos al estacionamiento. Nadie de mi familia, excepto mi hermana, por razones obvias, sabía de mi salida, supusimos que podrían venir y tratar de hacer algo. Candelaria no me dejó sola en ni un momento, por el miedo de que nuestra madre tratara de hacer algo en mi contra. No vi más a Juan Andrés, lo que para mí fue un alivio, puesto que no deseaba verlo en lo que me quedaba de vida. Si estuve a punto de matarlo fue por algo.

Nos fuimos a mi departamento, le entregué a mi hermana todos los documentos necesarios para que se hiciera cargo de mis negocios, todas las inversiones que he realizado durante años y que sé a ciencia cierta que Candelaria cuidará como si fuesen suyas. Necesitaba que todo lo que respecta a mi vida pasara a manos de mi hermana, para yo estar tranquila, pero por sobre todo para darle armas a ella, con el dinero podía empezar una nueva vida, una en la que la sombra de su pasado no la perturbara, donde pudiera ser feliz como se lo merecía, ojalá lejos de Antonio, el imbécil de su marido, pero por sobre todo, lejos de Clara. Ya era hora de liberarnos del dominio de nuestra madre.

Luego de entregarle todos los papeles, fuimos al banco, en ese lugar Candelaria guardó los papeles en la caja de seguridad y luego de esto nos fuimos rumbo al viaje de nuestras vidas.

Descargué la aplicación Waze, esa aplicación tipo GPS para poder guiarnos en la ruta. Escuché a Candelaria hablando con Matías, sonreía, le avisaba de nuestro cambio de planes y que llegaríamos más tarde. Él debía estar riendo también, porque ella se notaba un poco nerviosa, sin embargo, su cara se veía relajada.

Nos fuimos en mi auto, y por razones obvias ella manejaba. Me fui de copiloto y encargada de poner la música, para esto conecté mi celular a los parlantes del auto y seleccioné una lista de reproducción en Spotify, en ese momento, decanté por la música pop de nuestra época. Britney Spears, Backstreet Boys, No Doubt, y varios clásicos más.

Nuestro viaje ocurría entre risas y confesiones. Le conté que mi relación con Juan Andrés hace rato que no existía y que aún no entendía las razones que tuve para querer matarlo. Durante algunos momentos traté de pensar en ellas, sin embargo, no encontré ninguna. No me dolía el engaño de él, no obstante, la otra era nada más y nada menos que mi madre. A pesar de que mi relación con Clara nunca fue muy cercana, ella me dio la vida. Jamás esperé esa traición, no solo hacia mí, también hacia mi padre.

Candelaria me contó de los pensamientos que daban vuelta en su cabeza, Matías había vuelto a instalarse en su corazón, y según mi punto de vista, él nunca salió de ahí.

Entre canciones, nuestras voces desafinadas casi aullando cantábamos «*Baby one more time*». Llevábamos casi una hora de viaje, pasamos por San Fernando, y mientras ella conducía yo cantaba, perdón, más bien, ladraba, según Candelaria. Luego, pasamos por la Ruta del Itata para continuar el viaje. Nos estaba resultado divertido, hasta que llegamos a Cauquenes, en donde el clima comenzó a cambiar, de ser un día soleado pasó a nublarse, y más adelante en la ruta comenzó a llover.

—¡Esto es estar en el trópico! —exclamó mi hermana—. ¿Por qué pasa esto?

—Según leí, por acá esto es frecuente. Las santiaguinas no estamos acostumbradas a esto.

Llegamos al aeropuerto “Carriel sur”. En el acceso principal de este esperamos a Matías, quien nos llevaría a mi nuevo hogar.

Matías llegaría a los veinte minutos después, y mientras mi hermana estaba nerviosa, mordiéndose las uñas, tocándose el pelo, yo me alteraba de solo verla.

—Deja de moverte, te vas a quedar sin uñas y sin cabello —mencioné.

Traté de distraerla contándole chistes, sin querer se nos pasó el tiempo

hasta que alguien golpeó la ventana del chofer. Candelaria miró por la ventana y sus ojos se encontraron. Como muda espectadora me dediqué a observarlos, sin embargo, el tiempo pasaba y ninguno de los dos hablaba.

—¡Hola! —dije para romper el silencioso momento—. Soy Celeste, ¿tú eres Matías?

Él me miró y sonrió. Candelaria le hizo una señal para que se moviera de la puerta del auto y se bajó. Por mi parte, me bajé también y corrí al encuentro de ellos.

—Sí, soy Matías Velarde —comentó—. Un gusto conocerte, Celeste.

—El gusto es mío. —Me acerqué y le extendí la mano—. Soy la que está loca, aunque según veo es de familia.

Miré a mi hermana y ella estaba sin palabras. En cambio él, solo reía.

Un hombre se bajó del auto, una camioneta negra y grande. Matías lo presentó como Alejandro, su padre, y no fue difícil identificarlo, eran muy parecidos físicamente. El señor se acercó y nos saludó amablemente, algo en ese hombre transmitía una sensación de tranquilidad que no había visto antes. Estaba más resignada a pasar mis días en ese centro. La gente que estaba conociendo me generaba confianza.

El hombre se dirigió a nosotras.

—Celeste, usted se va conmigo en el auto de ustedes y Matías se lleva a su hermana, ¿está bien?

—¡Claro! —exclamé y tomé del brazo a Alejandro para marcharnos en el acto, así no les dábamos oportunidad de negarse.

El viaje fue largo, ya después de ocho horas de viajar en auto, nos quedaba aproximadamente media hora más, según lo que me contaba Alejandro, quien era un muy buen conversador. Me hablaba acerca del centro y las actividades que allí podría realizar.

Descubrí que era Pastor Evangélico y me gustó la serenidad con la que hablaba. Supe por él cómo sería mi vida en ese lugar, se trabajaba tanto con terapias farmacológicas y holísticas. Matías se encargaba de supervisar todos los tratamientos, recetaba los medicamentos y se complementaban con otro tipo de terapias: acupuntura, homeopatía, aromaterapia y terapias florales o

flores de Bach, todo lo más natural posible, además de terapias cuerpo-mente, como el yoga y la medicina tradicional China.

Para mí fue un descubrimiento ese hombre, me daba una sensación de tranquilidad que estaba acorde con el paisaje. Miré por la ventana y el verde del lugar me gustaba.

Llegamos a una casona muy grande y con un jardín inmenso. Ese sería mi nuevo hogar.

Solo cuando llegué, recordé que mi hermana venía en el auto con Matías y me pregunté qué habrían hablado en el camino, si es que lo hicieron.

Nos bajamos del vehículo, Alejandro lo hizo primero y me abrió la puerta de mi lado, vi que Matías hacía lo mismo, «lo que se hereda no se hurta». Se acercaron a mí y Matías me comentó que mis compañeros estaban en el salón principal, así que iría a ese lugar a comenzar con las presentaciones.

Candelaria estaba sonriente, algo pasó con Matías y yo necesitaba saberlo. Me acerqué a ella y le exigí que me contara lo que había pasado. Solo me miró de forma cómplice y se acercó. Sé que no pasó nada, pero creo que entre ellos las cosas podrían cambiar.

—Matías me dijo que no me había olvidado...

Me emocioné con sus palabras, la abracé y ella me correspondió, esperaba que mi hermana fuera feliz y sabía que ese hombre formaba parte de ello.

Matías me llamó a su lado para acompañarme al salón, observé el lugar, había una chimenea y unos cómodos sillones en los que se encontraban algunas personas. Ya dentro, conocí a mis compañeros, una chica, Agustina, un muchacho, León, Claudia, una mujer más adulta y una chica de similar edad que yo llamada Esmeralda. Me pareció conocida, sin embargo, no sabía dónde la había visto.

—Falta mi hermano, todavía no llega —comentó esa misma chica.

Sentimos unos pasos, volteé a ver, en realidad todos lo hicimos, y un guapo hombre de ojos azules se puso frente a mí.

—Hola, soy José Luis...

Capítulo Seis

«Hay un vacío en mi alma»

*«Hay un agujero en mi alma
que ha estado matándome por siempre.
Es un lugar donde un jardín nunca crece»*

Aerosmith

José Luis

Llegué tarde como siempre, la puntualidad no es mi fuerte. Desde que recuerdo, por alguna u otra razón llego tarde, o justo a la hora a todos los lugares. En este caso, llegué tarde a la comida y a la presentación de nuestra nueva compañera.

La miré de reojo y me acerqué a saludar. Era una mujer bastante bella, de cabello castaño, ojos verdes y una figura bien proporcionada.

—Hola, soy José Luis. —Le extendí la mano, ella hizo lo mismo y luego me aproximé a darle un beso en la mejilla.

—Hola —me devolvió el saludo—, soy Celeste, la nueva.

Pensé ¿qué clase de problemas podría tener una mujer como ella? Estaba intrigado por saber qué hacía en ese lugar, sin embargo, no me atreví a preguntar.

Esmeralda se acercó y la saludó con un abrazo, creo que una chica de su edad era ideal para mi hermana, porque Claudia no le caía muy bien, esa mujer tenía la facultad de sacar de sus casillas hasta a Rosa, que era un ángel

en la tierra.

Claudia era una mujer de unos cuarenta y cinco o más años, se notaba más joven por el exceso de cirugías, tanto en su cara como en su cuerpo. Como no se nos contaba porqué estaban en el centro —la ética profesional de Rayün era muy buena—, solo nos quedaba adivinar. Con Esmeralda pensamos que era por alguna clase de adicción. Yo aposté por las drogas, Esmeralda dijo que posiblemente era una adicción al sexo.

—¿Cómo te das cuenta de eso? —formulé intrigado—, no es algo que sea demasiado evidente.

—Es solo una suposición, pero, ¡mírala!, siempre busca la compañía de hombres y se viste para ellos. No la critico, es su opción, pero creo que por ahí va su problema.

—Mmm, puede ser, aunque creo que no se le nota tanto. Tiendo a pensar que algo así sería más evidente.

—¿Lo dices porque a ti no se te ha lanzado? Recuerda que casi siempre estoy al lado tuyo. Sospecho que por eso te has salvado.

Nuestra conversación derivó inevitablemente hacia nuestra nueva compañera.

—Celeste es una chica muy linda —comentó—. Hablé con ella y me cae bien, es muy simpática. Quedé de hablar con ella más tarde, luego que descansara del viaje.

—¿Por qué estará aquí? —pregunté, esta vez no solo a mí mismo, esperaba que Esmeralda me sacara de dudas.

—No lo sé. No quise preguntarle, recién la vengo conociendo, pero creo que ella misma nos lo dirá.

Y tuvo razón. Al día siguiente, Celeste se reunió con nosotros para el desayuno. El día comenzaba muy temprano en Rayün, a las siete de la mañana se repartían los medicamentos, a las ocho servían el desayuno y a las nueve comenzaban las actividades, todo el horario estaba súper estructurado, sin posibilidad de fallos.

Celeste tomó asiento al lado de Esmeralda, conectaron enseguida, la chica quedó frente a mí, me distraje mirándola, se notaba un poco incómoda. Era

divertido mirarla y notar que le provocaba algo. Mis dotes de galán estaban funcionando.

Nos observó a todos y comenzó a hablar. Poco a poco las voces se apagaron y escuchamos atentamente lo que nos quería decir.

—Estoy acá porque traté de asesinar a mi ex novio. Lo encontré en pleno acto sexual con mi madre y lo herí con un abrecartas.

El silencio fue sepulcral, todos quedaron sin palabras con las declaraciones de la chica, y Rosa casi se ahoga con el té que estaba bebiendo. Agustina se acercó a ella y la abrazó sin mediar palabras. Celeste se emocionó por ese gesto, según lo que vi, ese acto pudo ser más sincero que cualquier palabra dicha.

Me quedé sorprendido, de todas las razones para su estadía en ese lugar esa era la más ilógica, ¿intento de asesinato? Simplemente no lo esperaba.

Celeste siguió con el desayuno como si nada pasara, como si lo que dijo hubiese sido de lo más normal y a todos nos asombró esa actitud. Nos miramos unos a otros sin saber qué decir para romper el engorroso momento. Solo la pequeña Agustina podía decir algo coherente.

—Si estaba con tu madre se lo merecía, y ella también se merecía algo.

Todos nos largamos a reír. En realidad, si se piensa con detención puede justificarse en parte su actitud. ¿Cómo una madre puede hacerle eso a su hija? Yo me quejo de Jacinto y jamás me traicionó de esa manera, solo me dejó abandonado —en el sentido figurado—, pero eso es otra historia.

Justo en ese momento, Matías nos convoca a la terapia grupal. Ese instante era como el que se ve en las películas, todos sentados en semi círculo, con el doctor al centro y la clásica pregunta de quién quiere hablar primero.

—Celeste —habló Matías—, en el desayuno contaste la razón de tu estadía. ¿Quieres comentarnos cómo fue que llegaste a ese momento? Solo si quieres hacerlo.

—Por hoy quisiera pasar. Ya fui el centro de atención, me gustaría poder escuchar y ver lo que hacen antes de volver a hablar del tema —respondió con toda tranquilidad. Me causaba admiración esa mujer, siempre sabía que decir.

El resto de nuestros compañeros lo hicieron por ella. Agustina contó que

sufría de anorexia nerviosa desde la separación de sus padres y luego de superar un poco sus problemas con la comida —en Rayün se alimentaba poco, pero siempre en las comidas se preocupaban de que hubiese algo para ella—, debía superar la depresión en la que se hallaba, por la ausencia total de su padre y la desidia de su madre; ya que no se preocupaba mucho de la salud de Agustina —por lo que nos contó, llevaba dos meses en el centro y su madre no la visitaba—. Comentó que se sentía mejor en el centro que en su casa. Para todos fue un momento de emoción. La chica se veía tan pequeña y frágil como porcelana, y estaba tan sola.

Celeste se emocionó con el relato y no aguantó las lágrimas, salió muy rápido de la sala. Matías se preocupó, pero con una señal le hice ver que yo iría tras ella.

La encontré en el patio sentada bajo un sauce, lloraba sin poder parar. Me acerqué y le di un pañuelo de papel —una de las ventajas de tener una hermana es que aprendes a respetar el dolor y puedes ser un aporte para ellas—, ella tomó el pañuelo y secó sus lágrimas.

Me senté frente a ella y le extendí la mano. Ella apenas logró controlar el llanto, pero de todas maneras habló:

—Pensarás que estoy loca, pero no pude controlarme. ¡Pobre chica! Ha pasado por tanto para su corta edad —habló a pesar de la emoción que todavía la embargaba.

—No pienso que estés loca. Tus reacciones son normales acorde a la situación. Cualquiera persona se emocionaría con las palabras de Agustina.

—¿Incluso tú? —inquirió.

—Incluso yo. Solo que estoy acostumbrado a controlar las emociones. Soy actor, ese es mi trabajo.

—¿Eres actor? No lo sabía. Me pareció haberte visto antes, pero te confieso que no veo televisión, ni siquiera tengo una en mi casa —hablaba con total naturalidad, ya estaba más calmada, aunque sus ojos seguían mostrando emoción.

—Sí, con Esmeralda estamos aquí para preparar unos personajes. Yo seré como Matías, el doctor.

—Mmm, creo que cuando salga de aquí, si es que lo hago, me compraré un

televisor, y cuando los vea gritaré ¡yo los conozco!

Me reí con sus palabras. Pensé en lo grato que es conocer a alguien que no tiene ni una referencia tuya, no tenía que justificarme, ni dar explicaciones. En los dos días que llevo en el centro he sido más yo que en los cinco años de carrera que llevo.

—¿Son novios Esmeralda y tú? —preguntó con evidente curiosidad.

—¿Novios? No... somos como hermanos. La verdad es que ella y yo somos amigos, pero su familia prácticamente me adoptó, por lo que nuestra relación es absolutamente fraterna.

—Ah, los vi muy cercanos y ella me cae muy bien, por lo que no sé qué pensaría al verte hablando conmigo. No quiero interferir en ninguna relación, conozco lo que se siente ser traicionada, no me gusta esa sensación.

—No te preocupes, somos hermanos para la prensa y para el público, nunca aclaramos nada y nadie preguntó.

—De haber visto televisión lo sabría —mencionó mientras reía—. ¿No tienes hermanos biológicos?

—No, soy hijo único, mi madre falleció cuando era niño y mi papá se casó con su trabajo, nunca más tuvo otra esposa. Esmeralda tiene dos hermanos biológicos, que son también mis hermanos.

—¿Dónde se conocieron? —Ella no dejaba de preguntar y yo le respondí todo lo que me decía con una facilidad que me asombraba. En general, siempre fui más cauto con mis respuestas.

—¿Eres periodista? —pregunté con un dejo de ironía—. Haces demasiadas preguntas.

—Difícil que sea periodista si no sabía quién eras, y ya confesé que no tengo televisor —contestó con una evidente molestia—. Si no quieres responder me dices y punto. No es necesaria la mala onda.

—No te enojés, sé que no eres periodista, tienes cara de ser ingeniera o abogada, ¿le atiné? —dije para tratar de devolverle el humor perdido.

—Soy abogada. Trabajo, más bien, trabajaba con mi familia en el *Holding* “del Valle”.

—Mi padre es socio de ese *Holding*. O lo era, hace más de un año que no lo veo.

—¿Cómo se llama tu padre?

—El gran abogado Jacinto Ferrada.

—¡No lo puedo creer!..., eres hijo de Jacinto. Él fue mi compañero de trabajo más querido. Juntos hicimos muchas revisiones de contratos, fue muy especial conmigo. Aunque no sabía que tenía un hijo.

—Soy un tema que a Jacinto no le agrada mucho exponer.

—¿Por qué? —preguntó movida por la curiosidad.

—Por no ser como él, deseaba un abogado que heredara sus negocios, y yo siempre quise ser actor. Nos peleamos cuando entré a la escuela de teatro, no volvimos a hablar hasta hace un año, cuando me entregó la parte de la herencia de mi madre que aún administraba. Desde ese momento no he vuelto a saber de él.

—Es una lástima que no hables con tu padre, no conocía ese tema, conmigo fue muy amable, me encantaba trabajar con él.

—Pensé que no era amable con nadie...—comenté con voz baja, Celeste, de igual manera, escuchó mis palabras.

—Conmigo lo fue... —mencionó ella, luego cambió el tema de la conversación—. Te admiro, José Luis, yo no fui capaz de rebelarme, estudié leyes para complacer a mis padres, y aunque amaba el derecho penal, tuve que especializarme en mercantil para trabajar en la empresa.

—De igual manera, mi relación con Jacinto no es un tema que tenga importancia ahora —hablé para zanjar el asunto—. Creo que debemos volver o haremos que se preocupen.

—Tienes razón —dijo ella mientras se levantaba del suelo—. Volvamos.

Caminamos uno al lado del otro, ella fue en búsqueda de Agustina, que aún estaba en el salón, se acercó y la abrazó. La chica se emocionó con Celeste y ambas tenían los ojos llenos de lágrimas.

Esmeralda se unió al grupo de las mujeres, menos Claudia, quien era la única que no estaba con las chicas, siempre se mantenía aparte, sola.

Las tres chicas lloraban casi al unísono. Celeste era quien trataba de hacerlas reír con sus comentarios.

—¡Si estuviera mi hermana aquí, seguramente lloraría más que nosotras tres juntas, ella sí que es llorona! —exclamó mientras se secaba las lágrimas. Enseguida le tomó la cara a Agustina y con sus manos la acarició.

—Llevo poco aquí, chicas, pero me siento muy afectada por todo lo que pasa —habló Celeste.

Luego dejaron el salón y se fueron a sus cuartos a cambiarse de ropa, seguía la clase de yoga y el profesor estaba por llegar.

Matías llegó con un chico muy alto que hablaba bastante fuerte en un español muy rudimentario, se acercó y lo presentó como Parker, quien sería el profesor de yoga. Lo saludé extendiéndole la mano y él me dio un abrazo; no supe qué hacer.

Parker se presentó como el «gringo». Mencionó que llevaba un par de años en Chile y que se dedicaba a hacer clases de yoga en algunos lugares.

Las chicas llegaron justo cuando hablaba conmigo y todas se revolucionaron, Celeste fue la más evidente, no dejaba de mirarlo.

—Él es Parker —comenté mirándolas a todas, a Esmeralda algo le pareció gracioso, no dijo nada, pero no dejaba de mirarme y reír.

—Hola —la descarada se acercó al profesor y le dio un beso en la mejilla—, soy Celeste y seré tu alumna más fiel.

—Hola, Celeste —le dijo él con ese acento tan característico de los estadounidenses que hablan español—. Mucho gusto, es un placer conocerte.

—Ellas son mis amigas —Celeste le presentó a las chicas—. La pequeña es Agustina.

—Hola, Agustina —comentó él mientras le daba un beso en la mejilla.

—Y ella es Esmeralda —habló nuevamente Celeste.

—Un gusto conocerte, Esmeralda, eres tan linda como la piedra que lleva tu nombre —le dijo él mientras mi hermana casi se derretía.

—Gra... Gracias, profesor. —Apenas podía hablar.

—No me llames profesor, soy Parker.

—Parker... —fue lo único que atinó a decir.

Solo para terminar con ese momento mencioné:

—¿No creen que es hora de empezar la clase?

Parker asintió y se fue al estudio en donde haría la clase. Todas lo siguieron. A continuación, se sacó la camiseta blanca que llevaba puesta y se quedó solo con el pantalón de yoga. Eso causó conmoción entre las chicas, hasta Claudia se acercó a mirar y se unió al grupo.

—Matías, ¿crees que es una buena idea traer a este profesor? No tengo nada en contra de él, pero las mujeres están vueltas locas.

—¿Celos? —preguntó Matías con ironía.

—No, solo pregunto. —Intenté parecer normal, aunque tener otro hombre recibiendo tanta atención femenina, sin duda, era un poco dañino para mi ego.

—Parker es muy serio con su trabajo, es un gran profesor. Es Budista, por lo que su idea de vida es ser una buena persona. No pasará nada malo.

—Si tú lo dices... te creo —hablé convencido.

Me acerqué al estudio, entré y me fui al final de este, saqué una esterilla, de esas alfombras de goma para practicar yoga y me puse a elongar. No desconocía el yoga, conocí la disciplina en la escuela de teatro, por lo que me era fácil empezar.

Celeste se acercó a mí y me habló al oído. Estaba loca, me quedó bastante claro.

—Tú me gustas más que él...

Capítulo Siete

«Todo Cambió»

*«Todo cambió, cuando te vi,
de blanco y negro a color me convertí»*

Camila

Celeste

José Luis nos presentó a Parker, el profesor de yoga, un tipo alto de cabello rubio, ojos azules y una muy linda dentadura que dejaba ver a través de su sonrisa. Algunos tatuajes cubrían su proporcionado cuerpo. Era un adonis, como el de la leyenda griega, ese que volvió loca de amor a Afrodita, quien al verlo morir destrozado por un jabalí corrió a ayudarlo, y la sangre de ella se transformó en flores.

Esa leyenda que alguna vez mi padre me contó se me vino a la cabeza al ver a este hombre tan bello acercarse a nosotros, junto a otro igual de lindo, José Luis.

Parker contó que nació en Estados Unidos y que estudió actuación. Sin embargo, hace unos años se dedicaba a ser profesor de yoga y se había convertido al budismo.

Todas las mujeres del lugar nos sentimos revolucionadas con Parker, era un hombre realmente magnético, nos atraía como un imán. La más afectada por este magnetismo fue Esmeralda, no lo dijo, pero fue evidente para mí, ella era muy transparente, no obstante, trataba de disimular como mejor podía.

El profesor entró al estudio para instalar las esterillas y preparar la clase,

se sacó la camiseta y todas las mujeres tuvimos que recoger la mandíbula del piso. Ese hombre era un pecado caminando.

José Luis se ubicó al final del estudio, tomó una esterilla y se puso a elongar, yo me acerqué a él, lo noté más lejano, de seguro era la llegada de Parker lo que lo tenía así.

—Tú me gustas más que él —le dije de forma inconsciente, porque de haber pensado mis palabras, no habría abierto la boca.

Me alejé de prisa y fui a tomar ubicación al extremo opuesto de él, a mi lado quedó León, para mi suerte; Parker estaba por comenzar la clase.

—El yoga es una disciplina de oriente, una de las ramas más practicadas de esta disciplina fue la de Swami Sivananda, esta se basa en cinco pasos —habló el profesor con voz alta, tratando de pronunciar muy bien cada palabra para que se entendiera su mensaje—. El primer paso es la «Savasana», que es la relajación. El segundo paso es la «Pranayama», la respiración. El tercer paso es las «asanas», que son los ejercicios. El cuarto paso es la «Dhyana», que son los pensamientos positivos, y en último lugar, la meditación.

Todos en la sala escuchábamos atentos, para mí el mundo del yoga era absolutamente desconocido, por lo que deseaba poner atención para aprender. Además, estaba el hecho de que deseaba dejar de pensar en la estupidez que le dije a José Luis; debía estar riéndose de mí.

Al único que miraba era a León, el chico apenas hablaba, pero se notaba un hombre amable, aunque cada vez que alguien le hablaba enmudecía. Le sonreí y él me devolvió la sonrisa, me sentí feliz por ese pequeño avance.

Parker seguía con su charla previa a la clase. Yo trataba de poner atención.

—Antes de comenzar cualquier clase, por lo menos de las que yo les haré, empezaré por comentarles el significado de «Namasté», que es el tradicional saludo de esta disciplina—. Puso sus manos en señal de oración y continuó hablando—. Este saludo normalmente se acompaña por una inclinación ligera de la cabeza hecha con las palmas abiertas y unidas entre sí, ante el pecho, en posición de oración. Como lo estoy haciendo yo.

Todos en la sala pusimos las manos en señal de oración, luego el profesor continuó con las explicaciones.

—«Namasté» significa «Yo honro el lugar dentro de ti, donde el Universo entero reside. Yo honro el lugar dentro de ti, de amor y luz, de verdad y paz. Yo honro el lugar dentro de ti, donde y cuando tú estás en ese punto tuyo, y yo estoy en ese punto mío, somos solo uno».

Me encantó la frase, ese tipo de pensamientos tan puros y bellos de la disciplina me estaban gustando. Luego, nos mostró la postura más clásica del yoga «El saludo al sol». Este consta de doce pasos. Parker lo hacía parecer tan fácil, para mí era muy complicado, he de decir que soy muy descoordinada, tengo dos pies izquierdos. El profesor se acercó y con mucha paciencia me enseñó cada uno de los pasos, hasta que desistí de seguir intentándolo; aunque el profesor no me dijo nada, ya no quería continuar. El yoga no era lo mío.

Casi al finalizar la clase, repetimos el saludo «Namasté» y nos despedimos. Cargué con mi decepción, no tengo demasiada tolerancia a la frustración y el yoga era mi talón de Aquiles.

Esmeralda y Agustina estaban realmente entusiasmadas con la clase, no era solo el guapo profesor lo que las mantenía con ganas de volver. Por mi parte, fui incapaz de decirles que estaba frustrada y que no pensaba volver a clases, prefería otro tipo de ejercicios, como el «running», por ejemplo, ya que ahí no necesitaba demostrarle nada a nadie.

José Luis se escabulló apenas finalizó la clase, no entendí sus razones, quizás lo que le dije le molestó.

Decidí sacarme la frustración que tenía como mejor sabía, corriendo. Me cambié las zapatillas que usé para yoga por otras más adecuadas para correr y salí sin tomar en cuenta a las chicas que me hablaban. Necesitaba estar sola para sacarme la rabia y la pena, todos esos malditos sentimientos dañinos, ¡era solo una clase de yoga!, no podía ser tan dramática. La mente me jugaba malas pasadas, me hacía desconfiar de mí misma y caer en un espiral de desesperación por detalles mínimos. Necesitaba hablar con Matías.

Sin darme cuenta comencé a correr por los alrededores, el jardín era muy grande, por lo que tendría espacio para recorrer.

Mi cabeza no dejaba de dar vueltas y las lágrimas comenzaban a caer silenciosas, mientras la brisa me tocaba la cara y se llevaba, en parte, las gotas de agua de mis ojos. El día estaba nublado, hacia frío, pero eso no era

impedimento para seguir corriendo, para aliviar mi cabeza cada vez más confundida. José Luis se paseaba de manera intermitente por mis pensamientos. Su rostro confundido cuando le dije que me gustaba más que Parker, y esa huida luego de la clase de yoga me daban indicios de que las cosas estaban en un mal momento. ¿En qué cabeza cabe lanzar ese tipo de declaraciones a un tipo que acabas de conocer? Solo a mí me pasan estas cosas. Además, desconfío de él, no le creo mucho esa pose de chico indolente, de esos que nada lo perturban, como quiere hacer creer. Sé que algo esconde.

Sigo mi ruta y llego a la playa, me encanta esa sensación de la brisa marina en mi piel, así que continué mi recorrido más calmada, disfrutando del sonido de las olas.

No supe por cuánto tiempo estuve corriendo. No tengo reloj y en el centro no se nos permite ningún objeto tecnológico, y mi celular y computador están en manos de mi hermana. Pienso en ella y en lo mucho que la extraño. Necesito saber si está bien, si mis problemas no la han alcanzado. Sería muy inocente pensar que no, puesto que Clara no se va a quedar tranquila sin saber dónde estoy, no porque esté preocupada, sino porque le preocupa lo que yo pueda decir.

Cuando decidí parar para volver a Rayün, no supe dónde estaba, pensé en volver por mis pasos, pero era difícil adivinar por donde anduve, el lugar era playa y bosque, ¡todos muy similares!

Me senté en el suelo a llorar de rabia, por estúpida me pasaban estas cosas, si no hubiese sido tan tonta de enojarme por no poder hacer el bendito saludo al sol no estaría en ese problema.

Estaba cansada y tenía frío, con el apuro por salir no tomé ni una chaqueta, estaba con los pantalones deportivos —que eran muy delgados—, y con la camiseta de manga larga. Me acaricié a mí misma para infundirme un poco de calor. Froté mis brazos fuertemente, como una especie de castigo, sin dejar de llorar. En dos días estaba por acabar con la existencia de lágrimas en mi organismo. Ya había llorado la cuota de un año.

Doblé las rodillas y apoyé mi cabeza en ellas, estaba derrotada, cansada y muy triste, por lo que no dejé de lamentarme. A lo lejos escuché voces que gritaban mi nombre, de seguro alucinaba...

Parker llegó a mi lado y me abrazó por la espalda, me habló para que no

me asustara. Su voz fue un bálsamo para mi estado de ánimo. Matías y José Luis llegaron poco después. El profesor me ayudó a ponerme de pie y Matías se acercó para hablarme:

—¿Estás bien? —preguntó. Creo que lo hice envejecer unos diez años del susto—. Nos preocupamos cuando no apareciste al almuerzo.

—Estoy bien... salí a correr y me perdí, no sé dónde estoy, ¡perdóname por asustarte!

—No solo yo estaba preocupado —comentó mientras me abrazaba—. Todos en el centro están muy expectantes por saber de ti. ¡Creo que un par de tus ángeles de la guarda se acaban de jubilar del susto!

El último comentario me hizo reír y lo solté. Los chicos me miraron de pies a cabeza. José Luis no dijo nada, solo se sacó su chaqueta, me la puso en los hombros y me abrazó.

—Nos preocupaste a todos —dijo.

—¿A ti también?, ¿me extrañaste?

—También te extrañé —me habló al oído. Me estremecí solo de escuchar su voz.

Mientras regresábamos, Matías se quedó atrás y me hizo una señal para que me acercara a él. Entretanto, Parker y José Luis se fueron charlando.

—No sé qué te pasó, pero es necesario que hablemos. Si saliste a correr tan lejos fue porque querías huir y eso no es bueno.

Me leyó como a un libro abierto, se dio cuenta de que estaba arrancando y debía hablarlo, no podía seguir en ese estado, con tantas frustraciones.

Le conté lo ocurrido en la clase de yoga y lo inútil que me hizo sentir. Asimismo, le conté de mi preocupación por mi hermana, sé que ese no es un tema fácil para él, sin embargo, necesitaba sacarme eso de la cabeza.

Me prometió hablar con ella, y de ser necesario, me dejaría hablarle. En el centro estábamos aislados del mundo exterior, en una especie de Reality Show, sin tecnología, sin noticias de afuera, según el doctor, eso era esencial para el buen resultado del tratamiento. Solo se permitían las visitas familiares un par de veces durante el proceso, pero solo deseaba saber de mi hermana, las demás cosas del exterior carecían de sentido para mí.

Llegamos al centro y me fui a refugiarme a los brazos de Esmeralda y Agustina, que estaban esperando afuera de la casa, aun cuando hacía mucho frío.

Las chicas me llevaron a mi cuarto. Agustina se encargó de pedirle a Rosa que me preparara un té y algo para comer. La mujer se mostró encantada de poder ayudar en algo. Esmeralda me acompañó en el momento que buscaba mi ropa, me daría una ducha caliente y me pondría a dormir por un rato, estaba agotada.

Esmeralda fue muy prudente, no preguntó nada, fui yo quien decidí contarle todo lo acontecido, desde lo ocurrido en la clase de yoga, hasta la preocupación por mi hermana. Ella escuchó atentamente todo lo que le dije y luego me contó que ella era pésima en yoga, y que solo a través de la práctica logró mejorar. Me sentí peor, más tonta de lo normal. Se ofreció a ayudarme con las posturas y decidí hacerlo, porque no iba a dejar que una disciplina me definiera. De seguro, nunca sería maestra de yoga, pero no me dejaría derrotar.

Adicionalmente, existía una motivación especial para ir a las clases, una en forma de adonis, de ojos azules y procedencia internacional. Me di cuenta que a Esmeralda le pasaban cosas con el profe, sobre todo cuando me comentó que hablaron a raíz de mi extravío.

—Te gusta el profe —dije mirándola a los ojos, quería ver su reacción.

—Eh... no, no me gusta —balbuceé.

—No te creo mucho, pero no voy a insistir... por ahora.

Me fui a la ducha y en unos minutos salí ya vestida. Mi nueva amiga me esperaba con el té y un sándwich que Agustina me dejó. Comí con ganas, estaba famélica, ya eran las cuatro de la tarde y yo había salido a las once de la mañana aproximadamente.

Esmeralda estaba un poco melancólica, no supe bien qué pasó con ella, creo que algo la estaba afectando, y mucho.

—Tú sabes que yo estoy aquí por un papel en una serie de televisión, ¿no es cierto? —comentó y yo asentí—. Pero no es solo eso, vine hasta acá huyendo de mi última relación. Mi ex pareja me maltrató durante meses y yo no hice nada. Si no es por José Luis, podría haberme matado.

Me sentí impactada ante su revelación, porque es difícil pensar que una

mujer tan joven y bella pueda pasar por eso, sin embargo, ella estaba frente a mí abriendo su corazón. La abracé y casi lloro otra vez de la angustia.

—Tú no tienes la culpa de nada, ¡me oyes! De nada. Él fue el culpable, no tú... nunca fue tu culpa.

Le tomé las manos y ella asintió. Me contó que aún tenía pesadillas con lo ocurrido. Le sugerí que hablara con Matías, que él podría ayudarla. Ella me comentó que lo haría.

Luego de comer y secarme el cabello me acosté, todavía las secuelas de mi aventura estaban en mi cuerpo, el cansancio me pasaba factura.

Comencé a sentir mis ojos pesados, Esmeralda prometió dejarme descansar hasta la hora de comer, para después venir a buscarme.

A lo lejos escuché voces, alguien preguntaba por mí. Aún con los ojos cerrados reconocí esa voz, que en esos dos días que llevaba en el centro se me había aparecido en algún sueño.

—¿Cómo está?...

Capítulo Ocho

«Besa la lluvia»

*«Piensa en mí
y besa la lluvia que cae»*

Billie Myers

José Luis

Me preocupé por ella, por eso decidí salir a buscarla. Fui yo quien dio aviso a Matías de que hace horas que no la veíamos, las chicas, por su parte, comentaron que la vieron salir corriendo. La buscamos por todo el predio correspondiente a Rayün y no estaba. Comencé a asustarme, me culpé por mi actitud con ella cuando me dijo que le gustaba más que Parker. No dije nada simplemente porque me descolocó, no quise expresar una estupidez, y al final la terminé jodiendo igual.

Matías nos sugirió que camináramos por la orilla de la playa, sospechaba que ella podría haber tomado esa ruta, y no se equivocó. Parker la divisó sentada en la arena, temblando de frío. Corrió hacia ella y la abrazó. Cuando llegamos estaba agradecida y aliviada. Al regreso, Matías se fue a su lado, mientras que con el profe nos fuimos más adelante, supuse que necesitaban hablar. Luego, se fue con las chicas a su cuarto y yo me quedé hablando con los chicos acerca de lo acontecido. Después de un rato fui a buscar a Esmeralda para que me contara cómo estaba. Se había dormido. Por lo menos, descansaría un rato.

En un momento de ocio me fui a mi habitación, que se hallaba al lado de la

de Celeste, por lo que fui quien la escuchó gritar; seguro tenía una pesadilla. Me apresuré y fui a verla, temblaba, se notaba muy asustada, solo la abracé y le prometí que estaría bien.

Lloró durante unos minutos aferrada a mí, no dije nada, nunca sabía qué decir en esas circunstancias.

Ya más calmada, fui a la cocina a buscarle un vaso con agua y le comenté a la pasada a Alejandro que Celeste estaba muy asustada. Él se ofreció a acompañarme, internamente se lo agradecí, sabría más que yo qué hacer en estos casos.

Los dejé solos y me devolví a mi cuarto, traté de cerrar los ojos, pero a mi cabeza venía su imagen tan frágil y rota. Tan parecida a mí.



Los días pasaron y luego de dos semanas en el centro, yo estaba convencido que mi papel sería muy bien desarrollado, ya había hablado en variadas ocasiones con Matías acerca de mi personaje, que pensé que estaba listo para interpretarlo, sin embargo, no quería irme de ese lugar.

Esmeralda estaba más tranquila con respecto a sus propios demonios. Estaba en terapia con Matías y le estaba resultando muy bien; a sugerencia de Celeste, mi hermana decidió pedir ayuda, lo que agradecí, porque sabía que en algún momento debíamos volver a nuestras vidas y además, porque Esmeralda no podía seguir huyendo de su pasado. Y también, porque el profesor de yoga estaba realmente interesado en ella, así me lo hizo saber. Le comenté que ella posiblemente aun no estuviera preparada, él respondió que lo que más tenía era paciencia. Juntos practicaban yoga y meditación. Celeste, León, Agustina y yo preferíamos salir a correr antes que meditar, por esto, solo el profe y mi hermana se reunían todos los días antes de la clase de yoga y meditaban. Nosotros decidimos acompañar a Celeste después que se perdió, por lo que cada día salía escoltada por uno de nosotros.

El invierno llegaba sin tregua a Concepción y era extraño, como vivir en el caribe. Un día había sol y al momento se largaba a llover, no podía acostumbrarme a eso.

Celeste no decía nada cuando corría a su lado, mantenía un poco la distancia y eso no me gustaba, prefería a esa mujer irónica y bromista, no a esa que jugaba con todos, menos conmigo, eso me volvía loco. Me ignoraba, sí, solo respondía a mis preguntas con monosílabos, no así con Parker o León, con quienes sostenía largas conversaciones.

Lo de León era más increíble, el chico sufría de trastornos de «fobia social» y «mutismo selectivo», según lo que nos comentó Matías, con autorización del chico. En un principio, solo hablaba con el doctor, él era quien se encargaba de comentar lo que deseaba decir León, luego comenzó a hablar con Agustina y con Celeste, era con las únicas tres personas con las que se comunicaba, hablando. El mutismo selectivo, según Matías, es un trastorno psicológico que impide la comunicación de las personas en diversos contextos conflictivos. León sabía hablar, solo que no lo hacía con todas las personas.

Celeste era tan especial, que hasta había conquistado al chico.

Ya en la noche nos reunimos para la comida, todos comentaron alguna anécdota ocurrida durante el día, las chicas hablaron de utilizar la sala de ejercicios para hacer Zumba, ya que con las comidas que preparaba Rosa todas habían subido de peso, lo que en el caso de Agustina nadie veía mal. Ella se veía muy recuperada, estaba rodeada del cariño de todos en el centro, por lo que estaba mucho mejor.

Con la promesa de Matías de adquirir la implementación para la idea de las chicas, nos fuimos a nuestros cuartos. Esa noche llovía sin tregua, y como dicen en el campo «estaban tirando el agua con baldes». Cada uno de nosotros tenía una rutina asociada a su hora libre antes de dormir, Agustina dibujaba, Esmeralda meditaba, yo leía algún libro o solo me dedicaba a descansar, y Celeste, ella salía al patio y se sentaba en una banca que estaba en la terraza a la que daban nuestras habitaciones. Todas las noches la observaba, a veces reía sola, otras cantaba, sin embargo, en algunas ocasiones lloraba en silencio. En esos momentos me daban ganas de correr a su lado. Me contuve... casi siempre.

La lluvia seguía y miré a Celeste, quien se fue al patio como tantas otras veces, estaba bajo la lluvia, solo con un vestido corto, descalza, con los brazos extendidos, como esperando a que algo cayera del cielo. No resistí la tentación y me paré frente a ella, quien no se percató de mi presencia hasta que le hablé:

—¿Qué haces mojándote bajo la lluvia? ¿Quieres contraer neumonía?

—¿Qué haces tú aquí, José Luis? —preguntó extrañada.

—Me deleito observándote...

—¿Eres un voyerista? —inquirió con una sonrisa coqueta.

—En este caso... sí.

—¿Por qué? ¿Qué te divierte de mirarme?

—Me gusta esa sensación de libertad que veo en ti, no todos podemos andar por la vida así, tan libres.

—«Libertad es lo que haces con lo que te han hecho» dijo Jean-Paul Sartre. No puedo pasar mi vida lamentando las cosas que no hice o las que hice mal.

—Tienes razón, aunque para algunos, eso es más difícil que para otros —dije pensando en mi propia vida.

—Si estoy aquí es para aprender... tú estás aquí por un papel, yo tengo que cambiar mi vida por completo cuando salga y tú solo deberás adaptarte nuevamente a lo que hacías antes.

—No creo que sea tan fácil como lo afirmas, Celeste. Desde fuera se ve simple, sin embargo, no es tan fácil volver.

Me miró a los ojos, un poco difícil, porque la lluvia nos tenía empapados y con el cabello regado por nuestros rostros. Con una mano me deshice de los cabellos de mi cara. Luego con mis manos tomé su rostro y comencé a sacarle todos los cabellos de la suya. Nos miramos por un momento, hasta que ella rompió el silencio.

—¿Te han besado bajo la lluvia? —preguntó mientras me miraba tan fijamente, como si pudiese conocer todos mis pensamientos.

—No... nunca me han besado bajo la lluvia —comenté—. ¿Quieres ser mi primera vez?

No dijo nada solo me besó y yo no me opuse. En realidad, esperaba ser yo quien lo hiciera, pero con esta mujer no podía, porque hacía lo que quería conmigo.

No pude resistirme a tocarla, estábamos bajo la lluvia, besándonos, sin

pensar en que nos pudieran ver o si nos enfermaríamos, solo estábamos los dos volviéndonos locos.

Detuve el beso para que saliéramos de la lluvia, no quería hacerlo, pero primó el sentido común, así que le tomé la mano, la dejé bajo el techo de la terraza y abrí la ventana de su cuarto. Entré con ella de la mano y seguí besándola. No me podía contener, no deseaba hacerlo, cuando ella solo se dejaba llevar por mí.

Comencé por desabrocharle el vestido, mientras el agua escurría por la ropa. Ella dejó caer la prenda, quedó solo con la ropa interior y pude admirar su cuerpo. Con posterioridad, me deshice de mi ropa, me saqué la camiseta, la lancé al suelo, me desabroché los pantalones y me los saqué. Ella temblaba, no sé si de frío, expectación o excitación; esperaba que fuera lo último.

Se sacó su ropa interior y yo le tomé el brazo y la pegué a mi cuerpo, ambos estábamos helados por fuera, pero por lo menos, en mi caso, el fuego estaba en el interior.

La dejé en la cama y me quedé observándola durante unos segundos, me puse encima de ella y la besé, no quería palabras, deseaba estar dentro de ella, pero me lo tomaría con calma. Primero quería probar ese cuerpo. Así que comencé por besar cada uno de sus pechos, sus pezones estaban erguidos, esperando por mí, luego con mis dedos tracé un camino imaginario hasta su centro. Estaba húmeda, esperaba esto tanto como yo.

Comencé a mover mis dedos dentro de ella hasta que casi llegó al orgasmo, deseaba ser yo quien tomara eso en primer lugar.

La idea de no tener preservativos me pasó por la cabeza. Ella me miró adivinando mis pensamientos.

—No te preocupes por los condones, yo me cuido y confío en que estás sano. —Fui un irresponsable... lo sé, nunca había tenido sexo sin preservativos, pero no pude resistirme, más cuando ella me lo pidió.

Sin decir nada entré en su interior, tan estrecho, tan delicado. Decidí ir despacio hasta que comenzó a exigirme más, se movía junto conmigo para alcanzar su liberación, mientras la besaba para ahogar sus gritos, sus gemidos, y porque esa boca me tenía loco.

—Me gustas demasiado, Celeste, estaba loco por estar así contigo. ¿Por

qué durante tanto tiempo me castigaste?

—Porque después de que te confesé que me gustabas, no dijiste nada.

—Es que me dejaste sin palabras...

Seguí moviéndome hasta que la sentí tensarse, estaba a punto de llegar al orgasmo y me apresuré para que así fuera. Ella me besó para ahogar el grito que saldría de su interior y me mordió el labio delicadamente, dejando una marca en mí, algo que solo yo vería.

Luego de un par de estocadas más, yo también me dejé ir.

Eso fue lo más increíble que había hecho, sexo después de estar bajo el agua, con esa sensación de perderme en sus ojos y ella en los míos. Y me dio miedo. ¿Qué pasaría con nosotros? Estábamos encerrados en ese lugar, luego deberíamos salir, y yo comencé a cavilar acerca de lo que podría pasar.

—No pienses —habló Celeste luego de mirarme—. Esto no es señal de nada. Ambos deseábamos esto, pero no estás obligado a seguir. Lo más probable es que no vuelva a pasar.

Me leía como si yo fuese un libro abierto, ¿desde cuando comencé a ser tan transparente con ella?

Decidí hacer caso a lo que me decía y no pensar... no por eso me perdería la oportunidad de estar con ella una vez más.

—Si es la primera y la última noche que pasamos juntos, quiero disfrutarla. Te deseo nuevamente —comenté—. Mira, me tienes otra vez bajo tus manos.

Le señalé mi entrepierna, nuevamente tenía una erección. Ella se rio, y con esa mirada felina de gata me invitó a entrar otra vez en ella. Esta vez fue más rápido, más intenso. Seguramente quedaría con marcas en el cuerpo producto de las veces que ella intentaba acallar sus gritos. Sus gemidos llenaban mis oídos como una dulce melodía llena de sensualidad. No deseaba dejar de estar dentro de ella, pero no quería pensar en nada más, solo en mi cuerpo y en el de ella ardiendo en llamas.

Su cama estaba hecha un desastre, húmeda por nuestros cuerpos mojados, y no podía permitir que ella durmiera así. Así que entré con ella en el cuarto de baño, pero no entré en la ducha, solo la observé, no hubo fantasías sexuales

bajo el agua de la regadera, puesto que el baño era muy pequeño para eso. Le dije que la ayudaría a ordenar mientras se duchaba y vestía. Me quedé desnudo, no tenía nada de ropa seca, la mía estaba tirada en el piso de la habitación y aun no podía ni quería volver a mi cuarto. Ella salió de la ducha vestida con un pijama de color rosa, algo bastante infantil, sin embargo, la hacía ver adorable.

Entre los dos dimos vuelta el colchón y cambiamos la ropa de cama, ella se acostó y yo la besé apasionadamente antes de vestirme con mi ropa húmeda y salir por la ventana, para no ser visto, rumbo a mi cuarto.

Una vez en él, me fui a la ducha, bajo el agua vi las marcas en mi figura, por un buen tiempo no podría andar a torso desnudo. Salí del agua, aún era de noche, casi las tres de la madrugada, así que me fui a dormir por un rato más pensando en lo que acababa de pasar.

No creo que esta sea la última vez, dije.

Capítulo Nueve

«Simplemente amigos»

*«Cuanto daría por gritarles nuestro amor,
decirles que al cerrar la puerta nos amamos sin control»*

Ana Gabriel

Celeste

Desperté con los golpes en la puerta, me levanté de prisa, sobresaltada por el ruido y sin saber si había soñado o en realidad tuve sexo con él... José Luis.

Esmeralda me hablaba del otro lado de la puerta.

—¡Ya voy! —grité—. ¡Me quedé dormida!

Le abrí la puerta mientras corría por el cuarto buscando mi ropa de yoga. Aun sentía estragos en mi cuerpo por lo acontecido la noche anterior... No, no había soñado, tuve sexo con él.

Esmeralda me miró divertida, me apresuré para estar lista en los cinco minutos que restaban para comenzar la clase. Debíamos ser puntuales o no podríamos entrar. Parker era muy estricto con el horario y no podía dejar a Esmeralda sin su segunda dosis diaria de Parker Morgan.

Ellos se llevaban realmente bien y se veían lindos juntos. Esperaba que mi nueva amiga se diera una oportunidad con el instructor de yoga, pero primero debía sanarse, luego podría enamorarse de otra persona. Parker podría ser ese hombre, era bueno y comprensivo con ella, y a través de su forma de ver la

vida, el budismo, la ayudaba a recomponer su corazón después de lo mal que lo pasó en su relación anterior. Sin embargo, el profe no estaba apurado, se tomaba con calma todo lo referente a Esmeralda. Cuando le pregunté me respondió que él sabía que estarían juntos para siempre, por eso debía tener paciencia.

—Hay una frase de Buda que se puede aplicar a esto, querida celeste. «No tengas prisa, paciencia... todo llega justo en el momento en el que estás preparado para seguir con tu evolución». Por eso me ves tan tranquilo, creo que en esta vida estaremos juntos.

—Parker... eres un hombre muy especial... Esmeralda es muy afortunada —le dije.

—Yo soy el afortunado, tengo la posibilidad de relacionarme con mujeres muy especiales. Todas son maravillosas, aunque ella se robó mi corazón desde que la vi.

—Espero que resulte todo lo que te propones.

—Yo también lo espero.

Con el correr de los días, una de mis ocurrencias fue hacer una tarde de karaoke, ya que no se nos permite estar despiertos hasta tarde —solo una vez he roto las reglas y me enrojeczo de solo recordarlo—, propuse hacer algo al atardecer. Matías encontró que sería una buena idea, así que a las seis de la tarde nos reunimos en el estudio donde realizamos yoga y Zumba para ponernos a cantar. Casi todos participarían con una canción. Incluso Rosa se animó a cantar. León no lo haría, pero estaba encargado de los equipos de amplificación y el proyector para que los demás se presentaran, además, sería quien tendría la lista de las canciones que cada uno escogió, o designaría aleatoriamente una a quien no lo hubiese escogido.

Matías dio comienzo al gran evento, estábamos todos reunidos felices de la vida. José Luis no estaba, como siempre llegó atrasado. No habíamos hablado desde que pasamos la noche juntos, unos días atrás, siempre que me decía algo estábamos rodeados de personas, ya sea por Esmeralda o León, que se había convertido en mi guardaespaldas. Desde que se abrió a hablar conmigo estábamos muy cercanos, era casi un hermano pequeño para mí. Con ese look un poco gótico o emo, como se les llama, el chico era un talentoso músico, tocaba el violín y el cello con virtuosismo. Su excesiva timidez, o,

más bien, su trastorno derivado de la fobia social que tenía, le impedían mostrar su talento. León era mi escudo frente a José Luis, porque no me atrevía a enfrentarlo, ¿para qué? Lo más probable es que me dijera que lo que ocurrió con nosotros fue un error, y para mí no lo fue.

El día del karaoke nos juntamos antes con las chicas, para preparar nuestros atuendos, todas estábamos entusiasmadas. En realidad, Rayün completo estaba revolucionado con ese evento, si hasta Parker se quedó con nosotros; por lo general iba y venía los días de las clases, pero esta vez se quedaría en el centro.

Llegó el turno de cantar. Esmeralda era la primera, por sorteo, así que subió a cantar un himno de las mujeres «Rata de dos patas». Era su forma de decirle a su ex que había sido un imbécil y también para demostrarse a sí misma que se estaba recuperando. Fue su catarsis. Agustina y yo aplaudimos su performance y la acompañamos en el coro.

«Rata de dos patas
te estoy hablando a ti,
porque un bicho rastrero,
aun siendo el más maldito,
comparado contigo
se queda muy chiquito...»

Los aplausos no se dejaron esperar, fue muy divertido verla cantar y celebrar con nosotros este acontecimiento. Se veía feliz, y Parker estaba encantado con lo que veía de su niña favorita.

José Luis cantó un tema que me encantaba «Fe» de Jorge González. No pensé en nada más que en escuchar su voz, cantando, aunque para mí sus mejores palabras fueron las que dijo mientras entraba en mi cuerpo.

«Escúchame una vez
lo que voy a contar

sabes que vuelvo a tener fe
y empiezo a sanar.
Dama, escúchame una vez...
No voy a pedir amor,
te ves feliz
y me gusta que seas feliz...»

Por un momento cerré los ojos y cuando los abrí, él me miraba. No me resistía a esos ojos tan lindos, pero debía ser fuerte, nadie sabía lo que entre nosotros había pasado y tampoco lo sabrían. Después de todo, fue solo una vez, una magnífica vez, pero no habría más.

Luego, Matías cantó para nosotros una canción muy linda, «Caruso». Me emocioné con su voz y con la letra y porque era una canción que mi padre amaba, por la historia que encerraba, la del tenor Enrico Caruso y su amor. Una mujer de ojos verdes, como los míos.

Las lágrimas se agolpaban en mis ojos y no quería dejarlas salir, porque cuando lo hiciera, no pararía de llorar.

León me hizo una señal, ya me tocaba a mí, mi canción sería escogida al azar, ya que nunca me decidí por ninguna.

Escuché la música y me dispuse a cantar. No estaba en mi repertorio, pero alguna vez la oí. «Simplemente amigos» de Ana Gabriel. ¿El destino me quería decir algo? Si creyera, de seguro que sería obra del karma.

Solo miré la pantalla y traté de encontrar mi voz entre tantos nervios. Las chicas me animaban a cantar más fuerte, sin embargo, me era difícil. La garganta me dolía después de haber estado bajo la lluvia —y mejor no recordar que pasó después de eso—, por lo que mi voz no era la mejor. Además, Dios no me había dotado de un gran talento vocal.

Cuando canté una parte de la canción lo miré y creo que lo hice envejecer unos años del susto, fui mala, lo sé, pero esa parte era ideal para lo que había pasado entre nosotros.

«Cuanto daría por gritarles nuestro amor,
decirles que al cerrar la puerta nos amamos sin control.
Que despertamos abrazados, con ganas de seguir amándonos,
pero es que en realidad no aceptan nuestro amor...»

Sin saber cómo, terminé mi canción entre aplausos de mis compañeros, todos menos uno, José Luis no estaba; en ese momento supe que no había sido una buena idea eso de mirarlo cuando canté.

Después de mí siguieron los demás. Agustina estaba muy animada, aunque no cantó, se veía muy alegre.

Decidí salir un instante del estudio. La broma se me fue de las manos y prefería no enfrentar las consecuencias, por lo menos, no por ahora.

Me fui a mi cuarto, me puse un abrigo y salí a la terraza, extrañaba fumar un cigarro. La falta de nicotina y cafeína eran más evidentes con el paso de los días. Me puse la capucha de mi abrigo sobre la cabeza y me cubrí. Estaba un poco nerviosa y no quería que nadie me viera en ese estado. Mi mente divagaba como siempre pensando en lo que pasaría. ¡Por la cresta, necesito un cigarro!

José Luis estaba de pie, frente a mí, solo lo vi porque por alguna extraña razón su presencia la podía sentir. Levanté la cabeza y lo vi, perdiéndome en su cuerpo. Quería que me sacara la ropa y me hiciera el amor ahí mismo, lo deseaba de todas las insospechadas maneras, pero no sería yo quien diera el primer paso, porque siempre que lo hacía todo salía al revés; esta vez, si él quería algo de mí debía pedirlo.

—El canto no es lo tuyo —comentó con una sonrisa, demasiado linda para mi frágil cordura—. Cantas con muchas ganas, pero muy mal.

—Lo sé... por eso estudié leyes... —reí con mi comentario—. En cambio tú no lo haces nada de mal. Ese tema me encanta. Todo lo de Jorge González me encanta.

—¿Solo eso te gustó? ¿La canción y nada más? —preguntó curioso.

—El cantante no está nada de mal... aunque creo que debe ser un engreído,

un presuntuoso—. Hablé tratando de sonar convincente, me estaba costando horrores, sobre todo cuando me miraba con esos ojos tan lindos. ¡Soy una bruta!

—¿Así que un engreído y presuntuoso? —preguntó mirándome directamente a los ojos, mientras sonreía. Estaba perdida.

Él estaba divertido con el intercambio de palabras que teníamos, sin embargo, algo dentro de él no lo hacía desistir y dejarse llevar.

Tomé la decisión de entrar a mi habitación. Ese lugar que me recordaba todas las noches la pasión vivida, aunque esta vez lo haría tratando de llevarme conmigo un poco de mi orgullo, porque sabía que cedería a cualquier cosa que me pidiera, sin embargo, no era lo mejor. Me paré frente al ventanal de mi cuarto y hablé:

—Canté esa canción porque me tocó, no la escogí y no estaba dedicada a ti —hablé sin mirarlo para que no me provocara besarlo hasta quedarnos sin oxígeno—. No necesitas decirme nada, entiendo lo que pasó con nosotros y no te preocupes... no tendrás que hablar conmigo más de lo necesario. Así no te escondes de mí delante de los demás.

Abrí el ventanal de mi habitación y entré. Él me siguió, y mientras me sacaba el abrigo José Luis se sentó al borde de mi cama.

—No sé por qué contigo todo es tan complicado —habló—. Cada vez que creo que nos entendemos vuelvo atrás.

—¡No es mi culpa! Es imposible entender tus actitudes, un día me dejas besarte y tenemos sexo, al día siguiente no me hablas. ¿Qué quieres que haga? ¡No soy adivina! Mis poderes solo se reducen a perderme en la playa y no saber hacer el saludo al sol...

Al parecer, él no estaba mucho mejor que yo, solo escuchaba con la cabeza agachada, sin decir palabra; por un momento regresaron a mí esas ganas locas de besarlo.

—Estoy confundido... ¡No sé qué cresta me pasa! Te veo y me dan ganas de besarte, ahora mismo me muero por besarte, tocarte, y entrar en ti tan fuerte y rápido que no puedas hacer más que ahogar tus gritos en mi boca. Quiero probarte entera, saborear todo de ti.

—¿Y qué te lo impide? —pregunté maravillada por esas palabras. En

resumidas cuentas yo quería lo mismo.

—El miedo a depender de ti...

—No puedes negarte a vivir la vida por miedo, luego te irás y yo seré solo un recuerdo. Pero ¿por qué no hacer eso que dices? Si tú lo deseas al igual que yo.

¡Por la cresta! Donde quedó mi discurso de «llevarme conmigo un poco de mi orgullo». Me consumiría en las llamas del infierno por tonta, de eso estaba segura.

—¿Deseas esto, Celeste? Dime que lo quieres tanto como yo —susurró en mi oído, cuando estaba a punto de comenzar a arder en combustión espontánea.

—Dilo tú primero —El poco orgullo que me quedó estaba hablando por mí, sabía que le diría que sí, pero debía ser él quien lo pidiera primero.

—Te dije todo lo que quiero y ahora quiero más. Te deseo, quiero tenerte desnuda y llenarte entera. Necesito estar en tu interior, ya han sido muchos días de duchas frías para sacarme este deseo.

¿Cómo se suponía que tomaría decisiones inteligentes cuando estaba haciendo todo lo posible por volverme loca?

—Desnúdame... —Fue lo único que dije. No podía pensar en nada más.

Y lo hizo, me sacó la ropa lentamente, casi con parsimonia, despacio, tomándose su tiempo para mirarme. Luego, se sacó el sweater y la camiseta, se bajó los pantalones y la ropa interior al mismo tiempo y me lanzó suavemente a la cama. Me besó con necesidad, casi hambriento, y yo hice lo mismo, ¡lo deseaba tanto! Y él a mí, de eso estaba segura.

—No me hagas gritar —supliqué—. Alguien podría descubrirnos.

—Puedo ser un ninja si me lo propongo —dijo en mi oído mientras llegábamos a la cama.

Entró en mí sin pedir permiso, loco y desatado, como la vez anterior, y al igual que en esa ocasión con sus besos ahogó mis gemidos. Nos dejamos llevar por un orgasmo explosivo, que nos consumió a ambos al mismo tiempo. Sabía que esto iba ser así, puro fuego, sin embargo, nuestros fantasmas no nos dejaban. En mi caso, estaba segura que él jamás me amaría, y en el caso de José Luis, sus fantasmas estaban más adentro, no los podía ver, creo que ni él

los veía aun.

Me besó y se fue a su cuarto, saliendo por la ventana, por donde entramos. Agradecí que se despidiera, y cerré los ojos intentando no pensar en él. Pero fracasé...

Capítulo Diez

«Por un amor relámpago»

*«Por un amor relámpago
estás lloviendo lágrimas,
y ahora el viento de cristal
baila bajo los puentes»*

Miguel Bosé

José Luis

La dejé en su cuarto y me fui al mío, despidiéndome con un beso. No lo pensé, simplemente lo hice, no pude solo tomar mis cosas e irme. Ella no se lo merecía.

Apenas llegue me metí a la cama y cerré los ojos, por mi cabeza pasaban todas las imágenes de lo que vivimos, Celeste se metió en mi piel y no quería salir de ese sitio.

Lo de la canción me descolocó, sin embargo, le creí cuando me dijo que no era para mí. Ella era sincera, la mayoría de las veces demasiado honesta para su propio beneficio. Mientras que yo, cada vez me tornaba un poco más mentiroso, no admitía que ella me importaba cada vez en mayor medida.

Traté de que las cosas entre nosotros no cambiaran mucho, no quería hacerle más daño del que ya tenía, por lo que hablábamos de manera normal, sin dejar entrever lo que pasaba. Sin duda, era mejor actriz que yo, puesto que me seguía tratando con ironía y sarcasmo, tan típico de ella.

Los días siguientes fueron de calma, no nos veíamos en las noches, solo nos encontrábamos en la terraza para hablar unos momentos y solo compartíamos unos besos. Hasta que un día casi nos sorprenden. Esmeralda entró al dormitorio de Celeste y yo estaba con ella casi al borde del orgasmo, ya que con mis dedos estaba en su interior.

Celeste se asustó y yo de igual manera, menos mal que Esmeralda se demoró al buscar un par de zapatillas que le había prestado. Al llegar a la terraza cada uno estaba en su lugar como si nada pasara, solo que yo estaba lamiéndome los dedos llenos de ella.

Esmeralda se sentó al lado de su amiga mientras ella simulaba no mirarme. Mi hermana no notó nada, o por lo menos no hizo ningún comentario acerca de eso. Se dedicó a contarnos las cosas que aprendía con Parker cuando meditaba. Ambos nos encontrábamos felices por ella porque, al parecer, por fin se estaba dando una nueva oportunidad para querer a alguien.

Decidimos dejar de tener nuestros encuentros, no deseábamos ser descubiertos. Esa situación nos puso en alerta.

Al pasar unos días, nuestra vida comenzó a ser un poco más normal. Esmeralda y yo recibíamos la llamada de nuestro manager con las pocas novedades de nuestra ausencia, en algunos lados empezaban a preguntar por nosotros, sin embargo, el canal de televisión nos había resguardado del todo, nadie conocía nuestro paradero, ni siquiera el canal, solo tenían el número de teléfono del centro y se sabía que era necesario guardar la estricta reserva del sitio, no se podía poner en riesgo a Matías y a Rayün.

Esmeralda habló con su hermano, el manager, preguntándole por su familia y además, le preguntó si sabía algo de su ex, no podría estar tranquila si es que Ramón le hacía algo a su familia. Su hermano le comentó que no se sabía nada de él, sin embargo, el miedo de ella se le notaba en el rostro.

Parker la vio al salir y la detuvo, ella no dijo nada, solo lo abrazó, pero el profesor de yoga vio el desasosiego en sus ojos.

—No tengas temor... ya no eres esa mujer, has cambiado. Eres más fuerte, y por sobre todo no estás sola. Está tu hermano, tus nuevos amigos y yo... que nunca voy a dejarte.

Esmeralda se aferró a él y por un momento se veían tan compenetrados que decidí irme y darles el espacio que necesitaban.

Celeste hablaba con Agustina, León estaba con Alejandro trabajando en el jardín. Se veía que pronto llovería, las nubes estaban bajas y no hacía frío, por lo que estaba seguro de que comenzaría a llover pronto.

Agustina se acercó a mí para pedirme un favor, deseaba hacerle un regalo a Rosa, que estaría de cumpleaños, y estaba segura de que solo yo podía ayudarla. Necesitaban distraerla para usar la cocina, y según Celeste, Esmeralda y ella, yo era su debilidad. Entonces, hicimos un plan para sacarla de la cocina por un rato.

Le propuse a Rosa que me acompañara a dar un paseo, ella no quería en un principio, pero la convencí de ir a pasear de mi brazo. Las chicas se apresuraron en arreglar el lugar para hacerle una pequeña recepción. Durante el paseo me contó muchas cosas de su vida, de que se casó muy joven y que Matías fue hijo único, porque no pudo volver a embarazarse, así que los chicos del centro eran su familia. Amaba a su esposo y dejó a su familia de lado por él, así como decía la biblia que debía dejar padre y madre para unirse a su esposo. No estaba arrepentida para nada de su decisión, amaba a su familia. Esa mujer era admirable, siempre tan alegre, tan positiva... Entretanto, yo hablé menos, preferí dejar que ella contara lo que quisiera.

—Creo que se larga a llover con todo esta noche —comentó Rosa cuando miró al cielo, tuvo la misma percepción que yo, hoy no nos librábamos de la lluvia.

Nos devolvimos, y al llegar a la casa vimos todo a oscuras. Rosa se sorprendió, pero yo que ya conocía la sorpresa, aparenté lo mejor que pude.

Apenas abrí la puerta todos gritaron ¡Sorpresa! Matías con un abrazo saludó a su madre y todos los demás se lanzaron a saludarla en conjunto, haciendo un gran abrazo «de oso» grupal. Luego, disfrutamos de una excelente comida y nos divertimos hablando de todos los temas que se nos ocurrían. Alejandro y Matías nos contaban anécdotas de Rosa, las cuales disfrutamos. Todos se veían muy animados. Me alejé cuando escuché la lluvia, recordé eventos de mi pasado, pero también a mi mente vino el recuerdo de un beso bajo la lluvia y todo lo que después de eso aconteció. Me hacía falta Celeste, su cercanía ocultaba mis fantasmas. No fui un hombre con demasiados traumas, sin embargo, había cosas de mí que aún seguían atormentándome, como la necesidad de no aferrarme a nadie para no sufrir cuando ya no estuvieran a mi lado. Celeste representaba esa parte más lúdica, esa chica era

una luz en mi vida y en la de todos quienes la conocían. Pero decidimos dejar todo atrás por miedo, el de ambos, aunque ella era más valiente que yo. Por mi parte, no habría dejado de verla en las noches y besarla hasta desatar sus ganas, no obstante, ella decidió terminar con todo contacto para que no se hiciera evidente lo que tuvimos.

La lluvia me gustaba un poco más después de nuestro beso, sin embargo, detestaba los truenos y relámpagos. Y eso estaba ocurriendo; producto de los relámpagos se decidió acabar con la celebración para que nos fuéramos a dormir antes que algún rayo produjera algún corte de luz. Esmeralda y Agustina dormirían juntas, por el miedo que les daba, para sorpresa de todos —menos para mí que lo presentía—. Celeste, en cambio, confesó que amaba los truenos y disfrutaba ver las luces de los relámpagos.

Luego de que todos nos fuimos a nuestras habitaciones, traté de distraerme con cualquier cosa, aproveché que aún había luz y me puse a estudiar nuevamente el guion de la serie, sumergiéndome en el papel de Julián por enésima vez, llenado las hojas con apuntes de mis conversaciones con Matías y lo que había visto en el centro, tratando de dejar todo anotado para no perder detalle; deseaba que esa serie fuera muy bien hecha y que mi papel quedara bien. Apostillé cada hoja, en todas había alguna nota en referencia a lo que se debía decir. Con esto logré distraerme un momento, hasta que se cortó la luz y el sonido de los truenos fue lo único que se escuchaba.

Traté de dormir, pero no lo logré, ya después de varias vueltas decidí ir a la cocina por un vaso de agua. Intenté ser sigiloso para no despertar a nadie, me acerqué a la cocina y de la repisa tomé un vaso, dejé correr el agua unos segundos y lo llené. Me bebí el líquido de un solo trago. Dejé el vaso en la mesa de la cocina, y cuando me dirigía de vuelta a mi dormitorio la vi... estaba iluminada por la luz de la luna, sentada frente al ventanal de la sala, con un pijama de dibujos animados mirando hacia afuera, y casi sin respirar repetía los versos de un poema que creo haber escuchado alguna vez:

«Una sola será mi lucha
y mi triunfo;
encontrar la palabra escondida
aquella vez de nuestro pacto secreto

a pocos días de terminar la infancia.
Debes recordar
dónde la guardaste.
Debiste pronunciarla siquiera una vez...
Ya la habría encontrado,
pero tienes razón, ese era el pacto.
Mira cómo está mi casa, desarmada.
Hoja por hoja mi casa, de pies a cabeza
y mi huerto, forado permanente,
y mis libros cómo mi huerto,
hojeado hasta el deshilache
sin dar con la palabra.
Se termina la búsqueda y el tiempo
vencida y condenada
por no hallar la palabra que escondiste».

Ni siquiera se percató que estaba a su lado, solo se volteó cuando le hablé:

—¿No piensas irte a dormir?

—¿Y perderme este espectáculo tan maravilloso? Olvídalo, dormir está sobrevalorado —habló sin dejar de mirar al exterior.

—¿Y desde cuándo recitas poesía? —pregunté—. Es como si los versos te salieran del alma.

—Es un poema de Stella Díaz Varín, una mujer increíble, fuerte, y con carácter. Conocí su trabajo en la universidad, y me encanta.

—Se nota... ¡recitabas con tanta pasión!

Me miró agradecida y nos quedamos en silencio un momento, ella seguía observando los truenos y relámpagos, yo solo la miraba a ella.

—¿Por qué te gustan tanto los truenos y relámpagos? —consulté con curiosidad, esperaba una respuesta, porque no entendía el porqué de semejante gusto.

—¿Y a ti porque te dan miedo? —retrucó.

—Es una falta de respeto responder a una pregunta con otra pregunta, ¿lo sabías? —mencioné con un tono de voz tranquilo para no provocar miedo en ella.

—Te voy a responder solo porque espero que tú también lo hagas. Amo los truenos y relámpagos porque puedo ver en ellos una libertad absoluta, van donde quieren, nadie les dice lo que deben hacer, y lo principal, no necesitan alardear. Son fuertes y producen temor, por eso los amo. Me encantan y disfruto de verlos. Ahora, responde tú. ¿Por qué te dan miedo?

Tomé aire fuertemente, si ella era sincera, yo no podía ser menos.

—No me dan miedo —respondí, por lo que me miró sorprendida—. Solo me traen malos recuerdos. Mi madre murió en mis brazos cuando yo tenía diez años, en una noche como esta, oscura, con truenos y relámpagos. Estábamos los dos solos, mi padre estaba de viaje, como generalmente lo hacía. —Me costaba hablar, de hecho pienso que repetí varias veces lo mismo, sin embargo, si no lo decía ahora, no lo haría jamás—. En las noches nos quedábamos solos con mi mamá, yo era quien le daba los medicamentos, todo para no dejar que alguien más estuviera con ella. Solo yo. A los diez años me hice cargo de mi mamá, hasta que me dejó solo, acompañado de los truenos y relámpagos; no hablé con nadie hasta que llegó la mujer que se hacía cargo del aseo en la casa y me descubrió abrazado a mi madre, quien llevaba muerta varias horas. Fue ella la que llamó a mi padre, y del resto no me acuerdo.

Listo... lo solté, por primera vez hablaba del tema con alguien y no fue tan difícil. Celeste se sintió impactada por mi revelación.

—Perdón por traerte malos recuerdos —mencionó con voz entrecortada—. No era mi intención.

Me acerqué y le tomé la cara con las manos, mirando sus ojos verdes un poco aguados por las lágrimas que luchaban por salir.

—No te preocupes. No tenías por qué saberlo.

Me abrazó y me quedé sin poder decir nada. No existía ni un atisbo de algo sexual, pero el nivel de intimidad que había era mayor a cualquier noche de sexo de las que tuvimos, estábamos creando un vínculo, quizás era el lugar, la lluvia, o esa mujer especial que estaba entre mis brazos. Algo había cambiado.

—Puedes dormir conmigo —habló sin mirarme, de seguro no quería ver mi rostro por si volvía a tener una estúpida reacción—. No quiero decir que pase algo, solo te digo que podrías cambiar un recuerdo malo por uno más agradable, o en este caso, que el recuerdo tan dañino que tienes esté acompañado de otro menos malo, algo que te ayude a dormir y dejar de temer.

¿Qué podría pasar si dormía con ella?, además de seguir involucrándome. No obstante, su idea no era tan mala... el recuerdo de mi madre jamás se iría, pero estar con ella podría ser un bálsamo para mis sentimientos.

La tomé de la mano y la guie hasta mi dormitorio, abrí la puerta y la hice entrar, cerré y puse el seguro en la puerta. Levanté las colchas de la cama y la invité a acostarse, ella se metió bajo las cobijas y yo hice lo mismo. La abracé y quedé pegado a sus pechos, mientras se dedicaba a acariciarme el cabello, con tranquilidad, casi ceremoniosamente, sin decir nada. Las palabras sobraban en ese momento, solo estábamos los dos en un instante tan íntimo y tan nuestro, que no lo podríamos olvidar nunca.

Lentamente el sueño me invadió, no podía hacer más que darle las gracias a esa mujer que se asemejaba a un ángel en ese momento de mi vida.

—Gracias, Celeste...

Capítulo Once

«Ella»

*«Hoy vas a descubrir que el mundo es solo para ti.
Que nadie puede hacerte daño, nadie puede hacerte daño»*

Bebe

Celeste

Despertar con José Luis a mi lado se sentía bien... demasiado bien. No quería acostumbrarme a eso, era malo para mi salud mental, no era práctico ni nada de esas cosas que juré nunca hacer... creo que me enamoré de él, pero tenía claro que esto se acababa aquí. Ya en unos días, él y Esmeralda se irían del centro y yo seguiría aquí por un tiempo más. Luego de eso, no pensaba volver a Santiago. Me quedaría en Concepción o viajaría más al sur de Chile a tratar de encontrar una vida nueva, sin los fantasmas del pasado, sin Clara ni Juan Andrés, ni el *Holding* . Todo eso había quedado atrás. Esa Celeste murió el día en que traté de asesinar al imbécil de Juan Andrés por acostarse con mi madre.

Miré por última vez a José Luis y me fui a mi dormitorio, esta vez fui yo quien cruzó el ventanal y pasé rápidamente a mi cama, estaba muy helado, pero ya no llovía. Así estuve por un rato hasta que Esmeralda golpeó mi puerta. Le grité que pasara y se lanzó a mi cama exigiéndome que me levantara.

—¿Hasta qué hora duermes? —preguntó cuándo aterrizó a mi lado—. Otra vez llegaremos tarde a yoga.

—¡Ah, ya me levanto! —grité muy cerca de su oído para vengarme de ella

por la osadía de lanzarse en mi cama.

Si supiera quien era el causante de mis desvelos...

Me apresuré en cambiarme de ropa mientras Esmeralda me comentaba que estaba realmente bien con la terapia de Matías. Le comenté que para mí esta terapia era muy dura, pero que estaba tomando conciencia de las cosas que podría cambiar en mi vida. Le mencioné, además, de mi decisión de no volver a Santiago. Se sorprendió, esperaba que nos reencontráramos cuando volviera a mi vida normal. La quería mucho, era una gran amiga para mí, sin embargo, por lo menos en un tiempo no podría volver. Mi mente necesitaba tranquilidad y sabía que cerca de mi familia eso estaba lejos de ocurrir.

Le prometí que seguiríamos en contacto cuando saliera del centro, le entregué un papel con los datos de mi hermana para que no perdiéramos la comunicación. Ella y Agustina eran mujeres muy especiales para mí, por lo que no deseaba perder el contacto con ninguna de ellas.

Nos apresuramos para llegar a tiempo a la clase, tomé ubicación, como siempre al final, mientras que mi amiga tomaba postura muy cerca del instructor, no cabía dudas que entre ellos había algo o estaba naciendo algo.

El saludo al sol ya no era tan difícil para mí, sin embargo, las demás posturas estaban demasiado complejas. Siempre deseaba que las clases terminaran luego, porque no soportaba estar en algo que me complicaba tanto. Parte de mi terapia era aprender a aceptar que no era buena en todo y debía pasar por eso.

Al finalizar la clase, Agustina se acercó a mí para comentarme que estaba por salir del centro, aunque no se sentía segura, estaba temerosa por lo que podría pasar en su vida exterior. No se quería ir, algo en ella me lo mostraba, sin embargo, al ser menor de edad estaba obligada a hacer lo que sus padres decidieran.

La noté un poco agitada, como si hubiese hecho algún tipo de ejercicio, no obstante, ella no hacía más ejercicios que yoga, por lo que pensé que podría estar resfriada. Le comenté esto y ella no supo qué decir, al parecer no lo había notado. Me sentí como una hermana mayor cuidando a la chica, pero ¡la notaba tan frágil!

Nos fuimos a buscar a Esmeralda, la vimos hablando con Parker, por lo que decidimos esperar, no queríamos interrumpirlos, ambas estábamos

empeñadas en hacer que ambos estuvieran juntos. Vivíamos nuestra ilusión de amor a través de ellos.

La chica me contó que nunca se había enamorado de nadie, y que dio su primer beso por obligación, a través de una apuesta con sus compañeras. Le provocó tanto rechazo esa experiencia que nunca volvió a besar a nadie.

Yo le conté de mi primer beso, que tampoco fue una maravilla, y el beso que nunca olvidaría era el que había disfrutado bajo la lluvia. Sin decirle a quien besé, le conté detalles de lo que ocurrió esa noche, lo mágico que fue, lo necesario para mi corazón. Ella escuchaba la historia atenta y fascinada.

—¿Y qué pasó con el hombre que besaste? —preguntó mostrando intriga en su voz.

—No pasó nada, fue solo una ilusión —hablé mirando a José Luis. Él no me vio y para mi suerte, Agustina no se dio cuenta—. Fue muy lindo, pero solo fue un sueño.

—¡Quiero un amor igual al tuyo! Aunque dure poco tiempo, creo que es mágico y maravilloso vivir una ilusión como esa.

Pensaba igual, prefería vivir con esa ilusión toda la vida antes que haber pasado por este mundo solo con lo que me tocaba, con ese pasado que ahora era tan difuso para mí. Del exterior solo extrañaba a mi hermana, a Anita, mi secretaria, a Jacinto Ferrada, mi querido partner —y por esas casualidades de Dios, padre de quien me enamoré— y a ninguna otra persona. Eso quería decir mucho... mis afectos eran muy falsos.

En cambio, sabía que cuando saliera de Rayün extrañaría a todos, cada uno de quienes integraban el centro se había convertido en parte de mi vida. No quería pensar en las despedidas, pero Esmeralda y José Luis se iban, Agustina también. Me quedaría sola... mis amigas no estarían y el dueño de los ojos más lindos que había visto en mi vida, tampoco.

Esmeralda llegó a nuestro lado, nos contó lo que ya sabíamos, que les quedaban pocos días en el centro. Por eso en su cara se notaba el dolor.

—No te preocupes... nos seguiremos viendo, ¡estaremos comunicadas aunque sea por señales de humo! —exclamé para hacerlas reír—. Y Parker no te dejará ir así sin más. De seguro lo volverás a ver.

—¡Claro! —comentó Agustina—. Seguiremos en contacto, no te preocupes

por eso.

—No es eso lo que me tiene así de complicada, sé que con ustedes no perderé el contacto, les tengo un gran cariño y nunca las olvidaré —mencionó la actriz.

Las invité a sentarse en una de las bancas del patio, el día estaba ideal, puesto que los rayos del sol iluminaban tímidamente. Además, la brisa era delicada, no estaba helado, por lo que propuse que fuéramos a la playa que colindaba con el centro.

—Esta vez sin perderse, Celeste —bromeó Agustina.

Todas reímos, y para ser sincera, esa situación habría sido muy graciosa de contar si no me hubiese pasado a mí.

—Esta vez las llevo a ustedes, si nos perdemos es su culpa, no mía —declaré.

Caminamos lentamente por el predio, salimos del centro y la playa estaba muy cerca, por lo que nos entusiasmamos y corrimos hacia la arena.

Aunque el día nos acompañaba, el agua del mar estaba muy helada para bañarse en ella. Decidimos sentarnos en la arena y Esmeralda comenzó a contarnos el motivo de su preocupación.

—Les conté el motivo principal que me llevó a tomar este papel, la relación tan dañina que tuve con Ramón y lo destructivo que esto fue para mí. Solo ahora, después de varias sesiones con Matías, pude entender que todo lo ocurrido no era mi culpa —respiró profundamente y continuó con sus palabras—. Sé que todos dicen que no es tu culpa, pero ¿saben qué? Uno no lo cree, porque en el fondo de tu mente siempre queda la duda de lo que hiciste mal. Te dicen tantas veces que no eres nada, que eres basura, hasta que finalmente te lo crees, porque te lo manifiesta la persona que amas. ¿Y si te ama y ve todo malo en ti? Es terrible, pero es así. Yo le creí, porque pensé que él me amaba y me lo decía para ayudarme, sin embargo, cada palabra se metía en mi cerebro y me recordaba que nadie me quería más que él.

Agustina y yo nos mirábamos sin saber qué decir, porque cada palabra pensada no reflejaba lo que queríamos expresar. La rabia e impotencia me gobernaban en ese momento. ¿Cómo cresta un hombre le hace eso a una mujer? Ciertamente se sentía inseguro, por eso trató de empequeñecerla, para poder

verse superior a ella.

Esmeralda estaba decidida a continuar con su relato, así que decidimos seguir escuchándola, a pesar de la impotencia que nos invadía.

—Me alejó de mi familia, mis padres se oponían a esa relación y yo me distancié de todos ellos. Solo José Luis no me dejó nunca. Creo que eso me salvó, le debo la vida a él, porque no se fue de mi lado aunque yo se lo pedí, siempre se aparecía de improviso por mi casa, solo para verme. Ramón lo odiaba, pero a pesar de todo se quedó para protegerme y recoger los pedazos que quedaron de mí cuando todo se acabó.

No dábamos crédito a lo que escuchábamos, Agustina estaba visiblemente impactada, y yo por mi parte trataba de mantener las lágrimas a raya, no debía llorar, no era el momento.

—Ramón me golpeaba, fueron algunas ocasiones, sin embargo, yo lo justificaba. Sus celos eran porque me amaba. ¡Fui tan estúpida! —exclamó con mucha pena—. La última vez me encerró en mi departamento para que no fuera a grabar la serie en la que estaba porque, según él, yo lo engañaba con otro. Me golpeó en el rostro y me amarró a la cama. Estuve casi un día entero encerrada. José Luis me fue a buscar y no sé cómo logró entrar a mi departamento y me sacó de ese lugar. Me llevó a su casa y me quedé con él hasta que nos vinimos aquí.

Cualquier palabra dicha sería inútil, solo la abrazamos y entre las tres lloramos hasta que nos quedamos sin lágrimas. Fue una catarsis para ella, pero también para nosotras.

—Tengo miedo de volver y enfrentarlo. Soy más fuerte y segura, no obstante, estoy aterrada de verlo y no poder decir nada, de no saber cómo defenderme.

—Podrás hacerlo...—le dije—. De hecho, vamos a ensayar. Ponte de pie y vas a gritar todo lo que le dirías.

—¿En serio? —consultó.

—¡Por supuesto! Eso te hará bien, te lo aseguro.

Esmeralda se puso de pie e inhaló profundamente.

—¡Te odio, desgraciado! ¿Crees que te tengo miedo? ¡Malnacido! ¡Hijo de

puta!

Agustina aplaudió fuertemente y yo hice lo mismo. Esmeralda se tomó la cara con las manos y respiró aliviada.

—¡Fue genial! Tenías razón, me siento mucho mejor —comentó—. Les prometo que voy a ser feliz, no sé cómo, pero me debo esa felicidad.

—¿Con el instructor? —preguntó la más pequeña del grupo—. Porque o si no aquí lo cuidamos.

—¿Desde cuándo estás tan descarada, pequeña? —interrogué.

—¡Es que él es muy guapo! Además, me encantan los hombres con acento extranjero.

—Lo siento, pequeña, pero al instructor no lo suelto —mencionó la actriz.

—¡Bien! —dije yo—. Así tiene que ser. Se nota a leguas que Parker te quiere en serio. Lo flechaste al pobre hombre.

—Nuestra vida no ha sido fácil. Parker también tiene sus heridas, pero estamos tratando de sanarnos. Me tomo con calma esto porque quiero que sea real, ¡que nos dure!

Me sentí feliz por mi amiga, se merecía ser feliz con el profe. Los dos serían inmensamente felices, estaba segura de eso.

Agustina nos había contado de su vida, de sus problemas con la comida y de su lejanía con su familia. Ella sufría por eso, aunque desde que estaba en el centro se sentía mucho mejor. En su casa todo era grito y discusiones, la culpa por estar enferma y provocar problemas en su familia la agobiaba. Con nosotros estaba bien, yo pensaba en su vida y en ciertos aspectos me reflejaba en ella. Mi madre era una manipuladora de lo peor, pero yo contaba con mi hermana para apoyarme. En cambio, Agustina estaba sola. Tenía dos hermanos, pero eran pequeños y la culpaban por la situación familiar.

Cuando vimos que estaba haciendo más frío decidimos a volver al centro. Caminamos abrazadas riendo de cualquier cosa, como lo hace la gente que es feliz, pensábamos que eso era una buena señal. Parker se aproximó a nosotras. Nos salió a buscar por miedo a que nos pasara nuevamente lo que me ocurrió cuando me perdí.

—Ya sé que no confían en mí, pero... ¿Era necesario que fueran tan

evidentes? —hablé fingiendo indignación.

—Yo vine porque quería hablar con Esmeralda —respondió el profe con su inconfundible acento—. Y si de casualidad evito que te pierdas, mejor aún.

—¿Sabes que no me caes nada bien «gringo»? —pregunté.

—Eso no es cierto... tú me quieres mucho... soy tu profesor favorito.

Le saqué la lengua —en un signo de inmadurez de mi parte—, le tomé la mano a Agustina y me adelanté con ella para dejarlos solos.

Luego de unos minutos los vimos tomados de la mano, él se acercó lentamente y le dio un suave beso en los labios. Con la chica nos apresuramos para darles más intimidad. Llegamos al centro y José Luis se nos acercó. Agustina lo tomó del brazo y le comentó:

—Tienes cuñado nuevo...

—¿Por fin? —preguntó—. ¡Ya estaba bueno!

Él nos abrazó a ambas. Yo sentí su aroma y no pude decir más... también quería un beso, no solo uno... muchos, y en distintos lugares de mi cuerpo. ¡Estoy loca de amor!

Capítulo Doce

«La última noche del mundo»

«Tantas palabras al aire se han improvisado.

La última noche del mundo

la pasaría contigo,

y si me debo enamorar, será también de ti»

Tiziano Ferro

José Luis

Por fin vi a mi hermana feliz, la pude observar abrazada a Parker y por fin salió de mí el peso de verla triste y desolada. Esmeralda se merecía un amor bonito, como esos de los que habitaban en las historias que representábamos. No tenía idea de lo que pasaría cuando dejáramos el centro, aunque en el caso de Parker, creo que él no la dejaría ir. Lo más probable era que fuera tras Esmeralda apenas pudiera.

Caminé abrazado a Celeste y Agustina, las chicas hacían bromas con respecto a la relación de los chicos. Me distraje pensando en lo mucho que extrañaría este lugar, ya en dos días dejábamos Rayün y volvíamos a nuestra vida normal. Sobre todo echaría de menos a esa mujer que estaba a mi lado, la que tan bien disimulaba lo que pasaba con nosotros. Aproveché de mantener el abrazo lo que más podía. Desde que dormí con ella mi cabeza era un lio, no quería complicaciones, pero no podía dejar de pensar en lo que compartimos, sobre todo ahora, que me quedaba tan poco tiempo a su lado.

Matías decidió hacernos una despedida, nos reunió en el comedor y

comenzó a hablar de los chicos y de su estadía en el centro. Agradeció el apoyo de los pacientes y esperaba que nos fuera bien con la serie de televisión. Prometió que la verían en el centro. Le habló a Esmeralda, admiró su valentía y el hecho de contar su historia, así como también el tratar de recuperarse, y sin duda esperaba que pudiera ser feliz. A mí me agradeció por tratar de aprender lo más posible para mi personaje. Le agradecí por su amabilidad y por dejarme aprender de él para interpretar a Julián, mi personaje.

Luego, comimos una cena especial que preparó Rosa, ya que mañana no podría hacer mucho, entre arreglar las maletas y preparar el retorno, lo mejor era adelantar la despedida. Rosa se emocionó con nosotros y nos pidió que no se olvidaran de ellos. Ambos prometimos nunca olvidarlos, ellos habían sido muy especiales y Rosa conmigo se comportaba como una madre. Le prometí amor eterno y ella a mí. Alejandro fingió una escena de celos que nos hizo reír.

—¿Y eso de serme fiel hasta que la muerte nos separe? ¿Se te olvidaron los votos que hiciste ante Dios? —inquirió fingiendo molestia.

—No seas así... te he sido fiel toda la vida... —Rio ella.

—Claro, todo porque él es joven y de ojos azules. ¡No te reconozco Rosa!, ¡no te reconozco! —exclamó, alzando las manos en señal de rendición.

Nadie pudo aguantar la risa. Me acerqué a Rosa, la abracé y le di un sonoro beso en la mejilla.

—Si se va a poner celoso que sea con motivos, ¿cierto, querida? —le dije.

Cada uno de nuestros compañeros nos dedicó algunas palabras, solo León no habló, pero era entendible debido a su condición. De todas maneras estaba mucho mejor que antes, por lo menos ahora no escondía la mirada, era capaz de sostener la vista ante cualquiera y ya hablaba con más personas.

Claudia fue un poco más seca, para ella nuestra presencia era un poco molesta, sin embargo, no lo expresó de manera tajante, solo hizo ver que estaba aliviada de que ya nos íbamos.

Con ella fue la persona con quien menos nos relacionamos, no solo Esmeralda y yo, sino que todos. En este caso, su opinión no era muy trascendente para nosotros. Yo solo quería escuchar las palabras de Celeste.

Y habló, pero casi todas sus palabras estaban dirigidas a su amiga, para mí solo tuvo palabras de buena crianza, sin embargo, con su mirada me decía que habían cosas que no podía expresar en público.

Después de terminar con la comida y la despedida, cada uno de nosotros fue a sus habitaciones, menos Esmeralda, que se quedó en la sala con Parker, estaban aprovechando el tiempo que les quedaba. Yo haría lo mismo.

Me fui a mi dormitorio y me di un momento para relajarme, necesitaba pensar en qué le diría, no sabía cómo despedirme de ella. Era nuestra última noche juntos, ya que al anochecer del siguiente día nos íbamos.

Tomé valor para llegar a su dormitorio, abrí la ventana y la vi de pie con los ojos cerrados, como ausente. Me sintió y se levantó, se lanzó a mis brazos y me besó desesperada, la recibí hambriento de sus besos.

—No me digas nada, solo quiero estar contigo esta última noche —dijo apenas me soltó. Comencé a besarla, a comerme esos labios tan ansiosamente que casi chocan nuestros dientes, mientras ella, apenas pudo se aferró a mi cuerpo, pegada a mí, sin dejar espacio entre nosotros. Luego, a pesar de no querer soltarla lo hice y me dediqué a sacarle la ropa desesperado, necesitaba su cuerpo, estar dentro de ella y ella deseaba lo mismo.

La desnudé dejando que su ropa adornara el suelo, y como acostumbraba la dejé suavemente en la cama. Con posterioridad, me saqué toda la ropa sin pensar a dónde iba a parar, me puse encima de ella y la besé, y al mirar sus ojos estaba llorando silenciosamente, una ternura infinita se apoderó de mí en ese momento. Besé sus parpados húmedos, que se mezclaban con los míos, y sin darme cuenta, yo también estaba con los ojos aguados.

No dijimos palabra alguna, no era necesario, estábamos expresándonos con lo que nuestros cuerpos decían. Y así, solo entré en ella de manera lenta, haciéndole el amor, no tan apresurado como las veces anteriores, tomándome el tiempo preciso para adorar su cuerpo. La miré a los ojos mientras me movía despacio en su interior, fueron nuevas sensaciones, un profundo sentimiento estaba acompañándome en ese momento. Llegamos al orgasmo, juntos, y la besé para ahogar sus gritos.

Luego de recuperarnos un poco, volvimos a amarnos. ¿Sería amor? No lo sé, solo reconozco que ella me producía una infinita sensación de estar en mi hogar.

Celeste me abrazó sin decir palabras, quería que me hablara, por último que me dijera que me extrañaría, pero no salían las palabras de su boca, como tampoco de la mía. No podía exigirle que me dijera algo que no había oído de mí... ambos estábamos aterrados, pero nuestros cuerpos hablaron por nosotros.

Así nos quedamos, yo sin ganas de marcharme; ni siquiera pensaba en mi vida afuera, aunque sabía que debía hacerlo, porque todo lo que me concernía estaba en el exterior, mi carrera, mi casa, todo.

Durante la noche nos dedicamos a amarnos sin palabras, solo nuestros cuerpos hablaban. Después, antes de caer rendidos por el sueño y el cansancio nos dedicamos a hablar. No hicimos promesas, ninguno estaba seguro de lo que ocurriría con el correr de los días.

Desperté con ella en mis brazos, y la animé a que abriera los ojos para verla antes de salir de su cuarto y preparar mis maletas. Celeste me miró, iba a decirle algo, sin embargo, puso su dedo en mis labios.

—Sin promesas, recuérdalo —comentó.

—Sin promesas...

Me fui a mi habitación y como siempre me di una ducha larga. Dejé que mi cuerpo se relajara y luego me vestí con ropa deportiva y salí a correr; eso era en parte para poder dejar de pensar en lo que se venía. En el centro la vida era rutinaria y tranquila, sin embargo, en el exterior, la vida era caótica y sin sentido en la mayoría de las ocasiones.

Volver a las entrevistas, a la publicidad, a las redes sociales. Todo eso que dejé atrás durante dos meses volvía a mi vida y debía reacostumbrarme a eso, a lo que conllevaba mi carrera de actor.

Durante una hora aproximadamente me dediqué solo a correr y dejé fuera todo lo que me molestaba. Dejé además el recuerdo de Celeste. Estaría enterrado en mi corazón junto a las remembranzas lindas de mi vida.

Después de todo no llegué a la clase de yoga. Me fui a hablar con Matías para revisar lo que nos quedaba pendiente. Alejandro me encontró de camino y se acercó a desearme lo mejor en mi salida. No era algo que acostumbraba a recibir, los halagos no eran tan bien recibidos, sin embargo, nadie se resistía a las palabras del Pastor. Tenía un magnetismo que irradiaba, era un hombre

sabio que siempre hablaba lo justo y lo necesario.

—Eres un buen hombre, José Luis Ferrada. Sé que no estás acostumbrado a que te lo digan, pero lo eres. Creo en que ti y en lo buena persona que eres, y si alguna vez necesitas a alguien, ya sabes que estamos aquí para ayudarte.

Le di las gracias y seguí mi camino, Matías me esperaba para despedirse, aunque en ese momento hablaba con alguien por teléfono.

—Candelaria... tranquilízate —hablaba el doctor—. Sé que necesitas hablar con tu hermana, así que si estás en Conce te mando a buscar. Tranquila...

Al parecer, la mujer se calmó porque Matías cortó la llamada.

—Dame un instante —me dijo.

Salió a hablar con su padre y este tomó las llaves de la camioneta y se fue raudo.

—Es la hermana de Celeste que necesita hablar con ella, al parecer es urgente, porque viene para acá.

—¿Qué habrá pasado? —pregunté.

—No lo sé, solo la noté un poco preocupada.

—Espero que no sea nada grave —mencioné.

Con Matías hablamos durante un rato y luego nos dimos la mano, esperando volver a vernos. Me despedí de él como de un amigo, porque en eso se habían transformado Parker y él para mí, en amigos. Prometí mantener contacto con el centro y avisarles cuando podrían ver la serie.

Fui por Esmeralda para terminar de organizar nuestro regreso. En Santiago nos esperaba nuestro manager y nos iríamos a mi casa, que ya estaba lista y dispuesta para nuestro retorno —ventajas de tener gente que trabaja contigo—. Frente a eso ya no teníamos preocupaciones, descansaríamos un día y luego tendríamos reuniones con el equipo de producción para comentar los pormenores de nuestra estadía en Rayün y lo que logramos aprender para el desarrollo de nuestros personajes. Propondría algunas modificaciones pequeñas al guion, solo detalles que pude apreciar en mi estadía, y de seguro Esmeralda haría lo mismo.

Celeste estaba en la puerta del dormitorio de Esmeralda, esperando para hablar con ella. Las dejé solas. Ansiaba poder despedirme de ella antes de salir hacia el aeropuerto. No quería irme sin decirle adiós.

Ambas se abrazaron y lloraron juntas, sus lazos de amistad se hicieron fuertes y me alegraba por mi hermana. Necesitaba ese amor y contención que encontró en Celeste, una amiga de verdad. Esperaba que siguieran en contacto, por mi hermana, pero también por mí, para tener una posibilidad de volver a verla.

Alejandro entró a la habitación mientras aun las chicas seguían hablando y conmigo como testigo mudo de su conversación.

—Celeste... te está esperando —mencionó él.

—Ya voy —respondió con un dejo de preocupación—. Solo un minuto más para despedirme de Esmeralda.

Alejandro volvió tras sus pasos y Celeste le entregó un papel con unos datos.

—Te dejo el número de mi hermana y su correo electrónico personal nuevamente, por si perdiste el papel que te di antes. Si quieres saber de mí, escríbele o llámala. Cuando salga de acá me pongo en contacto contigo —comentó mientras se secaba los ojos antes de ponerse a llorar.

—¿De mí no te despides, Celeste? —pregunté mirándola fijamente a los ojos, quería saber qué me diría.

Me abrazó, y acercándose a mi oído habló casi susurrando:

—Espero estés bien... no te olvides tan rápido de esta loca.

—No creo que nadie que te haya conocido pueda olvidarse de ti de manera fácil. Dejas huellas en el alma de quienes te conocen —le dije en el oído.

—Adiós, José Luis Ferrada —habló mientras lanzaba un beso al aire.

—Adiós, Celeste del Valle.

Fue la última vez que la vi. Cuando nos fuimos estaba encerrada en la oficina de Matías, al parecer tenía un problema algo complicado, por lo que no fue con los demás chicos a despedirnos.

Subí al auto, luego de guardar las maletas; Alejandro conduciría.

Esmeralda y yo estábamos en el asiento trasero, ella lloraba por la despedida, por dejar a sus amigos, y por sobre todo a aquel tipo rubio y extranjero que le devolvió la sonrisa, ese que la miraba triste cuando estaba por subir al auto y quien no pudo resistir el impulso de besarla delante de todos... ellos sí se hicieron promesas.

El auto comenzó a andar, nosotros mirábamos el paisaje sin decir palabras, mi hermana un poco triste, pero confiada. Y yo... solo triste...

Capítulo Trece

«Sola»

*«Hasta ahora siempre me las arreglé yo sola.
Realmente nunca me importó hasta que te conocí,
y ahora se me hielan hasta los huesos.
Cómo te conseguiré sola»*

Heart

Celeste

No lo vi más, se fue y solo nos quedó ese adiós en el cuarto de Esmeralda. Ya ni siquiera podía estar triste, mi hermana estaba frente a mí hablando y yo apenas podía escuchar lo que trataba de decir.

—¿Me estás escuchando? —preguntó.

Reaccioné justo a tiempo para que no se diera cuenta de que estaba en la luna.

—Sí... te escucho.

—Te decía que la abogada de la farmacéutica lleva meses tratando de ubicarte, me puse en contacto con ella apenas revisé tu teléfono y tenías muchos mensajes de ella.

—Pero, ¿qué fue lo que pasó? —consulté inquieta, miles de dudas rondaban en mi cabeza.

—El método anticonceptivo que usas venía con defecto de fábrica, por lo

que es necesario cambiarlo.

Mi cuerpo tembló, de no haber estado sentada de seguro me caigo al suelo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que has estado expuesta a un embarazo durante todo este tiempo, desde que te pusiste el dispositivo hace seis meses.

Con los nervios me puse de pie, sin embargo, mi cuerpo no resistió más y caí desmayada.

Al despertar, Candelaria estaba sujetándome los pies y manteniéndolos elevados en unos treinta centímetros, como lo había aprendido en los cursos de primeros auxilios que hacía cada cierto tiempo; ella se obsesionaba con esas cosas.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Me duele la cabeza. ¿Qué me pasó? —hablé un poco confundida.

—Te desmayaste mientras te comentaba de tu dispositivo de anticoncepción, y luego estabas con pérdida de conciencia.

Recordé todo... había estado desprotegida ante un embarazo. ¡No puede ser! Esto es lo peor que me podría pasar.

—No deberías estar preocupada, porque estabas en el centro. —Por un momento se quedó callada, pensando. Se puso las manos sobre la boca cuando entendió el motivo de mi desmayo—. ¡Celeste del Valle Figueroa! ¿Tienes motivos para preocuparte?

No dije nada, ella entendió todo.

—¿Pero qué clase de lugar es este? ¿Cómo te metes con alguien en este centro?

Me tomé la cabeza con las manos, mi mundo estaba a punto de dar un giro de ciento ochenta grados.

—Necesito que me cuentes todo, ¿me oíste?, menos los detalles escabrosos, y luego necesitamos salir de aquí para ir a comprar un test de embarazo.

Le conté todo lo que pude de mi relación con José Luis, omití los detalles escabrosos, como ella me lo pidió. Fue un desahogo poder hablar de mi

¿aventura?, ¿romance? o «¿*touch and go*?», o como se llame lo que viví con él. Mi hermana escuchó mis palabras sin dar crédito.

—¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre enredarte en una relación así? —cuestionó, elevando la voz, estaba realmente alterada.

—No lo pensé —respondí tratando de mantener la calma, cosa difícil con todo lo que escuchaba de su boca.

—¿Está claro que no lo pensaste!, porque de otra manera no cometerías esa clase de errores. Si estás asustada es porque no usaste preservativos. ¿Cómo eres tan irresponsable? ¿No sabes, acaso, que podrías tener una enfermedad de transmisión sexual? —Ella seguía con sus reclamos y yo ya estaba a punto de explotar.

—Candelaria... estamos de acuerdo en que mi actuar no fue el más cuerdo, pero, ¿no crees que ya tengo suficiente con todo lo que me está pasando? ¿Podrías dejar de comportarte como Clara y volver a ser mi hermana?

Candelaria cambió la expresión de su rostro. Odiaba cuando la comparaban con nuestra madre, sin embargo, existían momentos en los que sus actitudes eran muy parecidas y eso a Candelaria le parecía horrible. Solo esperaba que dejara de actuar como una madre y solo fuera mi hermana, necesitaba con quien desahogarme, poder llorar, e incluso hablar tranquilamente de lo que me pasó con José Luis con alguien que no me juzgara.

—No me gusta cuando dices esas cosas. Yo no soy como Clara —comentó con un dejo de tristeza.

—Cande... no necesito otra mamá, ¡con la que tenemos es suficiente tragedia para dos vidas! Necesito a mi confidente... a mi amiga. He estado muy sola sin ti este tiempo, te he extrañado.

—Tienes razón... —dijo y me abrazó por un largo momento—. Ahora hay que pensar en lo que haremos si es que estás embarazada. Es una gran probabilidad de que pase con toda la cantidad de sexo que has tenido.

—No digas nada, hasta que no podamos saber la verdad es mejor no pensar en eso —comenté tratando de olvidar el miedo que estaba dominando mi cabeza en ese momento—. Cuéntame todo lo que ha pasado desde que desaparecí.

Candelaria me contó en detalle lo que pasó con Clara luego que me fui de

la clínica. Recibió muchas presiones por parte de nuestra madre para revelar mi paradero, sin embargo, ella no le dio detalles de mí, lo que provocó que nuestra madre se esforzara en hacerle las cosas difíciles en la empresa. Tanto así que Candelaria tomó la determinación de dejar el *Holding* y dedicarse a realizar inversiones, tanto las de ellas como seguir con las mías. También me mencionó que había dejado a Antonio y que vivía sola en un departamento en el centro de Santiago.

Le pregunté por Matías y no dijo nada. Esperaba que ese viaje también le sirviera para un reencuentro entre ellos, para que por lo menos hablaran. Nunca fue justa su separación, según mi punto de vista, era necesaria una charla entre los dos.

Justamente, cuando hablaba de eso el aludido entró a la sala —mal que mal estábamos en su oficina—, con unos papeles en la mano.

—Disculpen por la interrupción, pero necesito hacer unas llamadas —habló con su tono de voz tan especial, profundo y muy masculino.

—No te preocupes —mencioné—, ya nos vamos a mi habitación con Candelaria. ¿Los chicos ya se fueron?

—Sí, ya se fueron. Esmeralda quería despedirse, pero no pudieron seguir a la espera, puesto que perderían el vuelo si lo hacían.

No dije más, agaché el rostro para ocultar la tristeza que sentía.

—¿Quieres hablar de eso? —preguntó Matías, ya como mi terapeuta.

—Hoy no, mañana puede ser. Por lo menos tengo a mi hermana que me hará compañía por esta noche, si es que lo permites.

—Claro, no hay problema, puede usar la habitación de Esmeralda. Le diré a mi madre que la prepare.

Candelaria solo nos miraba sin que de su boca saliera palabra alguna. Esperé algún tipo de reacción de ella, pero se mantuvo en silencio.

Con mi hermana nos fuimos a mi habitación, entré y los recuerdos de lo vivido con José Luis llenaron mi mente y mi corazón. Debían quedarse ahí, no obstante, deseaba compartir esto; me hubiese encantado que lo que vivimos no fuera tan oculto. Pero tenía que aceptar las decisiones que habíamos tomado y hacernos responsables de las consecuencias... si es que las había.

Candelaria dio un bostezo, se notaba agotada, pero quería que le siguiera contando mi historia.

—Menos mal que las paredes no hablan, porque o si no éstas dirían puras cochinadas —habló.

—La pared del lado del ventanal es la que hablaría puras cosas «hot», mejor no recuerdo todas las cosas que pasaron ahí.

—¡Celeste! ¡Por Dios, mujer!, ¿desde cuándo te transformaste en ninfómana? —preguntó Candelaria mientras reía—. Nunca me lo esperé de ti —comentó con fingido enojo.

Omití muchos de los detalles de mis aventuras con José Luis, varios de esos recuerdos serían solo míos, mientras nos lanzábamos a la cama, una al lado de la otra, como cuando éramos niñas y yo me refugiaba en su dormitorio, porque todo me daba miedo; sufría pesadillas recurrentes en mi infancia, y aún de adulta las seguía teniendo. A medida que fui creciendo comencé a perderle el miedo a las cosas y a temerles a las personas, los demonios de las pesadillas no dañaban tanto como la gente, sobre todo cuando tenían la posibilidad de hacerlo.

Un golpe en la puerta nos distrajo de nuestros pensamientos. Rosa estaba ahí y nos llamaba para que fuéramos a comer algo. Por mi parte perdí el apetito, pero me obligué a comer. En primer lugar, porque si estaba embarazada debía cuidarme. En segundo lugar, porque Agustina me vería y no podía darle un mal ejemplo, ya que conocía su problema con la comida.

Llegamos al comedor y me acerqué a Agustina y la abracé. Todavía seguía un poco triste por la marcha de los chicos y yo igual, así que tratamos de consolarnos mutuamente.

Rosa se acercó a Candelaria, temí un poco, sabía que la madre de Matías quedó resentida con mi hermana luego de que ésta terminara su relación con el doctor, puesto que nunca supo la verdadera razón del quiebre.

Traté de poner atención a lo que decían, Candelaria tomó un taburete que estaba en la mesa de la cocina y se sentó en él. Tomó aire profundamente y se decidió a hablar con la madre de quien aún era el amor de su vida.

—Sé que me debe odiar, Rosa, y estaría de acuerdo si es que así fuera. Me lo merezco, sin embargo, quiero que me escuche un momento.

A mi hermana le temblaba la voz, no la había escuchado de esa manera desde hacía mucho tiempo.

—No te odio, Candelaria —comentó Rosa—, pero no eres mi persona favorita en el mundo. Le hiciste daño a mi hijo y eso no lo puedo olvidar, sobre todo porque para él fue muy difícil salir adelante después de que lo dejaste. Fue solo con nuestro apoyo y su inmensa fe en Dios lo que lo ayudó.

—Eso es lo que necesito decirle... mis razones para hacer lo que hice. —Candelaria estaba emocionada por las palabras de la mujer, le dolía saber a ciencia cierta el sufrimiento de Matías—. Lo dejé porque mi madre me amenazó con hacerle daño a él y a ustedes. Conocía la debilidad de Matías por su familia, lo importante que siempre fueron, y estaba dispuesta a hacerles daño a ustedes si es que yo no hacía lo que ella me estaba imponiendo.

—Decidiste por ambos —inquirió Rosa—, no le diste alternativa, pensaste en que mi hijo tendría miedo. Lo que nunca pudiste tener claro es que somos hijos de un Dios grande y no habríamos tenido miedo de tu madre, menos mi hijo que te amaba con el alma. ¡Eras la niña de sus ojos!

Candelaria rompió a llorar, quise acercarme a consolarla, pero Agustina me detuvo, era necesario que mi hermana enfrentara su pasado y sus decisiones, con todo lo que esto significaba.

—Lo hice por el inmenso amor que le tenía, no podía permitir que lo dañaran —dijo con un hilo de voz, ahogada por las lágrimas.

—Te entiendo, pero no comparto lo que hiciste. Aunque ahora no sirve de nada lamentarse, hiciste tu vida, y mi hijo se dedicó a estudiar y a hacerse un nombre en la psiquiatría, y lo ha conseguido. Sé que no es del todo feliz, pero por lo menos lo intenta. —Rosa se notaba calmada, aunque su tono de voz era autoritario.

Matías entró a la cocina en ese momento. Candelaria se levantó de su asiento y corrió a abrazarlo.

—¡Perdóname! Sé que te hice mucho daño, pero te prometo que fue porque pensé que era lo mejor para ti. —Mi hermana se pegó a su pecho, él no se lo esperaba, yo creo que ni ella misma supo que fuerzas la llevaron hasta sus brazos.

Matías no quería soltarla, se notaba tan cómodo con ella así que

permaneció por largo rato sin decir nada. Luego, la soltó de a poco y le besó la frente de manera tierna y delicada. Siempre pensé que el beso en la frente denotaba protección, por lo tanto, sabía que Matías haría lo que fuera por mi hermana; la envidiaba un poco. Miré a Rosa y ella estaba con los ojos llenos de lágrimas.

En ese momento, rompimos el mutismo ella y yo para invitarlos a comer, había recuperado el apetito y estaba hambrienta.

Cominos en silencio, cada uno de nosotros observaba a la pareja, solo Alejandro permanecía ajeno a lo que pasaba.

Al finalizar la comida, me ofrecí con Agustina a lavar los platos, Rosa aceptó nuestra propuesta y se fue con su marido hacia afuera para comentarle los últimos acontecimientos ocurridos con mi hermana y su hijo. Luego, nos fuimos a descansar. Me lancé a mi cama y cerré los ojos, en ese instante toda mi cabeza era un lío. Extrañaba a José Luis como loca, pero estaba aterrada.

Dormí sobresaltada hasta que Candelaria me despertó. No me comentó nada de lo que habló con Matías, después que los dejamos solos, y no me atrevía a preguntar. Me vestí con ropa cómoda y abrigada, puesto que el cielo amenazaba con dejar caer la lluvia. Solo bebí un té y Candelaria tomó las llaves de la camioneta de Matías y nos fuimos al centro de Concepción. Buscó una clínica a través de internet y condujo hasta el lugar que le indicó el GPS. No hablé en el camino. Estaba realmente nerviosa.

Después de unas preguntas de rigor me trasladaron a una sala en donde me extrajeron sangre y me pidieron una muestra de orina. Con miedo me hice también las pruebas de VIH, esperaba que José Luis fuera un hombre sano. De verdad lo esperaba. Por primera vez tuve miedo de lo que pudieran decir los exámenes. El embarazo, de así serlo, sería el menor de mis problemas. En cambio, debía esperar un tiempo para saber si tenía alguna enfermedad de transmisión sexual.

Posteriormente me llamaron y entregaron los resultados del examen de orina. No me sorprendí, en mi interior lo sabía... estaba embarazada. ¿Qué cresta hago ahora?

Capítulo Catorce

«A través del universo»

*«Charcos de tristeza, olas de felicidad pasan por mi mente,
dominándome y acariciándome»*

The Beatles

José Luis

Los días pasaban uno tras otro, reuniones, nuevas lecturas de guion, preparación del *look* del personaje, entre otras cosas ocupaban cada uno de mis momentos. No había ni un segundo de paz en esos días y era mejor así, estaba decidido a retomar la normalidad de mi vida a como diera lugar; pero me estaba costando más de lo que pensaba.

Celeste andaba por mis pensamientos, generalmente de noche, paseándose por mi cabeza, instalándose en ese lugar. Necesitaba sacarla o no podría volver a la normalidad de mi vida. ¿Desde cuándo me costaba tanto dejar de pensar en una mujer?

Lo peor era el silencio en el que vivimos lo que pasó, ni siquiera puedo decir «lo nuestro», porque no sé si hubo un “nuestro”. Mantener todo oculto fue un gran error, porque ni siquiera tenía el derecho a extrañarla, como Esmeralda, que de manera evidente extrañaba a Parker y podía decirlo en voz alta sin que nadie se extrañara. Es más, ya estábamos pensando con la familia traer al profe de yoga o mandarla a ella de vuelta, su melosidad era casi repulsiva. Hablaba con él y su mundo se detenía, nada más existía en su cabeza.

Yo no tenía esa suerte, nadie supo de lo mío con Celeste, por lo que estaba vedado cualquier atisbo de sentimentalismo.

Mi personaje tomaba forma, debía dejarme crecer un poco la barba y cortarme el pelo. Julián era un psiquiatra recién graduado, por lo que debía aparentar un poco más de «seriedad» en mi estilo. Era lo único que faltaba. Ya el guion estaba completo y solo quedaba comenzar las grabaciones.

Esmeralda me confesó que su personaje estaba basado en Celeste, yo lo supuse solo conociendo el guion, puesto que era ella quien mejor representaba lo que necesitaba decir en la serie, una mujer un poco impulsiva que decía lo que se le venía a la cabeza. Esa era mi Celeste... ¿Mi Celeste? Esto iba peor de lo que pensaba.

Para volver a mi vida normal, comencé a retomar lo que era mi vida anterior, las salidas, las fiestas, las reuniones sociales. E incluso volví a llamar a Laura, mi amiga especial, la chica reality con la que salía antes de ingresar al centro. Necesitaba un desahogo y ella era la indicada para eso.

Nos vimos en su casa, no quería pasar por la incomodidad de tener que pedirle que se fuera o que ella decidiera marcharse y poner en peligro su vida. Las calles de Santiago no eran muy seguras, no podía permitir que corriera riesgos innecesarios.

Llegué a su casa y me esperaba vestida —o más bien desvestida— para matar. Un sexy ¿vestido?, ¿camisón? En realidad, el nombre no importaba, la minúscula prenda era negra y de encaje, que apenas tapaba sus pezones. Solo acompañaba el vestido una tanga tan pequeña que apenas cubría lo necesario. Ella siempre había sido muy sensual y no tenía problemas en mostrar su cuerpo, ni yo tampoco tenía problemas con que lo hiciera.

Entré a su departamento y me recibió con un ardoroso beso en los labios. Debería haber estado excitado, luego de verla casi desnuda y después del beso. Sin embargo, no lo estaba.

Recordé a la chica de los pijamas infantiles, los de color rosa, esa mujer que no necesitaba más que mirarme para encenderme, que apenas se peinaba y no usaba maquillaje, dejando su pelo libre para que el viento se lo acariciara. Esa que no le temía a mojarse bajo la lluvia. No obstante, ella no estaba y la vida debía continuar.

Laura me sirvió una copa de vino —habría preferido una cerveza, pero no

me quejaría—, me la bebí de un sorbo; hay cosas que solo se pueden hacer con un trago, o varios, encima del cuerpo.

Ella tenía un arsenal de seducción preparado, crema batida, chocolate, ¿condones que brillan? Ni siquiera sabía que existían de esos.

Me tomó la mano y me guio a su cuarto, llevó sus implementos en la mano que le quedó libre y comenzó a desnudarme, la dejé hacerlo, puesto que necesitaba una dosis de sexo, y quien mejor que ella que conocía mis gustos para ayudarme.

Ya desnudo me lancé a la cama, ella tomó un frasco con algo que parecía una crema de color rosa, se untó un poco de crema en las manos y comenzó a frotarlas. Luego se puso de rodillas, a la altura de mi pene, con sus manos depositó la crema en este y después de terminar el proceso, comenzó a soplar de manera lenta; ese contraste entre la crema y su aliento producían un efecto frío en mi miembro, hasta que por fin este comenzó a reaccionar. Así se lo introdujo en la boca y empezó a hacerme sexo oral.

Acabé en su boca y ella bebió todo de mí, no fue un orgasmo explosivo, sin embargo, disfruté de lo que ella me hizo. Ahora me tocaba devolverle la mano.

La tomé por la cintura y la dejé en la cama, y mientras recuperaba la erección, me dedicué a sacar algo de lo que ella había traído consigo. Tomé la crema batida, la agité y la deposité en sus pezones, ella gimió por el contraste de lo frío de la crema y lo caliente de su cuerpo. Lamí sus pezones y ella gritó producto de la excitación. Recordé a Celeste y sus intentos por ser silenciosa, por no gritar para que no nos descubrieran, y de cómo ahogaba esos gritos y gemidos con mis besos.

A Laura no pude besarla, no me nació hacerlo y ella tampoco lo pidió, por lo que no era necesario hacer algo indeseado solo por no saber decir que no. «¿No es eso lo que precisamente haces, idiota?». Ahora hasta mi subconsciente me reclamaba. No era necesario seguir dándole vueltas al asunto, estaba con Laura y ella se merecía el orgasmo. Con mis dedos la toqué hasta que llegué a su clítoris, estaba muy húmeda y excitada, con poco más llegaría a correrse de manera inminente.

El ruido del teléfono me distrajo, traté de concentrarme en lo que estaba haciendo. Ella también se distrajo con el ruido de su móvil. Me pidió que me

detuviera y se levantó a buscar su teléfono.

Me enojé por eso, se supone que si vas a tener sexo con alguien apagas el teléfono. Antes de hacer una escena, preferí vestirme y retirarme a mi casa sin despedirme ni nada; no valió la pena.

Llamé a un Uber y le di la dirección de mi departamento, esperé por el transporte mientras el viento me golpeaba la cara. Me tomé la cabeza con ambas manos pensando en lo que había pasado con Laura. ¿Será el karma? Internamente sentí alivio, no imaginé qué podría haber ocurrido de haber tenido sexo con ella. Era una chica muy linda, sexy y creativa, seguramente podría hacer feliz a cualquier hombre.

Apenas llegó el Uber me subí. Mi celular había estado apagado hasta que lo encendí para pedir el transporte; ahora lo utilizaba para navegar por las redes sociales. Me llegaron muchos mensajes y llamados de Laura, que decidí ignorar para no decirle una grosería, a pesar de lo que había pasado, ella no se merecía que la tratara mal. No soy así, porque siempre quise que mi madre se sintiera orgullosa de mí.

Cuando llegamos frente a mi departamento, el chofer tuvo que avisarme, venía distraído con mis pensamientos. Le cancelé la tarifa, bajé del auto y caminé despacio hasta llegar a mi hogar. Escuché voces y me pareció raro, porque Esmeralda se quedaba siempre sola cuando yo salía.

Hice sonar mis llaves para que se diera cuenta que había llegado.

Al entrar vi a Parker sentado en el sofá de la sala, por eso las voces y el rostro de Esmeralda que brillaba de felicidad. Ya hacía dos meses que no se veían, dos meses desde que dejamos Rayün y volvimos a nuestras vidas.

Me acerqué a saludarlo y le di la bienvenida a mi casa. Me contó que se iba a instalar en Santiago, que trabajaría en un gimnasio como profesor de yoga y que estaba buscando un departamento para arrendar mientras se establecía. Le sugerí a Esmeralda que lo dejara vivir en el departamento de ella, era práctico, vivirían cerca, y si todo funcionaba bien, podrían vivir juntos.

A Esmeralda le gustó la idea y esperaba que Parker dijera que sí, vivir cerca sería ideal mientras se conocían un poco mejor y así mi hermana terminaría con sus miedos y se decidiría a disfrutar de su relación con el «gringo» con total libertad.

Ramón no había vuelto a molestarla, sin embargo, el miedo latente seguía en ella.

Aproveché de preguntarle a Parker por los chicos del centro, nos contó que Agustina estaba con su familia, que León había sido dado de alta por Matías y ya hablaba con algunas personas y que Claudia abandonó el tratamiento y se fue del lugar.

De Celeste no habló, me debatía entre mis ganas de preguntar por ella y mi necesidad de cerrar el ciclo.

—Y Celeste, ¿cómo está? —No pude evitar realizar esa interrogante.

Parker estaba algo inquieto, se miraban con Esmeralda sin saber qué decir, hasta que habló.

—Ya no vive en el centro, se fue a Concepción, y no es mucho lo que se sabe de ella. No mantiene contacto con casi nadie, solo habla una vez a la semana con Matías. Ni siquiera pude despedirme de ella —comentó.

Me quedé un poco preocupado, esperaba que me dijeran que estaba bien, o por último que había vuelto a trabajar con mi padre —eso era casi imposible, por como supe que pasaron las cosas—, pero ¡Diablos!, no sabía nada de ella.

Decidí dejarlos solos y me fui a mi cuarto a descansar. Me di una ducha para sacarme la frustración de no haber tenido sexo ese día y la preocupación de no conocer detalles de la nueva vida de Celeste fuera del centro. Después, me vestí con una camiseta y un pantalón para dormir y me sumergí en mi cama esperando quedarme profundamente dormido. En esos últimos días mis sueños estaban plagados de puras fantasías en las que en alguna parte aparecía ella con algún comentario o alguna locura.

Dos meses después

Estábamos en plenas grabaciones de la serie, finalmente se llamaría “No me olvides”, aunque a mí me parecía muy cursi el título, era del gusto de la gente de la producción y con eso no se podía decir nada. «Poderoso caballero es don dinero», dicen por ahí.

Esmeralda estaba en las nubes con Parker, ya estaban en una relación propiamente tal, él le pidió que fuera su *girlfriend*, su novia a través de mensajes que le escribió y ella no se pudo resistir a eso, estaba feliz con su relación y yo estaba feliz por ella. En cambio yo, me había resignado a no encontrar a nadie, ya después de cuatro meses aun no me sentía preparado para estar con alguien, ni siquiera volví a ver a Laura. Después del fiasco que pasé con ella, preferí dejar las cosas hasta ahí.

Tuve un extraño presentimiento que me acompañó durante el transcurso de la jornada, no sabía por qué, pero estaba seguro de que el pasado volvería a mi vida.

Grabamos durante todo el día, estábamos agotados, pero luego de eso tendríamos unos días de descanso, por lo que valía la pena el esfuerzo. La serie estaba quedando muy buena, linda e idealmente romántica, quien escribió esto debía estar feliz, todo lo plasmado en su historia se vería reflejado en la pantalla.

Esmeralda llegó a mi lado y se sentó a descansar justo frente a mí, yo bebía café, aunque no me gustaba, puesto que hacía frío y necesitaba entrar en calor. Esmeralda me comentaba que estaba tratando de dejar el café, porque le estaba haciendo mal, sin embargo, era difícil para ella.

Me contó de su relación con Parker y lo comprensivo que era con ella. Y como era Budista, no fumaba ni bebía alcohol. No obstante, jamás interponía sus creencias ante ella y eso provocaba que mi hermana lo amara todavía más, por no querer cambiarla, sino por dejar que fuera ella misma. Veía eso reflejado en Esmeralda, estaba feliz y era libre con Parker, un motivo más para agradecerle.

El aludido llamó en ese momento a su novia, ella escuchó lo que decía y se levantó de un salto de donde estaba sentada.

—¡No puede ser! ¿Estás hablando en serio? —preguntó y una sensación de inquietud me pasó por la cabeza.

—¿Qué pasó, Esmeralda? —hablé preocupado.

Ella cortó la llamada prometiendo salir lo más rápido posible.

—Hubo un incendio y se quemó Rayün por completo...

Capítulo Quince

«Sangrando Amor»

*«Y en este mundo de soledad veo tu rostro,
y aun con todo el mundo alrededor
pensando que estoy loca»*

Leona Lewis

Celeste

Luego de la noticia de mi embarazo todo lo que alguna vez pensé que pasaría con mi vida cambió del cielo a la tierra. Tuve visiones de lo que creí que hubiese sido de mí si esto no me hubiese pasado. Si el día en que encontré a mi madre y a Juan Andrés teniendo sexo hubiese pasado algo que me impidiera verlo, no habría llegado a Rayün y no hubiese conocido a José Luis y por ende, tal vez no estaría embarazada, pero seguiría engañada, viviendo de apariencias y tratando de complacer a todos, menos a mí.

Me tomé el vientre aún plano y sonreí. Mi bebé me cambiaba la vida y era para mejor, infinitamente mejor de lo que era.

Recuerdo cuando Candelaria me sostuvo mientras revisaba el examen de la clínica que confirmaba nuestras sospechas, no dijo nada, puesto que no era necesario. Ninguna de las dos sabría qué decir en esos momentos.

Gracias a Dios no portaba ningún tipo de enfermedad, solo éramos mi bebé y yo.

En silencio nos fuimos al auto, cada una subió por su lado, y lo primero

que hice al cerrar la puerta del copiloto fue ponerme a llorar, ni siquiera sabía bien por qué. Estaba embarazada, sola, y lo peor, internada en el centro. Necesitaba salir de ahí y buscarme un lugar en donde construir un hogar con mi hijo.

Debía enfrentar a Matías y decirle la verdad, que falté a las normas del centro y me involucré con José Luis. Ese era otro tema que me tenía realmente preocupada ¿Debía llamarlo y decirle? No creo... Él no quería problemas, ni relaciones largas, menos aún compromisos. Yo tampoco lo quería, pero la que estaba embarazada era yo, por lo tanto, debía asumir las consecuencias.

—Tienes que decirle a José Luis que estás embarazada —dijo Candelaria adivinando mis cavilaciones—. No puedes ocultarle eso, no es justo para él.

—No sería justo llegar a cambiar su vida de un día para otro. Además, fui yo la culpable, a mí me falló el dispositivo.

—Eso fue un accidente... no fue responsabilidad tuya. Hay un papel que certifica el fallo del dispositivo —habló Candelaria con un dejo de rabia—. No te puedes culpar por eso.

Llegamos al centro y decidí hablar de inmediato con Matías, no podía seguir ocultando esta verdad porque me oprimía el pecho la angustia de estar guardando un secreto tan grande como la llegada de un hijo. Sobre todo con Matías y su familia que habían sido tan buenos conmigo.

Justo en el momento en el que llegamos al centro los chicos estaban en la terapia grupal, por lo que mi conversación con el doctor debía esperar. Me fui a mi dormitorio mientras mi hermana se quedaba en la cocina, hablando con Rosa. Después de limar asperezas se hicieron muy cercanas, tanto así que hablaban mucho y de variados temas.

Entré a mi cuarto y cerré la puerta, dejé mi cuerpo caer mientras pensaba en cómo enfrentar todo lo que se venía y cómo mi hijo debía darme fortaleza para todo. Sí, enfrentaría mis problemas y comenzaría a vivir una nueva vida junto a mi hijo, porque estaba segura que sería un niño.

Luego, salí hacia el exterior, en esa misma terraza en donde habíamos pasado por tantas cosas con José Luis, el primer beso, la necesidad imperiosa de que entrara en mi cuerpo, nuestras interminables charlas, los besos en la oscuridad, sus manos recorriéndome por completo. ¡Tantos recuerdos! ¿Se podrá borrar tanta pasión de la cabeza y del corazón?

Me senté en uno de los sillones de la terraza —esos que casi nunca usamos porque era preferible estar de pie para poder acariciarnos sin que nadie se percatara de nada—, puse mi cabeza entre mis piernas y así me quedé un rato, sin pensar en nada.

Alejandro me habló y yo levanté la cabeza de a poco, para evitar marearme, desde que supe de mi embarazo evitaba casi todo tipo de sobresaltos, solo no podía evitar dejar de llorar por todo, ¡malditas hormonas!

—¿Te pasa algo, Celeste? —preguntó con esa voz tan tranquilizadora, con la que siempre hablaba.

No supe qué decir, otra vez las hormonas se apropiaron de mi cerebro y me dio por llorar. Alejandro comprendió que algo pasaba y no se movió de mi lado hasta que pude emitir sonido alguno, debía contárselo a alguien o iba a estallar.

—Estoy embarazada —Lo solté sin pensar en nada—. Me acabo de enterar que tengo seis semanas de embarazo.

Alejandro tomó asiento a mi lado y me tomó la mano, pensé que me juzgaría o diría algo malo, sin embargo, solo se quedó un momento sin hablar. Hasta que dijo lo que no pensé que podría decir.

—¿José Luis es el padre?

Me pregunté en mi cabeza ¿cómo se dio cuenta? Estaba igual que el meme que circulaba de manera viral en las redes sociales, ese del mono que se pregunta en lenguaje coloquial ¿cómo lo supo?

—No es necesario ser genio para adivinar, Celeste, ustedes se comían con los ojos aun cuando pensaban que nadie se daba cuenta. Soy un hombre viejo y bastaba solo con poner la atención en ustedes dos.

—Alejandro... no sé qué decir, solo que a ti no puedo mentirte. Sí, José Luis es el padre... pero por favor, no se lo digas a nadie. —Puse mis manos en señal de súplica.

—No me corresponde a mí decir eso, pero puedo ser la voz de tu conciencia. Él merece saber la verdad, un hijo merece a su padre y a su madre —habló con voz suave, pero firme, seguro de lo que decía.

—No puedo decírselo, no es justo para él que tenga que hacerse cargo de

un hijo que jamás pidió tener... —Apenas me salía la voz, entre el miedo y las lágrimas mis cuerdas vocales apenas funcionaban.

Alejandro me miraba inquieto, era difícil para él encontrar las palabras precisas, pero como buen predicador, siempre tenía las palabras justas.

—Dios te mandó este hijo porque sabía que podrías ser una excelente madre, el Señor nunca hace nada para nuestro mal, y aunque a veces no veamos las señales, es todo obra de él —comentó mientras apretaba mis manos, creo que en un intento de darme apoyo en esos momentos.

—Solo sé que este hijo me da fuerzas, estoy muy feliz. Pero no quiero mencionar el tema del padre de mi bebé... este hijo es solo mío.

Estaba decidida a no decirle nada a José Luis, él seguiría viviendo su vida como si nada de lo que vivimos hubiera pasado.

—No puedo interferir en tus decisiones, no obstante, creo que en algún momento de la vida tu hijo querrá saber de su padre y no podrás negarte a eso.

Alejandro tenía razón, no podría negarme a decirle la verdad a mi hijo cuando me preguntara, pero por ahora no pensaría en eso.

—Ahora hay otra cosa que me preocupa aún más, tengo que decirle la verdad a Matías, debo irme de aquí.

—Pero, ¿por qué te vas? —preguntó preocupado—. Nadie se atrevería a echarte.

—No puedo quedarme, no me comporté bien, le fallé, y no puedo permanecer aquí —mencioné decidida.

Me miró como si hubiese dicho algo malo, porque su cara cambió, el semblante relajado y sereno de siempre se volvió enojado, muy intranquilo.

—No te puedes ir... ¿estás loca? Ahora es cuando más necesitas apoyo y ayuda. No te puedes quedar sola si estás embarazada.

—No seré ni la primera ni la última mujer que está sola en su embarazo, hay casos peores.

Hablé con decisión, no me quedaría en el centro, estaba segura de eso.

—Las mujeres que están solas es porque las han abandonado o no tienen apoyo de nadie, sufren lo indecible con sus embarazos e incluso han pensado

en abortar. Celeste, no puedes ser caprichosa, tú estarás sola porque quieres, todos aquí estaríamos felices de apoyarte.

—¿Incluso Matías? —cuestioné.

—Incluso mi hijo. Sé que puede molestarse, porque es su centro y ustedes bajo sus narices intimaron, cosa que no está prohibido, sin embargo, no es lo ideal en este caso. Rayün no es un hotel, pero lo conozco, y tengo claro que él no te dejará ir.

No quería escuchar esas palabras, y como buena mujer, no quería que nadie me dijera lo que debía hacer, ni que me hicieran sentir culpable de nada. Ya de por sí, me sentía demasiado culpable.

Decidí hablar con Matías, me despedí de Alejandro y me dirigí a la oficina del doctor muy lentamente, contando los pasos, era casi como ir a hablar con mi padre y que me regañara. Ese temor sentía, el miedo a ser juzgada, por lo que me sentí temerosa y angustiada.

Matías me esperaba, desde que supo que salí con Candelaria esperaba que fuera a hablar con él, me vio llegar apesadumbrada y supuse que algo sabía de lo que me pasaba o, por lo menos, lo presentía.

—Pasa, Celeste... Te estaba esperando —expresó cuando abrió la puerta de su oficina y me hizo entrar.

Me senté en el diván. Como todo psiquiatra, en su oficina había un diván para la consulta, en el que las personas podían estar extendidas y hablar de sus problemas. Generalmente no se ocupaba, Matías era un poco menos tradicional en ese sentido, prefería las terapias más holísticas, alternativas, no le gustaba usar todo el tiempo las técnicas de la «vieja escuela», no era de aquellos que solo dan medicación, él ofrecía otro tipo de posibilidades, además de lo tradicional...

Según la regla de la vida, «Al mal paso, darle prisa». La verdad sea dicha, era mejor que se enterara de una vez de lo que me pasaba. No me gustaba andar con rodeos ¿se nota?

—Tengo seis semanas de embarazo —le dije—. Quedé embarazada estando acá.

Matías tuvo que tomar asiento, la noticia lo sorprendió, no dijo nada y por un momento me pasé más de mil películas acerca de lo que me iba a comentar,

esperaba reclamos, gritos, e incluso unas pocas groserías de su parte. Matías jamás ha dicho una mala palabra y no creo que empiece conmigo, aunque me lo merezca.

—Supongo que José Luis es el padre —prosiguió. Con la sorpresa abrí los ojos de una vez.

—¿También lo sabías? —pregunté.

—No es necesario tener años de estudios para darse cuenta que entre ustedes pasaban cosas. Era evidente, habría que haber sido ciego para no verlo, Celeste.

Pensé en que era mejor actriz, pero, al parecer, era pésima disimulando, y José Luis también. Peor para él que dedicaba su vida a la actuación.

—Pensé que nadie se daba cuenta, suponíamos que éramos mejores escondiendo nuestro secreto. Tu padre y tú se dieron cuenta. ¿Todos lo sabían?

—No creo que todo el mundo, por si no lo sabes, mi padre y yo somos muy perceptivos.

—Me acabo de dar cuenta... —comenté—. Sus «súper poderes» son únicos.

—No son «súper poderes», solo hay que saber observar.

Suspiré, no quedaba otra que comenzar a asumir mi nueva vida. En parte estaba agradecida que ninguno de los dos hombres de esa familia me hayan querido echar a patadas de su casa, incluso después de todo lo acontecido.

—¿Qué vas a hacer? —consultó el doctor mientras simulaba tomar apuntes en su Tablet. La modernidad hacía que ya no necesitara una libreta.

—Me voy a vivir a Concepción. Me compraré un departamento con la indemnización que me tocó.

—¿De qué indemnización hablas? —preguntó dudoso.

—De la que me dieron por el fallo del dispositivo anticonceptivo que utilizaba —respondí. Él me miraba sin entender aun de qué estaba hablando—. Te resumo. Yo utilizaba un dispositivo anticonceptivo que se pone en el brazo, debajo de la piel, y este falló porque venía malo de fábrica. Me enteré cuando mi hermana llegó acá. Por eso quedé embarazada, no fue buscado, ni lo hice

para atrapar a nadie, solo pasó.

Me miró con cara de ternura como si entendiera mi situación. ¿O era solo por ser hermana de Candelaria el hecho de que no me había juzgado?

Sin dejar que me dijera más, le comuniqué mi decisión de no decirle nada a José Luis, y por sobre todo, le confirmé mi decisión de irme. Matías no quería dejarme ir, sin embargo, al igual que su padre, respetó mi decisión a regañadientes.

Dos meses después

Vivir sola no era fácil, por un momento lamenté haberme ido del centro. Rosa me ayudaría a regular las náuseas y no tendría que molestarme en cocinar cuando no podía ni siquiera abrir los ojos después de vomitar todo lo que comía. Según el doctor del hospital eso era normal en mi estado, aunque ya debía haber pasado, ya estaba cerca de los cuatro meses y mi barriga se notaba un poco, más que nada, porque había bajado de peso producto de los vómitos y las náuseas que me impedían comer con normalidad.

Mis días pasaban entre lo que trataba de comer, mis controles médicos, las interminables horas de lectura y la televisión. Había descubierto el mundo de la televisión y me gustaba. Sobre todo porque podía ver a José Luis, ya que estaban emitiendo una telenovela en donde aparecía, y me gustaba verlo, le hablaba a mi hijo mientras escuchábamos a su padre en la televisión, compartía con mi bebé los pocos recuerdos que construimos juntos, las risas y los momentos gratos. Mi hijo tendría siempre la mejor opinión de su padre.

Parker me vio un día en la calle, yo salía del supermercado y él estaba en la puerta, apostaría a que me siguió, nadie en Rayün sabía de mi paradero, solo hablaba con Matías una vez a la semana y lo llamaba desde teléfonos públicos, no quería que me buscaran, ni que alguien pudiera dar conmigo. Solo hablaba con él y Candelaria.

El profe de yoga me miró y se acercó a mí, no pude huir, debía hablar con él. Por intermedio de Matías se enteró de mi embarazo y después de un tiempo buscándome dio conmigo.

—¿Por qué tan escurridiza? —preguntó con su acento tan agradable.

—¿Qué haces aquí? —respondí a su pregunta con otra interrogante, cosa que a mí no me gustaba hacer.

—Pasaba por aquí... no, mentira. En realidad, quería saber de ti. Estaba por la zona buscando mi indemnización por el término de mi labor en el centro y me di una vuelta para saber si podía verte.

—Estoy bien...

—No se te ve muy bien... estás muy delgada.

—Este chico no me deja comer mucho, pero vamos bien.

Me abrazó con cariño, extrañaba sentirme cerca de alguien que me diera un poco de cariño. Mi hermana estaba lejos, aun no dejaba del todo su vida, aunque se lo pedí muchas veces. Y no tenía más amigos que los del centro, de los cuales me alejé yo misma.

Parker me entregó un teléfono celular. Yo no tenía uno y no lo deseaba, porque me gustaba estar desconectada del mundo, sin embargo, me hacía falta.

Estaba registrado en el móvil su número, el de Matías y el de Alejandro. Me dijo que en caso de cualquier cosa solo debía llamarlo.

Me contó que estaba en una relación con Esmeralda y me alegré sinceramente por ambos, se amaban y merecían vivir juntos su amor. Solo le pedí que no le dijera nada de mi estado, no quería que la noticia llegara a oídos de José Luis.

Me ayudó a llegar a mi departamento y a dejar las cosas guardadas, el día estaba frío, por lo que lo invité a tomar un té, él no bebía alcohol y yo en mi estado tampoco. Luego de eso, le pregunté donde se estaba quedando, y se iba a ir a un hotel. Lo invité a quedarse en mi hogar, estaba sola y me agradaba su compañía.

Recordamos todo lo que vivimos en Rayün y luego reímos al evocar la ocasión en que me perdí, y por sobre todo, que después de esa ocasión nadie me dejaba salir sola. Cuando me dio mucho sueño me fui a acostar a mi dormitorio, él hizo lo mismo en el cuarto de invitados.

De madrugada escuché el tono de su celular, algo nuevo para mí, ya había perdido la costumbre. Se levantó de prisa y fue a mi cuarto.

—Celeste... Rayün se está quemando... hay un incendio en el centro.

Capítulo Dieciséis

«¿Nunca podrán separarnos?»

*«Yo,
yo estaba de pie,
tú estabas ahí.
Dos mundos chocaron
y nunca podrían separarnos»*

Inxs

José Luis

Esmeralda recibió el llamado de Parker contando que había un incendio en el centro, ambos nos angustiamos. Rayün había sido una parte importante de nuestras vidas y no podíamos quedarnos impávidos sin hacer nada. Ella llamó a su hermano y le pidió que le consiguiera pasajes de avión a Concepción lo antes posible. Nuestros días libres los usaríamos para ir a ver qué podríamos hacer para ayudar o, por lo menos, estar ahí con nuestros amigos. Porque Matías y su familia eran nuestros amigos.

Viajamos lo más rápido que pudimos, apenas nos consiguieron un vuelo directo al aeropuerto Carriel Sur en Conce, ya casi tan familiar como el Arturo Merino Benítez de Santiago. En estos últimos meses habíamos pasado casi tanto tiempo en ese aeropuerto, que ya era parte de mi vida cotidiana.

Llegamos a Carriel Sur de madrugada. Parker nos esperaba con el auto de Matías, nos subimos de prisa y él se fue manejando mientras nos ponía al día con los acontecimientos que ocurrieron en el centro, aun no se entendía cómo

fue que sucedió. Según lo que Parker mencionó, el incendio fue provocado. ¿Quién podría hacerles algo así a Matías y a su familia? No quise preguntar para dejar que nos contaran la historia completa.

—Me llamó Matías, anoche me quedé con Celeste, ¡la encontré ayer después de tanto buscarla! —exclamó alegre—. Así que nos fuimos al centro en el auto de un vecino de ella, llegamos, y aún la casa estaba ardiendo en llamas. La lejanía fue perjudicial, porque los bomberos tardaron en llegar. Todo lo que había en el centro se quemó. Matías alcanzó a sacar su computador con los archivos de los pacientes, pero nada más. Rosa y Alejandro salieron apenas olieron el humo, menos mal que a nadie le pasó nada.

El profesor de yoga no dejaba de hablar y yo solo quería preguntar por Celeste, o que Esmeralda preguntara, pero ella no decía nada.

—¿Cómo están todos? —inquirí tratando de que me dijera algo de ella.

—Están bien, son gente de fe, creen en Dios y están tranquilos porque solo fue lo material. La que no está muy bien es Celeste, sobre todo por su estado.

Esmeralda lo miró y él cambió el tema de conversación de inmediato. Me quedé con la duda, ¿de qué estaba hablando?

—¿Trajeron ropa abrigada? Acá está haciendo mucho frío, se nota que estamos en invierno —comentó.

—Sí, trajimos un par de abrigos cada uno —respondió Esmeralda.

No pude seguir hablando y me puse a pensar en que por alguna u otra razón estaría a punto de volver a ver a Celeste...

El viaje se hizo eterno, el tiempo de viaje era muy largo, pero la ansiedad de llegar luego y ver a mis amigos era mayor en esos momentos.

Llegamos al centro y ver todo consumido por las llamas fue difícil, la casa no existía, toda la construcción estaba en el suelo, solo la primera parte de la gran casa, que era de cemento, aún estaba de pie, lo demás era tan solo escombros.

El olor a humo era penetrante, un poco desagradable para el olfato, nunca había estado cerca de un incendio y aparte de ver todo quemado y destruido, lo más sensible para mí fue ver a Rosa llorar por lo que había ocurrido.

Me acerqué a ella y la abracé, no quería soltarla ni ella a mí. Durante unos preciosos minutos permanecemos así, ella lloraba en mi hombro y yo trataba de consolarla. Alejandro seguía con su buen humor haciendo bromas.

—¡Búscate una mujer y deja a la mía! —me gritó—. ¡Que no te puedo dejar sola ni un momento para que te lances a los brazos de otro! —Alejandro sonrió mientras nos miraba.

—¡Ay, viejo! Sabes que este chico es mi debilidad —comentó Rosa sin soltarme.

Luego saludó a Parker y a Esmeralda. Se abrazaron y ella besó en la cara al chico.

A lo lejos divisé la silueta de Celeste, estaba de espalda hablando con Matías y luciendo un abrigo largo, *jeans* y zapatillas. No dejaba de mover las manos mientras hablaba. Me acerqué despacio para hablar con ella y Matías. De pronto, se volteó y la pude apreciar en plenitud. Estaba más delgada de lo que recordaba, sin embargo, lo más sorprendente fue ver su vientre levemente abultado.

¿Estaba embarazada?

Estuve a punto de caerme de la impresión, no podía ser... ella estaba embarazada...

Esmeralda se acercó a mí en cuanto se dio cuenta de lo que vi. Ella lo sabía, puesto que no se sorprendió cuando miró a Celeste. Seguramente el único que no sabía era yo.

—Ese hijo es tuyo —comentó.

—¿Es una pregunta o una afirmación? —dije tratando de evitar mirarla.

—Tómalo como quieras, usa lo que más te convenga —mencionó mi hermana del alma—. Solo te digo que ella no buscó embarazarse, falló su dispositivo anticonceptivo y no se enteró hasta que su hermana vino para acá y le dijo que la estaban buscando del laboratorio fabricante, la indemnizaron, y con eso se compró el departamento en el que vive ahora.

Me resumió la vida de Celeste desde que nos dejamos de ver hasta ahora y en dos minutos. Todavía seguía impactado por lo que vi, más que nunca necesitaba hablar con ella.

Celeste levantó la vista y nuestras miradas se cruzaron, mi corazón latía frenético casi a punto de salirse del pecho.

Aunque el frío calaba los huesos, esa imagen de ella era calor en mi pecho, estaba más linda que nunca, sin embargo, a poco andar, cuando la vi acercarse, el miedo se apoderó de mí.

Fue interceptada por Parker, que le abrochaba el abrigo para proteger su barriga, ella le agradeció la preocupación con un abrazo. Esmeralda se acercó a ellos para charlar. Esta era mi oportunidad, debía hablarle.

—¿Estás segura que será niño? —preguntó Esmeralda.

—Sí. Además, solo pensé en nombre de niño, lo saqué de la biblia que me regaló Alejandro. Se llamará Mateo, como el recaudador de impuestos que se transformó en Apóstol —mencionó con total seriedad.

—Es un lindo nombre, aunque insisto, ¿qué pasa si es niña? —continuó Esmeralda.

—No he pensado en ningún nombre de niña —dijo ella, honestamente.

—Blanca... me gusta el nombre Blanca —comenté, integrándome a la conversación sin ser invitado.

Nadie habló por un momento.

—Es un lindo nombre. —Parker fue quien rompió el silencio.

—¿Tu qué opinas, Celeste? —pregunté directamente y sin rodeos. No dejé que el miedo me dominara, debía enfrentar lo que estaba pasando.

—Es un lindo nombre, pero estoy segura que mi hijo será un niño —enfaticó las palabras «mi hijo».

—Tenemos que hablar. ¿Pueden dejarnos solos un momento? —formulé mirando a Esmeralda y a Parker, quienes se fueron inmediatamente.

Me quedé impávido, sin saber qué decir, ni cómo actuar. Quería tomarle la mano, pero no deseaba que malinterpretara las cosas. ¿Qué cresta digo?

—¿Es mi hijo? —pregunté. Conocía la respuesta, pero necesitaba que me lo confirmara. De su boca quería escuchar que era mi bebé el que cargaba en su vientre.

Ella no decía nada, miraba al suelo sin levantar la vista. Le tomé la cara

con las manos, tenía su rostro helado, al igual que mis manos, sin embargo, en sus ojos la chispa de rebeldía me indicaba que nada me sería fácil.

—No necesitas que yo te diga nada y no lo haré, porque no quiero condenarte a nada. Mi respuesta puede condenarte o liberarte y ¡te quiero libre! Siempre podrás culparme a mí y liberar tu conciencia.

Alejandro y Rosa se acercaron a nosotros, mi tiempo con ella se había acabado y no fui capaz de decir nada coherente, dejé que ellos nos interrumpieran, que se la llevaran. Fui un cobarde...

—Celeste, debes irte a tu casa, no te hace bien estar aquí con tantas partículas de dióxido de carbono que están en el aire. Le puede hacer mal al bebé —Alejandro puso la cordura en ese momento, estaba en lo cierto, el ambiente no era propicio para una mujer embarazada—. Y llévate a mi mujer, debe descansar un poco. Nosotros seguimos esperando que terminen de hacer la investigación los peritos de Bomberos.

—Tienes razón... tengo que irme, y Rosa te vienes conmigo, necesitamos dormir y descansar. Ya mañana volvemos —dijo Celeste sin mirarme.

Desde ese momento, no pude hablar con ella y desapareció de mi vista. Estaba demasiado abrumado para poder decir algo, no podía dejar de pensar en esa mujer y mi hijo...

Me alejé un poco de todo, necesitaba aire ¡quería salir corriendo! ¡Un hijo! Caminé durante un rato dejando que la brisa me tocara el rostro. Llegué cerca de la playa y ahí me quedé un momento, escuchando el sonido del mar.

Alejandro se acercó a mí de manera sigilosa, generalmente sus apariciones eran de esa manera, bromeaba con él que debía ser un gran hijo de Dios, porque al igual que él, siempre estaba en todos lados.

—Celeste es una gran mujer, sin ser culpable de lo que le pasó tomó la decisión de hacerse cargo de todo, no quiso decirte, y de no haber sido por este acontecimiento, puede que ni te enterabas. Esto es obra de Dios y lo agradezco, este era el momento de que se vieran.

—¿Aunque hayas perdido tu casa y el trabajo de tanto tiempo de tu hijo?, ¿crees que esto lo hizo Dios?

Estaba impactado, era difícil perder todo y aun así dar gracias.

—José Luis, yo no creo en Dios por las cosas que me da, creo en él porque siempre está protegiéndome bajo su manto de amor. Se quemó una casa, cosas materiales, pero mi mujer y mi hijo están bien. Todo lo demás se recupera.

Ese era un hombre valorable, me habría encantado que mi padre fuera así. Pensaba en Jacinto Ferrada y en lo que pasaría si se enterara de que voy a tener un hijo. ¿Le importará?

De seguro mi madre estaría feliz por la noticia, sin embargo, dudo que estuviera feliz por mi actitud.

No dejé de preguntarme qué hacer, necesitaba tiempo para asimilar todo, era demasiado abrumante conocer tamaña noticia y procesarla en tan poco tiempo.

Nos devolvimos a la casa, en realidad, lo que quedaba de ella. Luego que los peritos terminaron su investigación pudimos comenzar a remover los escombros. Ayudé en todo lo que pude, sacando todo tipo de cosas desde el interior, fue difícil desarmar lo que alguna vez fue el lugar en donde pasé tiempo de mi vida. Me tocó sacar lo que había quedado de la terraza, ese lugar que me traía un sinfín de recuerdos, todos ellos con Celeste a mi lado o, más bien, atrapada en mis brazos, bajo el influjo de mis besos. Recordé muchos de nuestros momentos, cada uno de ellos llenos de pasión. Necesitaba escapar de este lugar. Cada recuerdo me atormentaba un poco.

Apenas llegó alguien a ese lugar, me fui de ahí y continué en otro lado tratando de ayudar en lo que pudiera.

Después de un tiempo fui con Matías para preguntarle qué supo acerca de la investigación. Me comentó que el incendio había sido provocado por alguien al interior de la casa. Las sospechas del doctor recayeron en Claudia, la paciente que no hablaba con nadie en el centro, la que Esmeralda pensó que era ninfómana. En realidad, era drogadicta y había vuelto al centro para que Matías la recibiera, nadie de su familia quería tenerla cerca, ella robaba a quien pudiera para costear su vicio. Matías no pudo aceptarla, puesto que no estaba en sus cabales, necesitaba rehabilitación más específica y él no se la podía dar. Solo la dejó pasar la noche en el centro, para que no estuviera sola por las calles vacías. Ese fue el error, ella aprovechó ese momento para provocar el incendio y huyó del lugar.

Durante el día siguiente hicimos lo que más pudimos con Esmeralda, sin embargo, era hora de volver, nuestro trabajo nos esperaba. Parker se iba con nosotros dejando en el lugar a Matías, su padre, y una serie de voluntarios que ayudaban a despejar el sitio para comenzar la reconstrucción, porque Rayün volvería a resurgir.

Me fui dejando atrás no solo al centro que me acogió durante un tiempo, también dejaba lo más importante, la mujer que me dejó loco, además de un hijo... mi hijo.

Capítulo Diecisiete

«Aquí conmigo»

*«No quiero llamar a mis amigos,
me despertarían de este sueño.
Y no puedo dejar esta cama,
arriesgándome a olvidar todo lo que ha pasado».*

Dido

Celeste

Desde que me fui del centro, o lo que quedó de él, no volví a saber de José Luis. Supe que se quedó un día más ayudando en la remoción de los escombros que quedaron luego del incendio en el centro. Por decisión propia no regresé, porque ese aire contaminado podría dañar a mi hijo —eso para mí era lo más importante—. Y además, porque no quería ver a José Luis de nuevo.

No esperaba que después de la noticia se lanzara a mis brazos, me jurara amor eterno, me pidiera matrimonio y todo eso, sin embargo, su reacción... como decirlo, fue por lo menos algo extraña.

Primero, me miró sorprendido, luego me dijo que le gustaba el nombre Blanca si era niña y después no me habló. Se suponía que la loca era yo, pero era él quien lo parecía en estos momentos. Había algo de locura en esto. Por eso decidí irme, mi bebé no se merecía esta indecisión. Aceptas que eres padre o mejor te vas sin mirar atrás.

Los días pasaron rápido. Rosa estaba conmigo la mayor parte del día, me

cuidaba mucho y me ayudaba a alimentarme bien, las náuseas y vómitos seguían, al parecer, me acompañarían durante todo el embarazo; era una de las «privilegiadas» —nótese la ironía—, que tendría esos síntomas todo el embarazo.

Después de tres meses Rayün volvió a abrir sus puertas. Luego de la reconstrucción quedó más hermoso que antes. Cuando fui a verlo quedé anonadada, ¡estaba precioso el lugar! Yo con casi ocho meses de embarazo pensé que sería mi último viaje tan largo. Esperaba que mi bebé llegara de un momento a otro, por lo que ya el solo hecho de viajar de nuevo me complicaría.

Candelaria aún estaba en Santiago, pensé que se quedaría con Matías, sin embargo, mi hermana aun no salía de las garras de Clara Figueroa, quien le hacía la vida imposible, sobre todo porque mi hermana no le decía dónde estaba yo. No entendía las razones de Candelaria, pero admiraba esa paciencia. Matías, por su parte, ya no esperaba nada, al igual que yo, en algún momento creyó que ella se quedaría con él en el centro, o por lo menos que viajaría de vez en cuando a verlo. Nada de eso pasó y estaba desolado. Perder Rayün no le dolió tanto como lo que ella le estaba haciendo. Luego de diez años aun la amaba, pero sus esperanzas se estaban desvaneciendo.

Las veces que hablaba con mi hermana por teléfono evité hablar de él. Matías me lo había pedido, casi suplicado, no quería seguir alimentando un amor que no tenía futuro, que nunca lo tuvo, según él.

Candelaria me pedía que le contara cosas y yo me negaba, conocía el sufrimiento de mi hermana, no obstante, ella estaba lejos y él también sufría.

Rosa me pidió que me quedara con ellos en el centro, no quise negarme, necesitaba cariño y contención, de esas que solo gente que te quiere puede darte.

Parker me llamaba por teléfono y me sugería ejercicios de respiración para el día del parto —porque estaba decidida a tener a mi hijo por parto normal—, y me enviaba videos con posturas de yoga para embarazadas, algo que me estaba ayudando, puesto que con el peso extra de mi criatura, mi espalda estaba sufriendo mucho.

Esmeralda siempre me escribía mensajes por WhatsApp para saber de mí y del bebé. De quién nunca supe y tampoco pregunté fue de él. El chico de los

ojos azules —que esperaba fueran hereditarios—, José Luis. Estaba decidido, en mi vida solo habría cabida para mi hijo, debía dejar de pensar en lo que no fue...

Mis días en Rayün, de regreso, eran tranquilos, demasiado tranquilos. Me levantaba y desayunaba con Rosa, luego salía al patio a hacer los ejercicios de yoga que me sugería Parker, después ordenaba las cosas de mi hijo que le regalaban, etc. Alejandro y Rosa siempre compraban algo para el bebé, además de todas las cosas que yo le había comprado, no necesitaría ropa ni pañales por lo menos en los tres primeros meses. Cada día cambiaba la postura de los muebles, la ubicación de la cuna, porque dormiría en su cunita blanca, yo misma la escogí y ayudé a Alejandro a armarla en mi dormitorio. Además, pinté algunos cuadros que adornaban su espacio. En mis horas libres me dedicaba a pintar en acuarela. Había hecho algunas pinturas de la playa y de algunos paisajes invernales que me encantaban. Por casi todo el centro existían algunas de mis pinturas.

Después de ordenar de forma maniática todo, nuevamente salía a caminar por la playa, la primavera estaba en su apogeo, ya casi era mediados de octubre, por lo que el clima era ideal para salir a pasear. No hacía frío, solo estaba allí la delicada brisa marina que siempre se llevaba mis lágrimas, porque siempre lloraba un poco cuando nadie me veía. Y me quedaba en la orilla sentada en la arena, pensando... recordando, cada momento de mi vida perdía sentido si evocaba los últimos meses, ya no recordaba quien era antes de estar en Rayün, esa mujer que no quería incomodar, la que hacía lo que su madre le ordenaba, aun sin desearlo. No, ya no quedaban rastros de ella. Era otra persona, más madura, y sin tanto miedo.

Todo el tiempo le hablaba a mi hijo de su padre, veía videos de él en YouTube para que escuchara su voz, y bueno, también porque yo lo necesitaba; escuchar esa voz para sentirlo cerca me hacía bien. Pero estaba dolida con la situación y no sabía qué hacer.

Matías me ayudaba a canalizar mis emociones, a dejar salir lo negativo y solo llenarme de cosas buenas. Alejandro también me ayudaba, leíamos la biblia y me explicaba cosas que no entendía. Me llenaba de una paz especial hablar con él, siempre me sacaba una sonrisa, era como mi padre, el mejor ejemplo del amor de Dios, un hombre que podría haberme juzgado, pero que no lo hizo, solo me dio su punto de vista y una gran comprensión. Me

entregaron un amor infinito. Mi hijo no tenía a su padre, sin embargo, estaba rodeado de mucho amor.

Solo faltaba mi hermana, y aunque no quería pensar en él... José Luis también me hacía falta.

Ya había llegado el octavo mes de embarazo, mi panza estaba más grande, apenas podía caminar por el peso extra, y como no comía mucho —producto de las náuseas y vómitos—, estaba más delgada que antes. Por lo que se me dificultaba muchísimo más el día a día.

En unas semanas conocería a mi bebé, estaba expectante y nerviosa. Había leído cuanto libro llegaba a mis manos y mis ansias por conocerlo crecían. Matías me llevaba a Concepción a los controles médicos y Rosa siempre me acompañaba, luego nos íbamos a una cafetería a comer algo dulce, porque a mi bebé le gustaban los dulces tanto como a mí. Con Rosa nos reíamos de eso, ella se comportaba como mi madre, como lo que debía ser una madre.

Semanas después

José Luis tenía esa facilidad de aparecerse en mi vida y desaparecer de la misma manera, solo que en mis pensamientos no era así, en estos vivía con una facilidad abrumante. Cada día, en cada minuto que me quedaba libre, revoloteaba por mis pensamientos sin darme opción a olvidarlo, menos aún, con su hijo en mi vientre, que me recordaba lo que tuvimos, ese momento mágico en el que fuimos uno, en ese mundo en quien nadie más entró, donde fuimos felices, o por lo menos lo fui yo.

Siempre me preguntaba ¿qué fui yo en su vida? ¿Una ilusión?, ¿un entretenimiento?, ¿una forma de pasar el tiempo, tal vez? Deseaba que me quisiera, pero no lo iba a obligar. Mi hijo sería mi único compañero. Quizás, en unos años podría llegar a amar a otra persona, sin embargo, no olvidaba que ese hombre había marcado mi cuerpo y mi vida para siempre.

Volvía de mi largo paseo por la playa, como estaba sola, avanzaba lentamente por la orilla de la playa tratando de tranquilizarme, estaba nerviosa y expectante, cada día la posibilidad de que mi hijo naciera era mayor. Trataba

de controlar mis ansias con los ejercicios que Parker me había enseñado, pero aún estaba ansiosa, necesitaba ver a mi bebé, tenerlo en mis brazos, darle mi amor.

Ya había botado el tapón mucoso, algo que aprendí en los muchos libros y sitios de internet que hablaban acerca del parto que encontré, pero las contracciones estaban distanciadas, eran cada veinte minutos y dolían mucho. Tenía esa sensación de que algo me partía la espalda y no era nada grato. Trataba de controlar el dolor con respiraciones cortas y pausadas.

—Mateo... hijo, ¡por favor, no me hagas sufrir! —le pedía cada vez que me atacaba una bendita contracción.

Durante dos días estuve así, y ya no aguantaba el dolor, así que fui a hablar con Matías a su oficina, necesitaba estar en el hospital. Él estaba hablando por teléfono con alguien cuando llegué, no pude saber con quién y no quise escuchar, el dolor era más grande que mi curiosidad. Apenas golpeé, entre a su oficina intempestivamente.

—¡Necesito irme al hospital! ¡Mateo está por nacer! —grité mientras tenía una contracción.

Matías colgó el teléfono y fue a buscar las llaves del auto, me llevó del brazo hacia afuera mientras yo gritaba del dolor.

Me fui todo el camino intentando controlar esa abrumadora sensación, necesitaba que mi hijo naciera luego, estaba con mucho susto, temía por mi vida; creo que todas las madres sienten ese miedo, yo por sobre todo, mi hijo solo me tenía a mí. Además, el dolor era insoportable, no aguantaba más, estaba sufriendo de manera indescriptible.

Llegamos al hospital y Matías fue a llenar los datos necesarios para mi ingreso, mientras una enfermera me llevaba de la mano hacia la sala de monitoreo.

Me pusieron una correa en el vientre con un monitor para controlar los latidos del corazón de mi hijo y medir el tiempo de las contracciones. El corazón de Mateo latía como caballo de carrera, de manera rápida y fuerte, me emocioné al escucharlo. Según la matrona, luego de controlarme la dilatación, aún me faltaban un par de horas.

Matías entró a verme, me tomaba la mano y trataba de darme ánimos,

juntos hicimos una oración para pedirle a Dios que me ayudara a mí y a mi bebé. Lo peor eran los dolores, ni siquiera podía pensar en nada más que en que mi hijo naciera luego.

Cuando rompí fuentes ya no quedaban dudas de que mi hijo nacería pronto. El dolor era mayor, pero la certeza de que mi bebé llegaría al mundo era enorme. Ya respiraba apresuradamente, la matrona me preparaba para comenzar a pujar.

En un momento la puerta se abrió y entre medio de mi dolor vi al hombre que me había provocado todo este padecimiento que sentía, el del cuerpo y el del corazón. José Luis estaba en la puerta, dudaba si debía entrar o no.

—Yo soy la que lleva ocho horas de trabajo de parto y tú te ves infinitamente peor que yo —bromeé.

Él solo sonrió y entró a la sala. Matías dejó el lugar que ocupaba y José Luis me tomó la mano. Solo lo miré sin entender nada, ¿cómo se enteró?, ¿por qué llegó? Decidí no pensar en el futuro. Él estaba aquí, conmigo, viendo nacer a su hijo.

Cada vez que pujaba él me apretaba la mano y me dejaba gritar y decir groserías, lo que fuera necesario para aliviar mi dolor. Después de pujar por cuatro veces nació Mateo, y como lo presentí, era un niño, el bebé más bello del mundo. Me lo pusieron en mis brazos, cerca de mi pecho para fortalecer el apego. José Luis lo miraba embobado, lo vi llorar de emoción y yo lloré también. Los dos hombres más importantes de mi vida estaban a mi lado. Amé un poco más a José Luis, si es que podía amarlo más. No sabía que nos depararía el futuro, pero estábamos los tres juntos en ese mágico momento.

Capítulo Dieciocho

«¿Cómo me recuerdas?»

*«Y así es como tú me recuerdas,
así es como tú te acuerdas de mí, de lo que realmente soy»*

Nickelback

José Luis

Hay momentos en la vida en que todo cambia, y para mí, el ver nacer a Mateo marcó un antes y un después, me cambió por completo. Tuve un aterrizaje del cielo a la tierra. Era un bebé hermoso, me emocioné, lloré junto con él y Celeste. Ella estaba igual que yo mientras mirábamos a ese milagro que creamos juntos.

Me enteré por casualidad de que mi hijo nacería. Todos los días llamaba a Matías para saber de ella y de mi bebé. No hablaba con Celeste, puesto que me daba miedo lo que podría decirme. Estaba temeroso de lo que pudiera pasar. Algo en mí no me dejaba abandonar todo e irme con ella y mi hijo. Necesitaba hacer algo, por lo menos, deseaba estar cuando mi bebé llegara al mundo. Escuché cuando Celeste le gritó a Matías que estaba por dar a luz. Él cortó la llamada y me quedé estupefacto, sin poder reaccionar. Esmeralda estaba a mi lado y fue ella quien me obligó a volver en mí. Le pedí que me consiguiera un pasaje para Concepción y guardé unas pocas cosas en una mochila. Tomé mis documentos y Parker se ofreció para llevarme al aeropuerto. Durante el camino nadie habló, el «gringo» conducía sin decir absolutamente nada y Esmeralda leía distraída las notificaciones de sus redes

sociales. Hice el check in a través de internet y no llevaba maletas, por lo que mi viaje era súper fácil de realizar, no necesitaba mayor tiempo de preparación.

Esmeralda me despidió con un abrazo y me pidió que le mandara una foto de su sobrino. Por su parte, Parker me dijo que le recordara a Celeste los ejercicios de respiración que le recomendó. Al parecer, el único idiota que no hablaba con ella era yo.

Me subí al avión, busqué mi asiento en la clase económica —no podía hacer más con el poco tiempo que tenía—, conecté los auriculares de mi iPod, puse una lista de reproducción aleatoria y traté de dormir las dos horas del viaje. Mis compañeros de asiento al parecer no me reconocieron y eso fue un alivio, no quería fotos, autógrafos, ni hablar con nadie, solo esperaba llegar a tiempo para ver a mi hijo nacer. Celeste nos tenía convencidos de que era un niño y eso que nunca pidió saber el sexo del bebé. Todos los antecedentes de su salud los supe en base a lo que Matías me contaba, era él quien la llevaba a los controles médicos, junto con su madre.

Luego de aterrizar y bajar del avión, tomé mi mochila y me fui a buscar un taxi. Según lo que sabía, Celeste daría a luz en la Clínica Sanatorio Alemán de Concepción, en donde atendía su doctor de cabecera.

Miré a mí alrededor para buscar un taxi, no vi ninguno desocupado, eran las ocho de la noche, un mal horario para pedir un taxi. No podía llamar a nadie del centro, puesto que supuse que todos estaban con Celeste. Opté por lo más fácil y práctico, pedir un Uber.

Luego de diez minutos llegó mi transporte y le pedí que, por favor, llegara lo más pronto posible al Sanatorio Alemán.

—¿Usted es el actor? —preguntó el hombre que conducía.

—Sí, soy el actor.

—¿Le puedo pedir una foto o un saludo? Mire que mi hija, la Geraldine, está loca por usted. Si llego a decirle que lo llevé y no le pedí nada ¡me mata!
—comentó con voz de preocupado.

Le pedí su celular para grabar un saludo para su hija, no sin antes rogarle que se fuera lo más de prisa que pudiera.

—No se preocupe, nos vamos por la costanera y llegamos en unos quince

minutos —comentó feliz.

Le entregué el celular después de grabar el saludo y sacarme una foto y en poco tiempo me dejó frente al hospital. Le cancelé el viaje y le di una propina, estaba agradecido de su rapidez y de lo amable que fue al pedirme el saludo para su hija, sin ser invasivo ni desagradable.

Llegué al frontis de la clínica y mis pies se detuvieron por un momento, debía entrar luego, pero el miedo me dominaba. Alguien me pasó a llevar y reaccioné. Fui a la mesa de informaciones y pedí que me indicaran el sector de maternidad. Corrí por los pasillos hasta que llegué al lugar indicado. Una chica me preguntó qué buscaba y le di el nombre de Celeste, me indicó que ella estaba en la sala de pre parto número uno. La busqué y estaba frente a mí, entré y Celeste estaba quejándose del dolor, debía ser una contracción. Al ver mi aspecto no pudo más que bromear conmigo.

—Llevo ocho horas de trabajo de parto y tú te vez peor que yo —comentó mientras se agarraba de la mano de Matías y sufría de otra contracción.

—Sabes que nunca puedo llegar a la hora a ningún lado —dije en mi defensa.

La matrona la revisó para medir la dilatación, este proceso era sencillo a simple vista, solo ella introducía sus dedos índice y medio en la vagina de ella para medir con esto la dilatación del cuello uterino, y cuando según ella llegaba a diez, era hora de pujar.

—Estás lista, Celeste —habló la matrona—. Tu bebé va a nacer ahora.

La pasaron a la sala de parto mientras Matías le comentaba a la enfermera que yo era el padre, por lo que me enviaron a prepararme. Esto significaba, vestirse con ropa quirúrgica e ingresar a la sala de parto. Le tomé la mano a Celeste, ella gritaba y decía una que otra grosería, mientras que yo solo podía mirarla, hasta el momento en que nació nuestro bebé, el pequeño Mateo. Lo pusieron en su pecho y ella lloraba de alegría; yo también lo hice. Era nuestro bebé...

La emoción me embargaba. Lo acompañé en sus exámenes, el test Apgar, el examen de sangre y el peso y medida. Mateo pesó tres kilos y midió cincuenta centímetros, era de cabello negro como el mío y sus ojos, por lo que pude distinguir, serían azules. Luego, lo acompañé de vuelta con su madre, quien ya estaba en la sala de recuperación, le entregué a Mateo cuando una

enfermera le enseñaba la manera correcta de darle pecho. Mateo se agarró de su pezón y comenzó a mamar sin importarle nada. Ella le comentaba que era importante darle leche materna el mayor tiempo posible. Yo me recreaba en esa escena, porque parte de mi vida estaba con ellos, sin embargo, no me sentía merecedor de eso.

Salí por un momento afuera, mientras Matías se acercaba con un café, el que acepté porque estaba temblando, más de nervios que de frío. No me preguntó nada, esperó que fuera yo quien hablase, sin embargo, las palabras no me salían.

Luego de dos días, Celeste y Mateo fueron dados de alta, Matías los llevó al centro, en donde continuarían viviendo, puesto que no querían dejar a Celeste sola con el bebé. Yo los acompañé hasta Rayün. Celeste se instaló en su dormitorio, dejó a Mateo en su cuna y se fue al baño. Escuché el agua correr, por lo que no era difícil darse cuenta que estaba tomando una ducha. La esperé mientras observaba a mi hijo, tan pequeño e indefenso, pensaba en él y en el daño que le haría ahora que volvía a mi vida normal, a mi trabajo.

En el fondo deseaba quedarme con ellos, pero no podía dejar que lo malo de mí los alcanzara. Sí, lo sé, soy un cobarde, un cabrón egoísta, pero si me quedaba el daño sería peor, mientras que así, por lo menos, podrían ser más felices sin la sombra de mi falta de compromiso, porque falta de amor no existía, los amaba con el alma a los dos.

Celeste salió vestida del baño con uno de sus clásicos pijamas con motivos infantiles, este era de color rojo con diseños de flores, se veía realmente linda.

—¿Qué piensas hacer, José Luis? —preguntó.

—No lo sé... —Fui sincero, ni yo sabía lo que quería hacer.

—¿Huirás otra vez?

—Celeste, no es que quiera huir...

—¿Entonces, qué es? —inquirió—. Si no sabes qué decir, apenas hablas, y no quieres mirarme, es obvio, te irás otra vez.

Me tomé la cabeza con las manos, no sabía cómo responder a esa pregunta, ella me leía tan bien; siempre fui transparente a sus ojos.

—No quiero hacerles daño...

—¡Nos estás haciendo daño! —gritó. En ese momento, Rosa se apareció por el cuarto. Celeste le pidió que por favor cuidara a Mateo y me hizo salir al patio exterior.

Habían vuelto a poner ventanales para la terraza exterior, todo estaba bastante parecido a lo que era antes del incendio.

—No entiendes nada... vas por la vida creyendo que tus buenas intenciones son suficientes, ¿y te digo algo? —habló con voz dura y agresiva—, ¡no lo son! No es suficiente tener buenas intenciones cuando se tiene un hijo. Si te vas ahora, no vuelvas...

—Pero...

—Nada de peros. Yo no puedo con esto, ¿no sabes, acaso, el daño que me haces? Apareces y desapareces cuando te da la gana y ¡no me lo merezco! No puedo estar tranquila esperando aprender a vivir sin ti para que luego aparezcas y desentrañes las estúpidas mariposas que aún siguen revoloteando en mi estómago. —Secó sus lágrimas y continuó—. Ni mi hijo ni yo nos merecemos esto. ¡Vete! Vuelve a tu vida, a tu set de televisión, a tus fiestas. Solo quiero estar tranquila con mi bebé, dedicar mi vida a él. No te pedí nada, ni siquiera quiero que mi hijo lleve tu apellido, sin embargo, te apareces para ilusionarme y luego vuelves a arrancar.

—Celeste, ¡escúchame!, no quiero hacerles daño —dije, tratando de mantener la calma; sus palabras me dolieron por lo ciertas que eran.

—Entonces, toma tus cosas y vete para siempre de nuestras vidas... deja todo atrás. Esto fue un sueño, no existió. Yo haré lo mismo.

Celeste se fue, dejándome desolado, pude ver por la ventana como abrazaba a Matías e ingresaba con él a su consulta. Entré a la casa y por primera vez Rosa me miró reprobatoriamente, todos tenían razones para odiarme, yo mismo lo hacía.

Tomé mi mochila y me fui del lugar. Alejandro me llevó hasta Concepción, como siempre la prudencia era su guía, porque no dijo nada en todo el camino. Solo al despedirnos me habló.

—Los hombres de verdad no son quienes nunca se equivocan, son quienes reconocen sus errores y curan las heridas que provocan. Y las heridas del

corazón son difíciles de sanar. No dejes pasar mucho tiempo.

Me bajé del auto y caminé rumbo al aeropuerto nuevamente...

Dos meses después

Finalicé todo lo pendiente, todas las grabaciones, filmaciones y doblajes que debía hacer. Quedaba desocupado para poder retomar mi vida e irme de vacaciones, si es que así lo requería. Esmeralda se iría a la playa unos días con Parker, ya casi vivían juntos, solo les faltaba decidirse. Ella no me decía nada, apenas me hablaba y el tema de Celeste era prohibido. Sabía que hablaba con ella, pero a mí nunca me contó nada, no sabía de mi hijo, ni de ella, y estaba desesperado.

—Esmeralda, ¿qué has sabido de Celeste? —pregunté inquieto mientras caminaba de un lado a otro en la sala de estar del departamento.

—Ella... está bien. Mateo se ha resfriado un poco, pero está súper bien y muy grande.

—¿Te puedo preguntar algo? Espero que seas sincera conmigo, como mi hermana que eres.

—Claro, pregúntame que seré muy sincera.

—¿Por qué no me dices nada? No me reclamaste, nunca me exigiste que lo reconociera o que estuviera con ellos.

—Porque... con tus demonios basta, José Luis. En tu cabeza estás seguro de que hiciste lo mejor, pero ¿le has preguntado a tu corazón? Llevas dos meses sufriendo por cobarde, con eso basta y sobra, no necesitas que yo te recuerde lo que ves todos los días en el espejo.

Tenía toda la razón. Durante estos dos meses lo único que hacía era pensar en ellos, a cada momento, sin embargo, debía sanarme, para eso necesitaba ayuda, y solo una persona podría hacerlo.

Sin pensarlo mucho, tomé la decisión más importante de mi vida... volver a donde todo empezó.

Capítulo Diecinueve

«Millones de razones»

*«Tengo cien millones de razones para marcharme
pero, cariño, necesito solo una buena para quedarme»*

Lady Gaga

Celeste

Luego del nacimiento de Mateo y la posterior huida de José Luis, me quedé atrapada en mis propias lágrimas, lloré hasta que pude sacar la frustración que cargaba. Y a partir de eso, dejé de llorar definitivamente, mi hijo no se merecía a una mamá desecha, desvalida, rota, necesitaba ser fuerte, por él y por mí, para que mi vida pudiera seguir lo más normal posible. Lo mejor fue haberle dicho todo, no me quedé con palabras atragantadas en la garganta, solté la rabia y dejé que él se quedara con lo malo.

Días después llegó mi hermana a visitarme, esta vez estaba un poco molesta con ella, porque le estaba haciendo a Matías lo mismo que me hizo José Luis, y él no se merecía nada malo. Por lo que decidí hablar con ella, ya estaba bueno de tanta maldad.

Estábamos en el jardín, ese lugar lleno de árboles y flores era ideal para descansar y pensar.

Candelaria estaba un poco preocupada, debía volver a Santiago en pocos días; según ella, estaba por dejar todo de lado para quedarse tranquila. No creí ninguna de sus palabras.

—¿Hasta cuándo sigues mintiendo? —pregunté sumamente molesta.

—¿Por qué dices eso? —habló nerviosa.

—No piensas dejar Santiago, nunca lo harás, culpas a Clara porque necesitas una excusa ¡Tienes treinta y cuatro años! ¿Aún haces lo que tu mamá te dice? Es una excusa patética.

—No digas eso, ¡en parte por ti es que sigo ahí!

—Yo te dije hace rato que dejaras lo mío. No puedes culparme, y si quieres que Clara sepa dónde estoy, ¡hazlo! Ya no le tengo miedo —grité y mi hijo se asustó un poco. Lo tomé en brazos y traté de calmarlo. Alejandro me pidió sacar a mi hijo a dar una vuelta por el jardín.

—Celeste, tú conoces a nuestra madre, no me ha dejado tranquila...

—Sigo creyendo que son excusas. Lo peor es que Matías está sufriendo como loco. No sabes el daño que le haces. Vienes y lo ilusionas, después te vas. Cuando él cree que su vida será normal vuelves a aparecer y desarmas todo lo que él tenía ya hecho. —Tomé aire para seguir hablando, ahora que mi hijo estaba lejos no me importaba alzar la voz—. ¿Sabes por qué lo sé? Porque yo pasé por lo mismo. Es tan cruel lo que consideras que me hizo José Luis, pero es lo mismo que tú le haces a Matías. Si alguna vez lo quisiste, no vuelvas...

—Celeste... ¡No puedo creer que me digas eso! —exclamó contrariada.

—No puedo quedarme callada, porque yo sé lo que pasa cuando te ilusionan y luego te vuelven a romper el corazón. ¿Cómo rompes algo que ya está roto? Lo hiciste y los sigues haciendo. Has dejado que todos te digan la vida que debes vivir, y la única persona que te ha amado incondicionalmente, por años, la tienes esperando, desilusionándose cada día más de ti.

—Sabes que siempre he amado a Matías, ¡lo sabes! —habló sin dejar de mirarme.

—¡Demuéstralo! ¡No sirven tus palabras! A Matías no le sirven tus palabras, así como a mí nunca me sirvieron las de José Luis.

—Tengo miedo... estoy aterrada.

—Todos tenemos miedo, yo vivo aterrada, sobre todo después de que nació Mateo. No quiero que nada le pase y que nada me pase a mí. Pero el miedo no nos puede detener. Te pido, más bien, te imploro que te vayas y dejes

a Matías rehacer su vida. Hay una chica que es cristiana como él, es buena y es libre... déjalo para que pueda darle una oportunidad a ella y cumplir su sueño de tener una familia y varios hijos.

—¡No! No puedo dejarlo ser feliz con otra. ¡Yo lo amo! ¡Él me ama!

—No sacas nada con que lo ames, no quieres dejar nada de lo que te ata a Santiago, no mereces que un hombre tan bueno te quiera tanto.

—¡Eres mi hermana!, ¿cómo me tratas así? —hablaba cada vez más desesperada, no esperaba encontrarse con la posibilidad de que Matías pudiera encontrar a otra persona.

—Eres mi hermana y te amo, pero yo sé lo que él ha sufrido, porque yo he pasado por lo mismo y no es grato. Así como le pedí a José Luis que no volviera a aparecer en mi vida, contigo hago lo mismo. Deja libre a Matías... libéralo de amarte para que pueda ser feliz.

Candelaria se quedó en silencio, mis palabras no habían sido suaves, pero necesitaba ese remezón en su vida. Algo que la hiciera reaccionar.

Alejandro me trajo a mi hijo para que le diera de mamar, estaba reclamando de hambre y yo me puse afanosa a la tarea de alimentar a mi pequeño. Dejé a mi hermana sola, decidí entrar a la casa, el día estaba un poco frío para que mi hijo estuviera afuera.

Mi hermana entró a la cocina y me miró con los ojos llenos de lágrimas, Rosa observaba la escena como muda espectadora.

—Lo siento, hermana, pero no te voy a hacer caso, no me voy de aquí, no quiero perder al único hombre que he amado en mi vida, y si tengo que mandar a la mierda a Clara, a mi papá y a quien sea, lo haré.

Corrió rauda a buscar a Matías, él apareció en la puerta de la cocina, casi choca con él. Lo besó desesperada, como si de eso dependiera su vida. Matías respondió a su beso con igual necesidad.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Rosa.

—Solo le dije unas cuantas verdades y unas pocas mentiras. Solo te digo, querida Rosa, que la chica que ayuda a Alejandro con las flores no va a ser muy querida por mi hermana.

—¡Celeste! —exclamó—, ¿por qué hiciste eso?

—Mi hermana necesitaba reaccionar. Matías la ama y ella lo ama a él, se deben años de felicidad. Yo creo que muy luego serán abuelos.

—¡Por Dios, niña! Las cosas que dices...

Me escabullí unos minutos, luego de darle de comer a mi hijo, y me asomé por la ventana de la oficina de Matías, ellos estaban ahí dentro, apenas hablaban. Si Rosa supiera no se habría reído de mí cuando le dije que pronto sería abuela, porque los chicos comenzaban a practicar en la misma oficina.

Después de unos días de calma, Rayün volvía a funcionar, nuevos pacientes llegaban y yo era la encargada de recibirlos. Les contaba cómo era el centro y las actividades diarias, los horarios y las terapias; la mayoría eran personas como yo, que habían tenido una crisis en sus vidas y necesitaban volver a su centro, a estabilizarse. Alejandro, Rosa, yo y Erick, el psiquiatra que ayudaría a Matías en el centro, estábamos al mando de la situación. Matías y mi hermana se fugaron un par de días lejos de todos, se debían una conversación.

Antes de irse, Matías me agradeció por lo que hice, reconoció que en gran parte mis palabras le trajeron de vuelta a Candelaria, y sobre todo la posibilidad de perderlo. No me delató, lo de la pequeña mentirita sería nuestro secreto.

Luego de asignar a cada uno su dormitorio, mostrarle los lugares comunes, enseñar el jardín y darles a cada uno un tiempo de conversación, me fui a mi cuarto. Mi pequeño Mateo estaba dormido en su cuna, me quedé como siempre observándolo, ansiosa de que despertara para tomarlo en mis brazos. Me fui a duchar y dejé la puerta abierta para oír por si despertaba. Salí y seguía dormido, pero tenía en sus manos un pequeño osito de felpa que desconocí de inmediato. Lo tomé y creí reconocer ese olor de algún lado. Mateo comenzó a moverse y decidí dejarle el oso a su lado. Lo tomó con sus manitas y siguió durmiendo. Eso era muy raro, mañana le preguntaría a Rosa si ella había sido quien le dejó ese juguete que, al parecer, tenía maravillado a mi hijo.

Al día siguiente comenzaban las rutinas, la presentación de la nueva profesora de yoga, Liliana, una chica joven y muy guapa, con un carácter súper duro con los pacientes, pero muy amable con los demás. Me pidió que le contara lo que habían hecho antes en el centro y le comenté lo que Parker nos había enseñado. El «gringo»...aún recuerdo ese primer día en que lo

conocimos y como casi lo devoramos con los ojos todas las mujeres de ese lugar, ¡hasta Rosa lo encontró guapo! Creo que por eso Matías contrató a una mujer ahora; nada de riesgos.

Durante esos días me puse en contacto con todos mis compañeros, hablé con León, quien ya estaba mucho mejor de su fobia social, ahora tocaba en una orquesta filarmónica y estudiaba música en el conservatorio de la Universidad de Concepción. Me alegré por él, sobre todo cuando me contó que estaba saliendo con Agustina. ¡Nuestra pequeña tenía novio! Ambos se querían mucho y superaban sus adversidades, juntos, por lo que su amor se fortalecía con el tiempo.

Agustina me contó que se encontraron luego de salir del centro y decidieron darse los números de teléfono. León fue el primero en enviarle un mensaje y desde ahí se comunicaban seguido. Mi pequeña niña estaba viviendo con una tía que la apoyaba muchísimo y estaba saliendo adelante de su enfermedad.

De Claudia solo supimos que estaba en la cárcel por provocar el incendio de Rayün, Matías pidió que le otorgaran tratamiento para superar sus adicciones y esperaba que realmente funcionara. Como siempre, el doctor era compasivo con quienes lo necesitaban.

Con Esmeralda y Parker hablaba todas las semanas, ellos se adoraban y Esmeralda estaba triunfando con la serie “No me olvides”, y su personaje de María Ignacia, ese papel que la trajo a Rayün y la puso en mi vida, a ella y a su hermano.

Parker era un profesor de yoga muy solicitado por las famosas, desde que se conoció su trabajo, a través de su novia, cada vez eran más las chicas que querían clases con él. Esmeralda estaba orgullosa de su novio y lo que había logrado. Parker también fue paciente de Matías, poco antes de crear el centro. Él estaba en un momento malo de su vida, estaba solo en un país desconocido y el alcoholismo estaba por consumirlo y el doctor le ayudó a salir adelante, por eso su trabajo en Rayün era tan importante para él y también por eso se había convertido al budismo y comenzado a practicar yoga, hasta hacerse maestro, para poder transmitir sus enseñanzas.

De la única persona que no sabía nada, era la misma que yo había sacado de mi vida, José Luis Ferrada, el actor más cotizado del último año, el nuevo

Benjamín Vicuña —sin tantos escándalos—, un futuro Francisco Reyes. Un actor de carácter capaz de interpretar una variedad de papeles.

A veces, para torturarme, veía la serie a través de internet, me gustaba su papel, podía reconocer ciertas características de Matías en el doctor Julián, sin embargo, él llenaba toda la pantalla, y aún seguía en mi corazón, aunque ya no lloraba, estaba en el proceso de vivir de los recuerdos.

Dos meses desde la última vez que lo vi, desde que le pedí que se fuera y no regresara nunca. Dos meses en los que seguía apareciendo en mis sueños.

Erick se acercó a la pequeña oficina que compartíamos, yo era una especie de secretaria-ama de llaves del lugar. Me comentó que un nuevo paciente había llegado en la noche, pero era muy tarde para mí —todos saben que yo me recluyo temprano para dedicarme a mi hijo—, por lo que el ingreso de este paciente se haría en unos minutos más, porque aún seguía dormido.

Me pareció raro tantas consideraciones con un paciente, pero el doctor era él y yo obedecía lo que me dijera, siempre y cuando no fuera una estupidez. En este caso no era así, solo debía esperar a que apareciera.

Mateo se quedaba con Rosa en las mañanas, cuando yo estaba ocupada y ella no, ahora con todos los nuevos pacientes mi hijo pasaría tiempo conmigo y con Candelaria, que se ofreció a ayudarme cuando volviera de su viaje.

Mi hermana dejó todo. Literalmente renunció al trabajo y a los negocios que manejaba, de ella y míos, solo los veía desde internet. Clara trató de ubicarla, pero ella la mandó a «freír monos al África». Con total naturalidad se desapegó de todo. No dije nada, pero en mi interior pensé en lo tonta que fue al perder tanto tiempo.

El nuevo paciente golpeó la puerta. Lo hice pasar.

—Siento llegar tarde, es costumbre en mí...

Capítulo Veinte

«Nadie dijo que sería fácil»

*«Vengo a reunirme contigo,
a decirte que lo siento.*

Tú no sabes lo encantadora que eres».

Coldplay

José Luis

Tarde como siempre, llegué luego de pasar a ver a mi hijo, estuve un rato con él y ese osito que le regalé, que se había convertido en su favorito. Estaba cada vez más parecido a mí, el cabello un poco rizado, los ojos azules, al igual que yo. Fui un imbécil por perderme sus primeros dos meses, pero no volvería a pasar, mi lucha estaba en recuperarlos, a ambos, necesitaba a mi familia.

A Celeste era a quien me costaría convencer que esta vez sería en serio, y para eso hice lo que creí necesario. Tomaría terapia. Después de analizar mi vida y ese temor a perder, debido a la muerte de mi madre y el abandono de mi padre, necesitaba estar cerca de ellos, recuperarlos, y haría lo que fuera necesario para lograrlo. No la obligaría, pero le haría ver lo que la quiero y lo feliz que podríamos ser al estar juntos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Soy el nuevo paciente, Erick será mi terapeuta.

Me senté frente a ella, estaba cada vez más linda, había recuperado

algunos kilos, en el embarazo había bajado mucho de peso, usaba el cabello más corto y vestía de manera sencilla, una blusa verde claro y un pantalón negro.

Pude ver que en la pantalla del computador estaba la serie en la que actué, ¡ella me veía! Mi corazón se tranquilizó, ¡teníamos una oportunidad!

—¿Me estás haciendo una broma? Porque déjame decirte que no es para nada gracioso —habló molesta.

—No es ninguna broma, esto es lo más serio que he hecho en mi vida. Necesito ayuda profesional, tengo muchas cicatrices en mi vida que debo curar, tengo que demostrarte que puedo ser digno de confianza y que no me iré.

—No te creo... —habló incrédula ante mis palabras.

—Sé que es así, pero haré que creas en mí. Jamás te dije nada, pero te amo a ti y a mi hijo. Los quiero a los dos conmigo...

—¿Cuánto te va a durar esta vez?, ¿en cuánto tiempo más saldrás huyendo? —decía sin dejar de mirarme a los ojos, desafiante.

—No me voy a ir, si vine hasta acá fue para recuperarlos... no voy a descansar hasta que me creas —dije desde el corazón—. Tienes razón en todo, yo fui el cobarde, un egoísta, y todos los adjetivos calificativos que quieras decir me los merezco. Pero vine por ustedes.

Tomé aire, lo que iba a expresar no sería nada de fácil. Ella, en cambio, trató de hablar, pero puse un dedo en sus labios para que no dijera nada. Ansiaba callarla con un beso, pero debía ir poco a poco.

—Lo que lamento profundamente es haberte dejado sola con Mateo, él no se merece un padre como yo, pero... es lo que tiene mayor importancia en mi vida. Como hombre, me equivoqué contigo, no te dije lo que sentía y te dejé sola en un momento importante para nuestra vida. Los necesito a ambos, no imagino mi vida sin ustedes. Me quedaré el tiempo que sea necesario.

Ella no habló, continuó con sus labores, me pidió los datos personales, una ironía de la vida —nos conocíamos íntimamente, sin embargo, era muy poco lo que sabíamos el uno del otro—, algo necesario para el ingreso al centro, y me entregó la lista con los horarios de las actividades.

—¿Quieres el recorrido por el centro? —preguntó—. Dentro del proceso

de inscripción está el recorrido, aunque tú conoces cómo funciona. Sin embargo, no puedo dejar de ofrecer el dichoso recorrido.

—¿Haces el recorrido conmigo? Si es así, voy...

Se puso de pie y fue hacia la puerta, me adelanté y la abrí para que pasara. Ella caminó delante de mí, altiva, tratando de disimular los nervios que yo sabía que tenía, porque yo estaba de igual manera.

Rosa estaba con Mateo en sus brazos, mi hijo jugaba aún con su oso de felpa, cuando vio que me acercaba me regaló una sonrisa y extendió sus manitas para que lo tomara en mis brazos.

—¡Ven conmigo, campeón! —le dije a mi hijo. Rosa me lo pasó no sin antes mirar a Celeste, ella asintió—. ¿Te gustó el oso?

Mi hijo sonreía conmigo, Celeste nos miraba sin decir mucho, yo sabía que para conquistar a la madre, primero debía conquistar a mi hijo, y él me amaba, aunque yo no lo merecía.

—Le encanta ese oso de felpa. Traté de quitárselo y lloró —comentó sonriendo por primera vez desde que la vi.

—Me aseguré de que fuera adecuado para su edad y que no le provocara alergias —mencioné mientras la invitaba a caminar por el jardín, yo cargaba a mi hijo en brazos—. El lugar está precioso, quedó mucho más bello que antes.

—Se hizo el proceso de reconstrucción pensando en mejorar todo —comentó cual guía de turismo, sin mirarme, mientras yo seguía con Mateo en brazos; me sentía tan bien así.

Luego del recorrido que hicimos prácticamente en silencio, llegamos de vuelta a la casa, y entramos por la cocina. Rosa estaba preparando la mesa para el almuerzo, después de eso me tocaba mi primera sesión de terapia con Erick, estaba dispuesto a pasar por eso, lo necesitaba para poder ser el hombre que mi hijo y su madre merecían.

Celeste me dejó con mi hijo mientras ayudaba a Rosa a preparar todo, era una mujer muy organizada y tenía capacidades de liderazgo innatas, todas las personas que estaban a su alrededor le prestaban atención a lo que decía.

Cuando nos tocó ir a almorzar, Celeste se aproximó para pedirme que le pasara a Mateo, él no se quería ir de mi lado, pero según su madre le tocaba

comer, en este caso, le correspondía darle pecho.

Me levanté de la mesa con él y me senté frente a ella, la miraba mientras se desabotonaba la blusa y sacaba su pecho para darle de comer a nuestro hijo. Mateo se dedicó a mamar mientras yo le hablaba para que no me extrañara.

—Te vas a perder el almuerzo —comentó Celeste.

—No importa, prefiero estar aquí —mencioné mirándola a los ojos fijamente, intentaba que a través de ellos viera que hablaba con la verdad.

Se dio cuenta que no me iría y solo siguió con su labor. Rosa me acercó un plato de comida al lugar donde estábamos, cerca de la ventana, para que entraran los rayos del sol y le dieran un poquito de calor al pequeño mientras comía.

Estaba en modo piloto automático, todo lo que hacía era en función de ellos, para seguir deleitándome con sus miradas y el cariño de mi hijo.

Luego se venía la primera de mis sesiones de terapia, estaba aterrado, pensé en huir, tanto tiempo sin enfrentar mis problemas me pasaba la cuenta; me auto convencí pensando en mi hijo y en Celeste que debía proseguir.

Mi primera sesión fue bastante terrible. Erick me explicó que en primer lugar haría una evaluación de mi caso y luego comenzaríamos a trabajar en las cosas a mejorar. Para hacer esto debía contar muchos sucesos de mi vida, y recordar no es bueno para alguien que siempre ha querido olvidar; analizar la raíz de todos mis temores, recordar la muerte de mi madre... ¡Uf!, todo fue tan difícil que pensé en tirar todo por la borda, los recuerdos dolían y no quería seguir sufriendo. Sin embargo, la necesidad de encausar mi vida era lo que me hacía seguir soportando el dolor de los recuerdos.

Salí de mi cita con Erick, mi corazón estaba angustiado, me fui a caminar, necesitaba estar solo. Celeste me vio y entendió mi sentir, ella ya había pasado por la terapia, y aunque cada caso era distinto, comprendía mi situación. Pude verlo a través de sus ojos, por primera vez no esquivó mi mirada.

Me invitó a caminar por la orilla de la playa, la acompañé, puesto que su compañía me hacía bien, me calmaba; aunque las ganas de llorar seguían en mi pecho. Sorpresivamente me abrazó y no pude evitar las lágrimas. Siempre escuché a Jacinto Ferrada decir que «los hombres no lloran», y en ese instante

dejé de hacer caso a esa estupidez. Lloré por todo lo que recordé, por mi madre y la falta que me ha hecho siempre, por la lejanía de mi padre, por lo estúpido que fui. Y sobre todo lloré por mi hijo... por no estar ahí con él, y también por Celeste.

No dijo nada, me dejó desahogarme, incluso cuando comencé a hablar de ella y mi hijo.

—Sé que fui un estúpido, te hice daño y no lo merecías, eres lo mejor que me ha pasado en la vida... Mateo no se merece a este padre que le tocó.

Dolía manifestar esas palabras, pensar en que mi bebé ha estado sin su padre porque este último es un imbécil.

—Tu hijo te ama... Mateo está loco por ti. No lo has perdido, estás aquí con él y has decidido no dejarlo. Serás un gran padre, lo estás haciendo bien —habló mientras me secaba las lágrimas con sus manos, era tranquilizador sentir sus dedos recorriendo mi rostro.

—¿Y tú?, ¿me quieres aunque sea un poco?, ¿me dejas luchar por ti?

Quedamos en silencio, ninguna palabra salía de nuestras bocas. Quería besarla hasta que se diera cuenta de que la amaba, sin embargo, no lo hice.

—Tengo miedo... te fuiste tres veces de mi lado, y no sé si esté preparada para que te vayas por cuarta vez. Me ha costado recomponerme, volví a la vida solo por Mateo... no quiero sufrir.

—Solo déjame estar cerca de ustedes... te pido, por favor, que me dejes estar con los dos, ser parte de la vida de mi hijo y si puedo... también de la tuya.

—No te voy a negar eso. Lo hago por Mateo, se merece un padre.

Y eso era un reto para mí, demostrar que soy un buen padre.

De partida, comencé por hacer público que tenía un hijo. Me saqué una foto con él —en donde no se le veía el rostro, solo estaba dormido sobre mi pecho— y la subí a las redes sociales con el hashtag #sangredemisangre y su nombre completo, Mateo Ferrada del Valle. Celeste no estaba muy convencida, pero amó la foto, solo por eso me dio la autorización para subirla. Luego de eso, dejamos Rayün por un rato para llevar al pequeño a su control médico. Además, pasé al registro civil, quería que Mateo llevara mi apellido

legalmente. Celeste le había puesto mi apellido, pero en el certificado de nacimiento no aparecía como el padre. La oficial de registro civil me reconoció y también algunas personas del lugar. Me saqué algunas fotos y luego nos fuimos con la promesa de la mujer de que no diría nada a la prensa, aunque yo ya había hecho el anuncio con la foto que subí.

Recibí muchas notificaciones, no respondí ninguna, ni siquiera las leí. Luego lo haría, lo que tenía mayor importancia era estar con mi hijo.

Mateo crecía muy bien y era un chico sano, estaba bien de peso y estatura, según el doctor estaba muy bien, solo le recomendó vitaminas.

Volvimos al centro. Celeste iba a mi lado y Mateo en su silla especial. Manejaba el auto de Matías, desde hace mucho que no manejaba, prefería andar de pasajero, pero Celeste no había pedido la renovación de sus documentos. Luego de su internación estuvo bajo la tutela de Candelaria, sin embargo, desde que Matías le dio el alta podía recobrar su vida normal. Para ella manejar nunca fue grato, por lo que no estaba interesada en recuperar su licencia de conducir.

Cada día era especial, aunque los efectos devastadores de mi tratamiento estaban causándome estragos a nivel interno, tenía la convicción de que era lo mejor. Me estaba sanando, solo que la forma iba a destrozarme en pedazos, en primer lugar, y en segundo, iba a unirlos nuevamente.

Casi dos meses de trabajo personal, terapia, yoga, pintura, reuniones grupales, muchas horas de auto análisis, estaban haciendo efecto. Ya el dolor no era tanto y el miedo era mínimo. Solo me quedaba recuperar a mis motores de vida.

Todas las noches me iba al dormitorio de Celeste, ahora el motivo no era hacerle el amor desesperadamente, como la primera vez —no por falta de ganas—, sino para estar con mi hijo cuando se dormía. Me quedaba mirándolo por mucho rato y luego me iba. Hasta que un día ella debió reunirse con Matías y su hermana para hablar de lo que harían en el centro y yo me quedé con Mateo. Después que se durmió, me recosté en la cama de ella y me dormí. Desperté y estaba abrazado a Celeste y ella también me abrazaba. Fue un despertar distinto, lleno de ilusión.

Todos los días me dormía con ella, sin embargo, ni siquiera nos habíamos besado. Yo me tomaba las cosas con calma, pero estaba desesperado.

Esa noche sería distinta, me preocupé de hacer dormir a Mateo para hablar con ella, tranquilos, ya Erick me había dado el alta luego de tres meses de tratamiento. Matías me felicitó y Candelaria se acercó a hablar conmigo. Durante mi tiempo en Rayün, ella no me hablaba casi nada, la entendía, era a su hermana a quien había dañado, por lo que el hecho de que quisiera hablar conmigo era especial.

—Mi hermana me dijo las palabras más duras que he escuchado de alguien, me pidió que me fuera y dejara a Matías porque fui una cobarde. Yo te digo lo contrario. No la dejes... lucha por ella, es mi hermana pequeña, pero parece que fuera la mayor, siempre sabe que decir, es un poco loca, pero alegra la vida de quienes la conocemos. Ella te ama... y tiene miedo, pero sé que es valiente y correrá el riesgo.

—¿Eso crees? Porque quiero que venga conmigo... tengo que dejar el centro, pero no quiero hacerlo sin ella y mi hijo.

—Sácala de aquí y vivan su vida como la familia que son, ella no va a querer en un principio, pero podrás convencerla.

Las palabras de mi cuñada —porque era mi cuñada aun cuando Celeste no era mi pareja, pero sabía que en el futuro estaba en mi vida— me dieron un aliciente para lo que debía hacer.

Esa noche era la última que pasaría en el centro, pero esta vez no quería despedirme ni hacer promesas, deseaba que ella accediera a estar conmigo, era un riesgo, pero necesario.

Me dormí en su cama antes de que apareciera, todo mi discurso ensayado se quedó en mi garganta. Debía esperar...

A la mañana siguiente junté a todos mis compañeros del centro, me despedí de ellos y les agradecí dejarme ser parte de sus vidas por este tiempo en el que compartimos una forma de sanarnos. Les deseé suerte y me fui a mi cuarto a recoger mis cosas. Armé mis maletas y le pedí las llaves de su auto a Matías. Subí las maletas al auto y fui por Celeste. Era ahora o nunca.

Justo en ese momento, ella paseaba con Mateo, por lo que me subí al auto y lo eché a andar para moverlo. Celeste llegó y me vio, creo que se sorprendió. Puso a Mateo en los brazos de su hermana y comenzó a gritar, yo no podía escuchar lo que decía por el ruido del motor del auto, solo observaba sus gestos por el espejo retrovisor. Tomó una piedra y la lanzó al parabrisas

trasero del auto, este se trizó y yo detuve el auto de inmediato, por el susto que me provocó el impacto de la piedra en el auto.

—¡Por qué te vas de nuevo! —gritó.

—Tengo que hacerlo —dije mientras bajaba del auto.

Dejé la puerta abierta y me puse frente a ella, la vi molesta.

—¿Huyes otra vez como un cobarde? ¿Por qué tienes que irte?

—Me dieron el alta, tengo que irme. Además, necesitan el cuarto para otro paciente —hablé riendo—... pero te estaba esperando. En realidad, los esperaba a los dos.

—¿Por qué nos esperabas? —preguntó intrigada.

—Quiero que vengan conmigo, deseo tenerte en mi vida, quiero llevarte a mi casa y que llenes mis espacios con tu presencia, poder verte dormir, ¡y quiero por fin poder besarte!

La besé, después de tres meses de espera, luego de casi un año de esa primera vez que lo hice, volví a besar esos labios, no deseaba soltarla para que no se negara a irse conmigo.

—¿Qué tengo que hacer para convencerte? —pregunté.

—¡Estaba convencida cuando lancé la piedra al auto! Quiero decretar el fin del miedo, deseo intentarlo porque te amo...

—Te amo, Celeste del Valle, con todo y tus locuras, con esa sonrisa capaz de derretir glaciares. Con ese corazón tan grande que tienes.

Candelaria, Matías, Rosa y Alejandro se acercaron a nosotros. Mateo sin saber nada aplaudía como loco, veía a sus papás felices y él era el más contento.

—¿Te vas? —preguntó Candelaria.

—Me voy... Después de todo, tú te vienes al sur y yo vuelvo a Santiago.

—Lástima que me voy a quedar sin secretaria —se lamentó Matías.

—Te puedo ayudar con eso —dijo Candelaria—. Aunque dentro de unos meses me tendrás que dar licencia pre natal.

—¡Estás embarazada! —Celeste gritó entusiasmada—. ¡Voy a ser tía!

¡Rosa, Alejandro, van a ser abuelos!

Matías besó a Candelaria, feliz por la noticia, uno de sus sueños era formar una familia y se le estaba cumpliendo. Se lo merecía, ambos se lo merecían.

Todos nos emocionamos, sobre todo los futuros abuelos, quienes estaba felices con la noticia, su nieto llenaría el espacio infantil que dejaba Mateo. Mi hijo era adorado por sus «abuelos», porque aunque no nos unían lazos de sangre, ellos eran los abuelos de mi hijo.

Luego de la sorpresa, decidimos emprender el viaje de vuelta a Santiago, nos tardamos más de lo presupuestado después de cambiar el parabrisas trasero del auto que sufrió el pedrazo de mi impetuosa mujer, el joven que lo cambió se reía cuando ella le contaba la historia.

Continuamos nuestro viaje y lo hicimos por carretera, deteniéndonos cada cierta cantidad de horas para que nuestro hijo comiera, para cambiarlo y para estirar las piernas. Hablamos de múltiples cosas, comenzamos a conocernos un poco más.

Celeste me contó de su vida, de su relación con su hermana, del viaje que ambas hicieron por esa misma carretera cuando ella se fue a Rayün. Me habló de su vida y yo de la mía.

Respondimos a todas las preguntas que nos hacíamos. Le pregunté por su color favorito, me respondió que era el rojo, por ser el color de la pasión. Cuando me preguntó por el mío...

—Mi color favorito eres tú —confesé.

Capítulo Veintiuno

«Creo en ti»

Celeste

Después de ese viaje que nos trajo de vuelta a Santiago — el lugar al que no pensaba volver nunca—, llegamos a su departamento ubicado en Providencia, coincidentemente, bastante cerca de donde viví antes. Su hogar era muy masculino, con tonos grises y negros en las paredes, cuadros impresionistas, una biblioteca llena de libros y un sinfín de cosas que le otorgaban cierto aire intelectual.

El cuarto de Mateo me impresionó, estaba bellamente decorado de color verde agua y celeste en el techo, con nubes pintadas de blanco, y una cuna muy parecida a la que tenía en nuestro cuarto allá en Rayün.

—¿Tu hiciste esto? —pregunté.

—Sí, antes de irme dejé todo listo para cuando llegaran. Tenía la esperanza de que aceptaras estar conmigo y nuestro hijo.

Dejamos a Mateo durmiendo en su nueva habitación y me llevó hasta el dormitorio de él, que sería el nuestro. Abrió la ventana y la luz entró a raudales, llegamos a las ocho de la mañana del viaje.

Me mostró el closet que estaba vacío en la mitad, he de decir que me maravillé, estaba preparado para que llegara a invadir sus espacios, su vida y su cama, porque deseaba hacer el amor con él más que nada en el mundo. Extrañaba su cuerpo, sus besos tan maravillosos y esa manera de complacerme. El cansancio era bastante, pero mis ganas de amarlo eran mayores. Lo besé, desesperada, no podía calmarme y él adivino mis pensamientos.

—Sé lo que deseas y yo también quiero lo mismo. Déjame amarte como tanto lo he soñado.

Solo me dejé llevar, esa marea tormentosa de deseo que llevaba su nombre que me arrastraba hacia la cima del placer, solo con sus besos, pero deseaba más. Le saqué la ropa lanzándola por el aire, sin saber dónde caía, hasta que lo dejé solo en ropa interior. Él por su parte, se tomó su tiempo para desnudarme, lo hizo lentamente, sin prisa, besando cada parte de mi cuerpo.

Estaba al borde de las lágrimas, pero esta vez eran de felicidad, por fin estaba con José Luis como en mis sueños, esos que me acompañaron y torturaron durante tantas noches en las que en ellos aparecía.

Me dejó suavemente en la cama y se puso encima de mí, ya completamente desnudo, listo para entrar en mi cuerpo.

—Estoy cuidándome, pero si no estás seguro puedes usar preservativos —le dije.

Después de lo que pasó antes con el dispositivo no deseaba correr riesgos y no quería que él se sintiera inseguro.

—No quiero barreras entre tú y yo, necesito sentirte por completo —habló mientras entraba en mí de una sola vez. Dolió un poco, hacía mucho tiempo que no tenía sexo.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, estoy bien y estaré mejor si sigues moviéndote.

Y siguió moviéndose encima de mí, despacio, con calma, tratando de entregarme el mayor placer. No hubo preliminares y no fueron necesarios, de solo verlo estaba húmeda y excitada. Quería gritar y no podía, me preocupaba despertar a Mateo, sin embargo, necesitaba hacerlo. Gemía desesperada y él me besaba para acallar mis gemidos, como lo hacía siempre.

Estallamos en un potente orgasmo, él no dejaba de moverse, necesitaba dejar toda su simiente dentro de mi cuerpo. Estaba al borde de un segundo orgasmo solo con él moviéndose encima de mí.

Solo descansamos para recuperarnos y volvimos a hacer el amor, sin tanta calma, un poco más apresurados, disfrutando de nuestro tiempo, juntos.

Dormimos desnudos mientras él seguía en mi interior, durante un momento todo fue silencio hasta que Mateo comenzó a llorar.

—Esta es la vida «caóticamente hermosa». Bienvenido —mencioné mientras hacía el intento de levantarme a ver los requerimientos de mi hijo.

—No te preocupes, yo voy —dijo José Luis, vistiéndose con una camiseta y sus boxers.

Me fui a duchar de prisa, ya era mediodía y mi hijo requería su almuerzo, por lo que, luego de vestirme, me fui a la cocina para buscar alimentos con los que pudiera prepararle su comida.

Las cosas estaban en buen camino para ambos, yo me acostumbraba a vivir con él y mi hijo, además José Luis era un hombre dedicado, nos quería, nos cuidaba. Declaró en un programa de televisión que tenía una familia, un hijo, y dijo públicamente que me amaba. Lloré cuando vi el programa. Esmeralda y Candelaria me llamaron al ver las declaraciones de José Luis. Decidimos hablar a través del grupo de WhatsApp y ellas se reían porque ambas adivinaron que yo estaba llorando.

Lo peor era la exposición pública, él era un actor conocido y de repente apareció un hijo y una mujer, para los medios fue un festín y yo la pasaba realmente mal con el acoso de la prensa. Sus fanáticas me querían porque lo veían feliz conmigo y su hijo. Siempre que veíamos a alguien en la calle y le pedía una foto era yo quien las tomaba. Mateo era un galán, conquistador y seductor como su padre. Las chicas lo adoraban, puesto que siempre que salían juntos, causaban revuelo.

Teníamos algunos problemas, por ejemplo, yo era un desorden andante y él era más maniático, yo odiaba la cocina, mientras que él no, yo prefería dormir y él se levantaba temprano. Solo en las noches nuestras diferencias quedaban fuera de nuestras vidas, en la cama nos dábamos placer infinito. A mí me gustaba seducirlo, provocarlo, y él se dejaba llevar por todas mis locuras. Inventaba juegos, cambiaba identidades, le enviaba mensajes diciéndole el nombre con el que debía llamarme y su nueva identidad. Me preocupaba que uno de los dos hiciera dormir a Mateo y me disponía a asumir un nuevo rol. Casi todos los días lo sorprendía con algo nuevo.

José Luis seguía actuando y era muy exitoso, sus personajes eran bastante buenos y era muy requerido en variadas producciones.

Siempre que alguien me entrevistaba la pregunta recurrente eran los celos. Y yo misma me sorprendía, no me daba celos verlo en escenas sexuales con otras actrices, porque siempre las recreaba conmigo, y luego de grabar esas escenas él volvía a mí deseoso de tener sexo.

Decidimos comprar una casa, en las afueras de Santiago, algo tranquilo y con jardín para que Mateo pudiera jugar. Yo encontré un trabajo de medio tiempo en una organización que ayudaba a mujeres, por fin ejercía mi carrera con el verdadero propósito que siempre tuve, trabajar con y para mujeres. Estaba feliz y me sentía apoyada por mi familia.

Un día de trabajo me encontré en Tribunales con Jacinto Ferrada, mi ex compañero de trabajo, ahora mi suegro. Él había visto a través de los medios de mi relación con su hijo, pero nunca quiso acercarse a nosotros, temía por el rechazo de José Luis. En cierto punto lo entendía, sin embargo, estaba en desacuerdo con su actitud.

Nos fuimos a tomar un café a la cafetería “Nuestro Café” que se encontraba cerca. Me sorprendió ver que se veía mucho mayor desde la última vez que lo vi.

Nuestro primer tema fue su hijo y la lejanía de ellos. Le mostré fotos de Mateo y le conté que a pesar de él, José Luis era un buen hombre, un gran padre, pero que durante algún tiempo tuvo miedo de no poder serlo. Jacinto me escuchó en silencio, no había nada que pudiera decir.

Solo interrumpió el silencio para preguntarme por mi padre.

—¿Has hablado con él?

—No, desde hace mucho que no hablo con mi papá.

—Está enfermo, los años lo han consumido, sobre todo desde que tu madre se fugó con el que era tu prometido.

Sí... Clara se fugó con Juan Andrés justo cuando se estaba por descubrir su relación secreta. Me dio tristeza por mi padre, pero él creía ciegamente en Clara, nada ni nadie lo hacía cambiar de opinión. Siempre creyó en lo que ella decía. Suena duro, pero mi padre estaba solo porque en parte se lo merecía. Sin embargo, era mi padre y necesitaba hablar con él.

Luego de salir del café nos despedimos con Jacinto, no quedamos en volver a vernos, yo le tenía cariño, pero mi familia era lo más importante para mí, y si él quería hablar, no era conmigo con quien precisamente debía hacerlo.

En un acto de valentía o de total estupidez —depende del cristal con que se le mire—, decidí hacerle una visita a mi padre. Llegué al *Holding* del Valle y pedí hablar con él. En un principio rondaba la incredulidad. La recepcionista era nueva, por lo que no me reconoció, y no sabía si dejarme subir o no. Hugo del Valle apareció apenas se abrieron las puertas del ascensor, no podía creer que después de tanto tiempo me aparecía frente a él. Jacinto tenía razón, mi padre estaba más viejo, acabado. La partida de Clara debió ser un duro golpe para él.

—¡Celeste! —exclamó—. ¡Ven, pasa... necesitamos hablar!

Me guio hasta su oficina, me ofreció un café. Le comenté que desde que me fui no volví a beber café, a cambio, solo le pedí un vaso de agua y me dispuse a hablar.

—Supe que Clara se fue.

—Clara es tu madre, Celeste.

—No se merece ese título —comenté—. Ella nos hizo mucho daño a mí y a Candelaria, por lo tanto, para mí solo es Clara.

—Te dejas llevar por el rencor y eso no es bueno, hija —habló mi padre mientras bebía de su café.

—Papá, hay una frase que dice «La sangre nos hace parientes, pero la lealtad nos convierte en familia» y eso ella no lo respetó. Creo que ya sabes los motivos que me llevaron a desaparecer por tanto tiempo. Sé que Candelaria te contó todo y también sé que no creíste en sus palabras hasta que Clara se fue con su amante. —Necesitaba decir todo, pero tampoco deseaba hacerle más daño, por lo que trataba de cuidar cada una de mis palabras—. Ahora te das cuenta que todo es cierto. En todo caso, le agradezco a Clara lo que hizo. Me fui de aquí y comencé una nueva vida, tengo un hijo, una pareja, una familia. Por fin trabajo en lo que me gusta y eso se lo debo a tu esposa, mi madre... ese momento en el que me volví loca me cambió la vida.

Mi padre estaba en silencio. ¿Por qué cresta dejaba a todos los hombres callados? Salí de la oficina prometiéndole volver, él deseaba conocer a Mateo y le prometí que lo haría. Le conté de Candelaria y de lo feliz que era con Matías Velarde, ese chico que nunca quisieron para ella, que pronto sería madre y que estaba muy bien en el sur. Vi a mi padre emocionarse y por primera vez entendí que en realidad nos quería, sin embargo, nunca supo cómo demostrarlo.

Volví a mi casa y José Luis me esperaba con Mateo en brazos, estaban jugando en el suelo con la serie de juguetes que todos le regalaban. Esmeralda era una tía consentidora, y sus hermanos igual. Mateo era un chico adorado. Además, las fanáticas de José Luis en muchas ocasiones le enviaban regalos, los cuales siempre utilizaba.

Le conté de mis dos reuniones del día, primero con su padre y luego con el mío, él me abrazó para contenerme, Mateo nos tocó la cara con sus manitos y con ese acto volví a sonreír. Esa noche solo dormimos abrazados, nos consolaba saber que ya no estábamos solos, nos teníamos a nosotros. En ese momento le pedí que se casara conmigo, era una locura, pero ya estaba loca, así que no contaba.

En esa noche planificamos el matrimonio, que sería en unos dos meses más, en una pequeña ceremonia en Rayūn. Con nuestros celulares hablamos con nuestros amigos. Teníamos un grupo de WhatsApp en conjunto, Matías, Candelaria, Parker y Esmeralda eran parte fundamental de la planificación de nuestro matrimonio. Matías y Candelaria se encargarían del lugar, Esmeralda y Parker de una pequeña ceremonia previa y Alejandro sería quien nos casaría. Todo listo, solo faltaba que llegara el gran día.

Dos meses después

Eso de que en los matrimonios todos se emocionan es cierto. Lloramos todas las mujeres y los hombres se emocionaron también. Sobre todo lloré al ver aparecer a mi pequeña Agustina con un bello vestido de fiesta tomada de la mano con León, quien tocaría para nosotros el violín.

Nos abrazamos los tres, ella estaba muy recuperada, su contextura seguía siendo delgada, sin embargo, estaba con mayor peso.

Nos abrazamos sin querer soltarnos, emocionadas por el momento que estábamos viviendo. Solo nos soltamos cuando León nos indicó que era hora de tomar ubicación.

Utilicé un vestido de color champagne, bastante sencillo, con encaje en la cintura, un poco de escote y suelto hacia abajo, estaba peinada con una trenza tipo corona y con flores en el cabello. Mateo y su padre vestían iguales, con un traje negro, camisa blanca y una corbata de color celeste en honor a mí. Candelaria apenas se movía con su enorme barriga de ocho meses de embarazo. Esmeralda también estaba embarazada de cinco meses, estaba feliz, luego de pasar por un suceso difícil, tanto para ella como para todos nosotros, por fin disfrutaba de su felicidad con Parker, que la amaba con locura. Ella y mi hermana estaban absolutamente dominadas por las hormonas y lloraban por cada cosa que pasaba.

Parker comenzó recitando una oración utilizada en las bodas de su religión. Nos hizo mirarnos de frente y nos habló:

—El escritor budista Lama Thubten Yeshe hizo estos versos para una ocasión tan importante como lo que ustedes viven, queridos amigos: «En el día de hoy, prometemos dedicarnos por completo el uno al otro con cuerpo, palabra y mente. En esta vida, en cualquier situación, en la abundancia o en la pobreza, en la salud o en la enfermedad, en los momentos felices o difíciles, trabajaremos para ayudarnos el uno al otro de manera perfecta. El propósito de nuestra relación será alcanzar la iluminación, perfeccionando nuestra bondad y compasión hacia todos los seres».

Ambos lo abrazamos, felices de contar con un amigo como él, agradecidos de que fuera parte de nuestra familia.

Luego de esa pequeña, pero significativa ceremonia, una visión apareció ante mis ojos, mi padre llegaba a Rayün, Candelaria lloró al verlo y corrió a sus brazos. Él se acercó a mí y me pidió ser quien me entregara a mi futuro esposo. Yo accedí emocionada.

—Sabes, a pesar de todo, estás cumpliendo mi sueño y el de Jacinto. Siempre soñamos que nuestros hijos se casaban, y ahora lo están a punto de hacer, y ambos compartimos un nieto.

Jacinto no fue invitado a la ceremonia, sin embargo, José Luis estaba intentando llevar una buena relación con él, porque necesitaba demostrarse a sí mismo y a su hijo que aprendió a perdonar. Por lo que verlo llegar, luego de mi padre, fue impactante, pero no causó un revuelo.

—Tu padre es valiente —le comenté—. Se arriesga a venir aun cuando podrías echarlo o pedirle que se fuera.

—Buen punto, preciosa —mencionó—. Por un lado, verlo llegar me hizo bien, creo que vamos por el camino correcto. Por otro lado, estaba esperando que lo hiciera.

Luego de todo aquello, fue el turno de la ceremonia religiosa bajo el rito evangélico. A mí me hacía sentido, en realidad quería que fuese así. José Luis no es religioso y yo disto de ser un ejemplo de vida, sin embargo, Dios me había ayudado en mis peores momentos, y Alejandro era mi consejero y guía espiritual, por lo que no había otra manera, él nos casaba sí o sí.

Con su violín, León acompañaba el mejor momento de nuestras vidas. Además, verlo interactuar con nosotros fue lo mejor, se estaba recuperando, de eso no había dudas.

Después de concluir la ceremonia, cargada de buenos deseos, nos fuimos a celebrar con una comida, todos estábamos felices, e incluso Jacinto y mi padre estaban entre los invitados. Ambos rebosantes de alegría con su nieto.

Nos iríamos a una cabaña medio perdida de la civilización unos días, mientras Mateo quedaba al cuidado de Rosa y Candelaria. Esmeralda también se quedaba en el centro con Parker, es decir, no faltaría quien cuidara a nuestro hijo.

Nos acercamos con José Luis a despedirnos, Jacinto y mi padre estaban hablando y los interrumpí con mí ahora esposo tomado de la mano.

—Jacinto, ¿es cierto que ustedes querían que nos casáramos desde hace mucho tiempo?

—Desde que nacieron bromeábamos con la posibilidad de que ustedes se casaran, se dieron una larga vuelta y no fue como lo planeamos, pero al final nuestro sueño se cumplió.

Todos reímos con ese comentario. ¡Quién diría que nuestro destino era estar juntos!

Nos despedimos de todos y nos fuimos, apenas nos despedimos de Mateo para que no llorara. Llegamos a nuestro refugio y solo duramos unos minutos con la ropa puesta. Fueron dos días de sexo a todas horas, grité como loca, aproveché todos los espacios para amarnos, mi marido —¡Qué bien se sentía decir esa palabra!— estuvo a la altura de todas mis locuras y nuestro tiempo juntos fue maravilloso.

No me arrepentía de estar con él, a pesar de lo que había pasado, lo amaba, y él a mí.

De vuelta a la realidad, nos costó despegarnos, solo ver a nuestro hijo nos hizo querer llegar a ese lugar que llamábamos hogar.

Un año después

—Candelaria, apúrate con esa ensalada o Parker se queda sin comida —bromeé, ya que nuestro amigo era vegano, además de budista, y hacer un asado era casi un sacrilegio para él, pero jamás se quejaba de su suerte. Compartía con nosotros y comía ensaladas y bebía jugos naturales, y era feliz de igual manera que nosotros al comer carne, acompañada de una copa de vino o cerveza.

Celebrábamos nuestro primer aniversario de matrimonio, con la gente que queríamos, nuestros amigos entrañables.

Toda la noche fue muy divertida en nuestra casa, nosotros estábamos afuera, mientras nuestros hijos se divertían al interior súper vigilados por Carmen, la mujer que nos ayudaba en la casa.

Mateo ya tenía dos años y cuatro meses, seguía igual de parecido a su padre, en el color de cabello y los ojos azules que tanto amaba. Santiago, el hijo de mi hermana y Matías, ya tenía casi el año y la pequeña Zoe, hija de ocho meses de Esmeralda y el gringo, era tan rubia como su padre.

Después de una agradable conversación llegó el momento de las confesiones. Haríamos nuestra propia versión de “El juego de la verdad”. Así que le pregunté a Matías:

—¿Tuvieron sexo en tu oficina cuando se reconciliaron?

El sorprendido doctor no tuvo otra opción que decir la verdad.

—Sí... y no solo una vez.

Candelaria se sonrojó y escondió su cara tras su marido.

José Luis le preguntó a Parker:

—¿Desde cuándo te gustó mi hermana?

—Desde que la vi —respondió con ojos de enamorado, los clásicos ojos del «gato con botas».

No hubo dudas de la veracidad de sus dichos. Esmeralda miraba a Parker de la misma forma, su amor había superado obstáculos, por esto era firme.

Candelaria le preguntó a Esmeralda:

—¿Has sentido celos de alguien de este lugar?

—De Celeste, cuando habló de lo guapo que era el profesor de yoga, me caía muy bien, pero la quería matar.

Me reí, y por suerte José Luis también.

Matías le preguntó a mi marido. Esa respuesta me encantó.

—¿Es cierto que te gustó Celeste desde que te dijo que eras más lindo que Parker?

—Me gustaba desde antes, porque nunca se fijaba en mí y ni siquiera sabía quién era yo.

—Celeste, ¿alguna vez has mentido? —me preguntó Esmeralda.

—Sí, una vez le mentí a mi hermana.

Estaba a punto de confesar mi secreto.

—¿Qué? ¿En qué me mentiste? —preguntó Candelaria.

—Nunca existió la chica... esa que te dije que podía conquistar a Matías. O sea, ella existía, era quien le ayudaba a Alejandro con el jardín, pero jamás estuvo interesada en Matías, ni él en ella. Fue un invento mío para darte celos.

Suspiró aliviada, esa mentira era pequeña comparada con las que vivimos en nuestra familia, por lo que estaba absolutamente perdonada.

—Te resultó... ¡Solo por eso no te mato!

Nos reímos todos. Ya llegada la madrugada decidimos dormir unas horas, nuestros hijos eran madrugadores y como padres debíamos estar atentos a sus necesidades desde muy temprano. Ellos dormían en la misma habitación y los adultos teníamos un dormitorio para cada pareja.

—Shhh, José Luis... hay gente en la casa —murmuré para que dejara de besarme y tratar de sacarme la ropa.

—¿Crees que ellos no harán lo mismo? ¿Por qué crees que todos los niños están en la misma habitación?

Me dejé llevar por el ímpetu de mi marido y en silencio, al «estilo ninja», nos amamos hasta el amanecer.

—¿Sabes que te amo? —le dije mientras me acurrucaba en su pecho, mi lugar favorito para dormir.

—No tanto como yo, Celeste. Le diste color a mi vida, me cambiaste y me volviste loco. Te amo.

Nos dormimos agotados, pero felices...

Días después

—No puedo creer que esto me pase de nuevo —solté el mensaje de audio que les envié a las chicas, incrédula y un poco enojada.

—Celeste... traje lo necesario —habló José Luis.

Tomé el aparato en mis manos, lo miré algo enojada, saqué todo lo necesario de la caja y realicé el procedimiento.

No había dudas. Seríamos padres de nuevo.

Epílogo

«Aquí me tienes»

Años después...

José Luis

Corté la llamada para leer la escena que debía estudiar nuevamente, estaba en el sur de Chile, específicamente en Punta Arenas, filmando una película. Llevaba un mes en ese lugar y lo único que deseaba era volver a mi casa. Extrañaba a mis hijos terriblemente y a mi mujer. No servía de mucho estar interpretando un papel soñado si no había nadie a quien contarle. Aunque hablábamos todos los días por teléfono, no era igual, necesitaba su cuerpo como mi refugio. Ella espantaba todo lo malo, el cansancio, las dudas y cualquier problema desaparecía a su lado.

Ya llevábamos casi seis años juntos y teníamos tres hijos. Mateo, Blanca y Lila, nuestras hijas mellizas que nos revolucionaban todos los días.

Para Celeste, enterarse de un nuevo embarazo fue difícil. Recuerdo sus palabras de incredulidad. Esperaba tener más hijos, pero deseaba esperar un tiempo, recién llevaba un año desde que volvía a trabajar y por lo demás, el embarazo de Mateo fue difícil para ella. Además de la soledad en que lo vivió, físicamente sufrió náuseas y vómitos. Volver a vivirlo no fue fácil. Sin embargo, siempre fue una mujer valiente, enfrentó el embarazo de las niñas con total entereza.

Blanca y Lila nacieron en el calor de enero, eran dos niñas muy distintas. Blanca era casi un clon de su madre, mientras que Lila era más parecida a mí. Me enamoré de ellas en cuanto las vi. Se robaron mi corazón y me hicieron amar aún más esta familia que construí.

La relación con nuestros padres mejoró un poco, Jacinto y Hugo eran unos abuelos consentidores, dos hombres que en la madurez absoluta de sus vidas reconocieron sus errores con sus hijos y decidieron tratar de enmendarlos.

Nuestros amigos siempre estaban cerca de nosotros. León y Agustina, nuestros pequeños, ya adultos —aunque para Celeste siempre serán sus pequeños—, vivían en Francia, en donde León estudiaba música y tocaba en una filarmónica y Agustina estudiaba diseño de modas. Era muy talentosa, con la ayuda de Celeste, Candelaria y Esmeralda, montó una página web con sus diseños exclusivos, que eran muy solicitados por la gente del espectáculo. Esmeralda fue su principal promotora, por lo que, desde el extranjero seguía diseñando y haciéndose conocida.

Claudia salió de la cárcel hacía un año y su pista se perdió por completo. Nadie supo nada de ella. Matías la buscó durante un tiempo para saber cómo estaba, sin embargo, su búsqueda no dio frutos.

De quien no supimos más fue de Clara Figueroa, mi «¿suegra?», la madre de Celeste y Candelaria, solo nos enteramos que se quedó en el extranjero, sola, porque Juan Andrés volvió a Chile casado con la hija de un empresario japonés y ya era padre de un chico. Celeste no decía nada, ella solo esperaba que Clara siguiera viva y estuviera bien. No la odiaba, más bien, agradecía lo que hizo. La libró de Juan Andrés y gracias a eso llegó a Rayün y a mi vida. Yo también le daba gracias por eso.

Matías seguía en Concepción. Trabajaba principalmente en Rayün, aunque también atendía a pacientes en el hospital, de forma gratuita. Candelaria se dedicaba al centro y a sus cuatro hijos. Después de tener a Santiago nacieron Felipe, Sara y la pequeña Abigail. Bromeábamos con ellos y la cantidad de hijos que tenían. Entre todos nosotros eran ocho niños. Esmeralda y Parker tenían solo a Zoe, porque mi hermana deseaba seguir actuando un tiempo más antes de parar un año para tener otro bebé.

Todas las vacaciones, los chicos pasaban un tiempo en el sur con los súper abuelos. Alejandro y Rosa siempre esperaban a los niños para pasar una semana entera con ellos y nosotros nos escapábamos a un viaje, juntos. Era un regalo de ellos a nosotros.

Todos esos recuerdos me devolvían la alegría en esos días en los que deseaba escapar y volver a mi casa. Mis compañeros notaban mi desganó, sin embargo, trataba de ser un actor y hacer mi trabajo.

Después de un día en el que no pude comunicarme con Celeste mi angustia creció. ¿Le habría pasado algo a ella o a los niños? Traté de mantenerme activo, por lo que cuando no me tocaba filmar alguna escena, me iba a correr por un bosque cercano. Filmábamos una película de terror, así que siempre había un bosque para salir a correr.

Después de una hora volví, agotado, con ganas de darme un baño, acostarme, llamar a Celeste y darles las buenas noches a los niños. Luego que ella los hacía dormir, se desnudaba frente a la pantalla y me daba su propia versión de las buenas noches.

A lo lejos vi un vehículo acercarse al lugar de filmación, todos nos extrañamos porque no esperábamos a nadie. Sin embargo, algo me hizo acercarme al lugar en donde estaba el auto.

No podía creerlo... Celeste se bajó del vehículo y me buscó con la mirada, mientras corría a su encuentro pensando en lo loca que estaba esa mujer. Viajó muchos kilómetros en auto solo para verme.

Saltó a mis brazos y yo la apoyé en la ventana del copiloto del auto. La besé hambriento, desesperado, ni siquiera la dejaba respirar, estaba feliz de tenerla entre mis brazos. Asimismo, miré al interior del auto y nuestros tres hijos contemplaban la escena. Mateo les tapaba los ojos a sus hermanas y él solo se reía. Estaba acostumbrado a estas muestras de afecto de sus padres. Le parecía gracioso que nos besáramos de esa manera.

—¡Celeste! Te extrañé, mi vida... a ti, a los niños... los echaba mucho de menos —hablé con la voz entrecortada por la emoción.

—Te noté un poco triste y decidimos venir a verte —dijo mientras repartía besos por mi cara—. ¿Cierto, niños? ¿Extrañábamos a papá y vinimos a verlo?

—Shiii —dijeron a coro las niñas.

Abrí la puerta de atrás y saqué a los niños de sus sillas especiales y los dejé en tierra firme. Mateo era el que más sufría con los viajes largos, no le gustaba estar atado a la silla del auto, sin embargo, era necesario que fuera así.

Mis tres hijos se lanzaron a mis brazos y disfruté de sus caricias y de la necesidad de hablar. Todos al

mismo tiempo, sobre todo las niñas.

—Blanca... yo quiero hablar primero —habló Mateo. A sus cinco años era un chico inteligente y muy bueno para convencer a los demás—. Soy el mayor, tengo que hablar primero.

—¡No... yo primero! —dijo Lila.

—Niños —decidí intervenir antes de causar una pelea entre ellos—. Quien adivine mi edad habla primero.

—Yo sé —habló Celeste—. Por eso voy a hablar primero. ¿A qué hora sales? Necesitamos ducharnos, comer y dormir, en ese orden.

—¿En serio necesitas dormir? —le pregunté al oído.

—Dormir está sobrevalorado... yo contigo en una cama no voy a dormir precisamente, pero los niños no tienen que saber eso.

—Tienes razón... averiguo a qué hora salgo y nos vamos —hablé en su oído, provocando que se estremeciera. Le pedí a Mateo que me acompañara, necesitaba un tiempo a solas con mi hijo. Él era demasiado maduro para su edad y a veces necesitaba recordarle que era solo un niño y que disfrutara de la vida. Por eso, siempre salía solo con él. Y porque era un gran compañero.

—Mi mamá estaba desesperada por llegar —comentó—. Se nota que te extrañaba mucho. Nosotros también. Sobre todo las niñas. Traté de cuidarlas como me pediste, papá.

Mi hijo era maravilloso, siempre me sorprendía con sus palabras cargadas de madurez y sin reprochar nada.

—Bueno... ahora ya estoy con ustedes y yo me encargo de ellas. Tú dedícate a pasarla bien.

—¿Hay internet dónde estamos? Mira que tengo un juego *online* pendiente con Santiago.

—Si hay internet, pero creo que tu mamá no te dejará usar nada hasta mañana.

—Tienes razón. Igual siempre le gano a Santiago en los autos.

Llegué a hablar con el productor y dejó que me fuera de inmediato, ya que no tenía escenas nocturnas y en dos días se acababan las filmaciones. Sin embargo, los días que quedaban debía trabajar, y mucho.

Volvimos con Celeste y las niñas, que estaban cantando las canciones de los dibujos animados que veían. Reconocí la canción de «Princesita Sofía» y de «Peppa Pig», ¡odiaba a esa cerdita! Era demasiado presuntuosa para mi gusto, sin embargo, las niñas disfrutaban con ella y yo me resigné a verla con ambas.

Cada vez que la escuchaba cantar con las niñas recordaba esa vez cuando canté karaoke en Rayün, cuando tuve tanto miedo de estar enamorado y me reprendía mentalmente por lo idiota que fui. Gracias a Dios Celeste me perdonó y ahora estábamos en plena lucha por nuestra familia, por mantenernos unidos y amándonos tanto.

Siempre que veía a mis hijos me hacía promesas por su futuro, y esperaba cumplirlas.

Prometí enseñarles que las princesas son valientes y guerreras, que juegan a la pelota y no solo con muñecas, que son independientes y hacen lo que a ellas les da felicidad. Necesitaba criar a mis hijas con la firme convicción de que ellas mandaban en su vida, que solo a mí y a su madre debían obediencia, sin embargo, podían revelarse y escoger otro camino. Que serían amadas y respetadas por la gente que

estaba su alrededor y por sobre todas las cosas, que las amaba con mi vida y estaba dispuesto a matar a quien les hiciera daño. No tuve un buen ejemplo de padre, no obstante, estaba aprendiendo a serlo con ellos. Con mis tres hijos.

A Mateo le enseñaría a respetar, a cuidar y querer a sus hermanas y dejarlas ser libres. Que podía hacer lo que quisiera con su vida, tomar las decisiones que considerara adecuadas y que sería amado y respetado por su familia.

Viajamos un par de kilómetros y llegamos a nuestra cabaña secreta, Celeste preparó todo para que los niños comieran y se durmieran mientras yo ordenaba los dormitorios y los ayudaba a bañarse. Luego de secarles el pelo y peinar a las niñas con una trenza simple —eran las únicas que podía hacer—, las llevé a la cocina. Mateo ya esperaba por nosotros y Celeste nos entregaba un trozo de pizza, que sería nuestra cena.

Luego de que me contaran los pormenores del viaje, las veces que tuvieron que detenerse, lo aburrido que estaba Mateo y los lindos paisajes que vieron, los niños se fueron a dormir.

Yo aproveche mi tiempo lo mejor que pude, acompañé a los niños a la cama, les conté un cuento y se durmieron. Celeste me esperaba en el baño de nuestro dormitorio.

Solo con ropa interior demasiado pequeña y con un dulce de menta en su boca.

—¿Qué me vas a hacer? —pregunté.

—¿Tienes miedo? —dijo mientras seguía dando vueltas el dulce en su boca.

—No tengo miedo, estoy expectante.

Me desabroché los *jeans* y los bajó junto con la ropa interior, dejando libre mi pene, el que introdujo en su boca, y el contraste del calor de mi cuerpo con el frío del dulce de menta fue simplemente increíble. Gocé como nunca de ese momento, fue placentero y excitante.

Mi mujer me entregaba todo de sí, para ella no existían las cosas a medias, siempre se daba por entera y por eso la amaba tanto.

Siempre decía que ella «No era medio loca, sino loca entera» y estaba en lo cierto.

Luego de eso, me dediqué a darle el mayor placer posible, entré en ella tantas veces que estaba seguro que la había embarazado de nuevo; la noche no existía para nosotros. Aunque debíamos ser silenciosos, al «estilo ninja» siempre lográbamos darnos por entero.

Aún era de noche y la lluvia comenzó a caer. Celeste se levantó de la cama y sentí su ausencia, estaba fuera, en la puerta de la cabaña, solo cubierta con un pijama de flores y descalza. Miraba la lluvia porque siempre la amó, le gustaba escuchar el agua caer porque decía que la lluvia limpiaba todo y era cierto.

Me tomó de la mano y corrimos a ponernos bajo la lluvia, los recuerdos se apoderaron de nosotros.

—¿Alguna vez te han besado bajo la lluvia? —preguntó.

—Una vez... ella estaba completamente loca, tanto que yo me contagié y me volví loco por ella —respondí mirándola a los ojos mientras la lluvia nos mojaba por completo.

Esta vez fui yo quien la besé, porque me convertí en el amante de una mujer completamente loca de amor, y soy afortunado por haberme quedado en su vida.

Fin

Agradecimientos

Gracias a Dios por darme la oportunidad de seguir contando historias y por darme el privilegio de que leas esto.

Agradezco a mi familia; a Daniel por apoyarme siempre y ser un gran compañero de vida. A mis hijas, Geraldine y Javiera, por ser parte de mis locuras, por darme una motivación especial en querer ser mejor persona.

Gracias Maribel Castro, querida prima, por estar siempre a mi lado, aunque no estamos tan cerca como quisiéramos, el cariño es eterno.

A mi querida amiga Jennifer Aravena, por seguir siendo parte importante de esto. Agradezco el cariño y todo tu tiempo dedicado a apoyarme. ¡Eres grandiosa!

A Astrid Figueroa, gracias por todo el apoyo durante este tiempo, por dedicar minutos de tu vida a apoyar mis sueños y locuras. ¡Gracias a Dios ya no te caigo mal!

A Jacqueline Ramírez, gracias por ser un gran apoyo, desde siempre tienes mi cariño sincero.

A Ana Monsalve, gracias por todos tus comentarios y apreciaciones, y por tus maravillosos artes para esta historia y las otras.

A Ayleen Aguilera. Gracias por leer esta historia y por tus grandes y divertidos comentarios.

Gracias Nora Ortiz por todo el trabajo que realizaste, apoyando esta historia en el grupo. Fue un placer para mí contar con tu talento.

A mi mamá Ana, por el apoyo de toda mi vida.

A Carolina, mi cuñada. Eres una de las mujeres más especiales que conozco.

A mis primas, Juli, Inés, Ana Patricia, Olga. Todas mujeres valientes y generosas.

A todas quienes leyeron esta historia en el grupo “La pluma de Marifer”. Gracias por los comentarios y por querer tanto a los personajes.

Gracias a mis queridas amigas por ser parte de mis locuras.

Gracias Nachy, Carola, Yazmín, Kathy, por apoyarme en todo... ¡Son muy especiales para mí!

A Romance y Letras por darle vida a este sueño en papel.

A todos quienes creen en el amor y en las historias románticas, vaya mi agradecimiento eterno por hacer que historias como esta cobren vida.

[1] *Holding: Sociedad financiera que posee la mayoría de acciones y lleva la administración de un conjunto de empresas que se dedican a diversas actividades económicas o industriales.*

[2] *Clonazepam es un fármaco perteneciente al grupo de las benzodiazepinas, que actúa sobre el sistema nervioso central. Se comercializa, entre otros, bajo los nombres de Coquan, Clonagin, Clonex, Diocam, Klonopin, Kriadex, Linotril, Paxam, Rivotril y Zatrix.*

[3] *«Peinar la muñeca» es una aseveración que se relaciona a una telenovela chilena antigua, en la que la antagonista terminaba completamente loca.*

[4] *Conce: Diminutivo del nombre de la ciudad de Concepción.*